UN THRILLER DE DANNY PEARSON

VIVO HASTA QUE MUERA



STEPHEN TAYLOR

VIVO HASTA QUE MUERA

STEPHEN TAYLOR





Copyright © 2025 Stephen Taylor
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798272810410

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, fotocopia, mecánico, grabación o de otro modo, sin el permiso previo del titular de los derechos de autor.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Danny Pearson regresará
Otros libros de Stephen Taylor

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO
SESENTA Y CINCO
SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO
SESENTA Y NUEVE

Por favor, por favor.
Elige tu próxima novela

Acerca del Autor

DANNY PEARSON REGRESARÁ

Para actualizaciones sobre lanzamientos actuales y próximos, así como promociones exclusivas, visite el sitio web del autor en:

www.stephentaylorbooks.com

OTROS LIBROS DE STEPHEN TAYLOR

LA SERIE DE THRILLERS DE DANNY PEARSON

Sangre Sobre Londres

Ejecución de La Fe

Quién Ostenta el Poder

Vivo Hasta Que Muera

Deporte de Reyes

La Sangre Corre Profunda

Orden de Matar

Sin Límite Superior

No Dejar Nada al Azar

Muerto, No Enterrado

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Enemigo en la Puerta

Cueste Lo Que Cueste

UNO

Después de olfatear profundamente, Danny apartó la cabeza luchando contra las náuseas mientras volvía a enroscar la tapa de la leche pasada. Había llegado a casa tras dirigir un equipo de seguridad en un centro de exposiciones en Birmingham. Era tarde y el viaje de vuelta había sido lento y agotador. Lo único que quería era tomarse una taza de té y meterse en la cama. Tras tirar la botella a la basura, cogió su chaqueta y caminó los cinco minutos que le separaban del minimercado de la calle principal. Al abrir la puerta, saludó con la mano al tipo detrás del mostrador.

—¿Qué tal, Tam? Tu padre te ha vuelto a poner en el turno de noche —se rio Danny mientras continuaba hacia las neveras en la parte trasera de la tienda.

—Sí, ni me lo digas. Los privilegios de ser el hijo del dueño —gritó Tam en respuesta.

—¡Es duro estar en la cima, tío! —vociferó Danny, agachándose para coger un tetrabrik de cuatro pintas. Al incorporarse, su mirada se posó en el espejo curvo montado en la pared trasera de la tienda. Estaba allí para que el dependiente pudiera ver a los chavales haciendo el tonto por los pasillos o a los ladrones metiendo botellas de alcohol en sus chaquetas. En este caso, Danny pudo ver una imagen distorsionada de la ventana frontal y lo que parecía ser una camioneta pickup extremadamente ancha retrocediendo hacia ella, a toda velocidad. Antes de que pudiera girarse para verlo

correctamente, la parte delantera de la tienda implosionó en una lluvia de cristales rotos, seguida por el horrible chirrido del marco de aluminio de la ventana siendo arrancado por la carrocería del vehículo. La pickup se detuvo bruscamente al golpear el cajero automático de la tienda. La carcasa quedó abollada, pero resistió firmemente anclada al suelo. Antes de que el polvo pudiera asentarse, una figura vestida de negro entró trepando entre los escombros agitando una escopeta recortada. Danny se agachó por debajo de la línea visual de las estanterías. El pistolero giró su cabeza enmascarada con un pasamontañas en dirección a Tam.

—Haz lo que te digo, joder, y no te haremos daño —dijo con un gruñido lleno de odio.

Mientras Tam temblaba de miedo, el sonido de un motor de gasolina rugiendo llenó el aire. Como una escena de La matanza de Texas, un segundo miembro de la banda saltó entre el polvo llevando una máscara de hockey. Sujetando una amoladora que chirriaba, comenzó a trabajar en los pernos que sujetaban el cajero automático al suelo. Mientras iluminaba la parte delantera de la tienda con una lluvia de chispas al rojo vivo, apareció un tercer miembro de la banda en la parte trasera de la camioneta. Fijó unas cadenas alrededor del cajero, listo para subirlo a la plataforma en cuanto cortaran el último perno.

—Escucha bien, tienes sesenta segundos para abrir la caja fuerte que tu viejo tiene en la trastienda. Muévete —dijo el primer tipo, empujando a Tam con la escopeta mientras lo conducía hacia el almacén.

—Vale, vale. Por favor, no me hagas daño —suplicó Tam.

Al verlos alejarse de los dos que trabajaban en el cajero automático, Danny se movió entre las estanterías para acercarse. Cogió una lata de tomates, frunciendo el ceño al sentir su peso. Dejando la lata, miró a lo largo del estante. Moviéndose hacia la izquierda, Danny cogió una lata familiar de patatas nuevas. Balanceándola en su mano, sonrió para sí mismo, satisfecho. Colocándose para echarla hacia atrás como un lanzador a punto de tirar una bola rápida, pateó las botellas de vino del estante contiguo. El pistolero se giró al oír el tintineo de las botellas rodando por el

pasillo. Antes de que pudiera reaccionar al ver la cabeza de Danny por encima de las estanterías, la pesada lata cruzó volando la tienda como si fuera propulsada por un cohete. Le golpeó de canto justo entre los ojos, derribándolo al suelo de un solo movimiento. Conmocionado y desconcertado, Tam permaneció paralizado. Fueron necesarios varios gestos y palabras mudas de Danny antes de que captara el mensaje y se deslizara dentro del almacén, cerrando la puerta con llave tras de sí.

Agachándose de nuevo, Danny se dirigió hacia el hombre inconsciente y recogió la escopeta que había caído. Abriéndola, comprobó los dos extremos de los cartuchos alojados en los cañones y cerró el arma de nuevo. En la parte delantera de la tienda, el rugido del motor de gasolina de la radial se redujo a un suave tictac mientras el último perno se desintegraba bajo su disco de corte. El tipo en la parte trasera del camión inmediatamente comenzó a subir el cajero automático por la rampa con el cabrestante.

—¡Eh, gilipollas, soltad todo y tiraos al suelo! —gritó Danny emergiendo desde detrás del expositor de periódicos, los cañones de la escopeta moviéndose entre el hombre del camión y el tipo con la radial.

En un movimiento sorpresa, el tipo en el suelo aceleró al máximo el gatillo de la radial de gasolina y la lanzó contra Danny. Golpeó el suelo con un estruendo horroroso, su disco de corte soltando chispas contra el hormigón mientras se arrastraba hacia él. Atrapado en el estrecho pasillo, Danny retrocedió tan rápido como pudo y descargó ambos cañones de la escopeta contra la radial que se aproximaba.

El ruido fue ensordecedor en el espacio confinado. La explosión lanzó la radial contra el mostrador de la tienda donde quedó incrustada y se detuvo. Cuando se disipó el humo, Danny vio al tipo de la radial saltando a la cabina del camión y arrancándolo. Hizo avanzar bruscamente el camión con el cajero automático balanceándose, medio dentro y medio fuera de la parte trasera. Dejando caer la escopeta vacía, Danny corrió hacia delante y se lanzó hacia la parte trasera del camión. Se agarró a las cadenas que rodeaban el cajero mientras el vehículo aceleraba por la carretera. Con las zapatillas arrastrándose por el asfalto, Danny se impulsó

hacia arriba y logró meterse en la parte trasera del camión. Sus pies tocaron la superficie metálica en posición amplia, manteniéndose agachado para estabilizarse contra la conducción errática.

Un golpe le alcanzó con fuerza en el pómulo, haciéndole girar la cabeza hacia un lado. Levantó la mirada lentamente para ver unos ojos llenos de odio que le miraban desde detrás de una máscara. El rostro de Danny se endureció, los músculos de sus mejillas se tensaron mientras apretaba los dientes. Sus ojos se estrecharon, las pupilas oscuras y ardientes a medida que su ira crecía. El tipo enmascarado intentó darle una patada para tirarlo del camión, Danny se arrodilló sobre una pierna. Absorbió el golpe en su costado y envolvió con su brazo la pierna del atacante. Sujetándola con fuerza, Danny lanzó un puñetazo a los huevos del tipo antes de levantarse y hacerlo girar, lanzándolo fuera del camión. Cayó de culo atravesando el parabrisas de un coche aparcado y quedó inconsciente, doblado sobre los asientos delanteros.

Al ver que se acercaba una curva, Danny puso el cabrestante en marcha atrás, dejando caer el cajero con un estruendo y soltando chispas sobre el asfalto. Cuando el camión giró, el cajero se balanceó ampliamente, enganchándose en una farola como un ancla de barco. El camión pasó de treinta a cero en una fracción de segundo, enviando al conductor a estrellarse contra el parabrisas y a Danny volando por encima. Se estrelló a través del seto de la casa de enfrente y rodó sobre un césped blando. Permaneció allí un rato comprobando si tenía algún hueso roto. Al no encontrar ninguno, se puso de pie con el sonido de las sirenas aproximándose y las luces azules parpadeantes reflejándose en los edificios.

¿Por qué siempre me pasa esto a mí?

DOS

Caminando a paso ligero desde su oficina en Whitehall, el general Rufus McManus dobló hacia Marsham Street. Se movía entre el público con un aire de desdén, con la espalda recta y la cabeza alta, como si estuviera en un desfile militar. Aunque llevaba un traje de Savile Row, seguía siendo un general, un líder de hombres, protector de la corona. Al llegar a su destino, con un rápido gesto de su identificación, entró en la moderna fachada metálica del edificio del Ministerio del Interior. Comprobando la hora en su reloj y recogiendo su cartera y las monedas de la bandeja del detector de metales, se dirigió a la sala de reuniones. Se había asegurado de llegar temprano; quería ser el primero en entrar, preparado y listo para la batalla.

—Buenos días, Rufus —dijo el Primer Ministro junto a su Ministro de Defensa, William Pringle.

—Oh, eh, buenos días, Primer Ministro, William —respondió tomando su lugar alrededor de la mesa de conferencias. Colocó su expediente sobre la mesa y se recostó, tranquilo por fuera pero hirviendo por dentro al haber sido sorprendido con la guardia baja.

Se sentaron pacientemente hasta que se acercó la hora oficial de la reunión y llegaron dos miembros más del Consejo de Seguridad.

—Buenos días, Héctor, Howard —dijeron al unísono.

Tras los saludos, el Primer Ministro abrió la reunión. —Caballeros, vayamos directamente al asunto, ¿de acuerdo? William, si me

permites, te cedo la palabra.

Rufus miró al Ministro de Defensa con desprecio. El hombre era un idiota, un complaciente. Se movía por las oficinas gubernamentales diciendo a los políticos lo que querían oír, en lugar de lo que debería decirse.

—Sí, por supuesto, Primer Ministro. Continuando con nuestra última reunión y mi análisis de los datos sobre las amenazas terroristas del Reino Unido, es mi opinión que ya no podemos seguir apoyando el Proyecto Libélula del General.

—Eso es un montón de sandeces, William. No serías capaz de analizar con éxito ni tu propio escritorio, y mucho menos las crecientes amenazas a este país. El Proyecto Libélula ya tiene seis amenazas de máximo nivel bajo investigación, incluyendo el robo de 200 rifles prototipo y equipo de protección militar. Todo esto supone una amenaza clara y presente para la seguridad de este país —dijo Rufus, con la cara enrojecida mientras se inclinaba y fulminaba con la mirada al ministro.

—General, ¿puedo pedirle que se abstenga de tales arrebatos? —dijo el Primer Ministro con una mirada de advertencia.

—Lo siento. Mis disculpas, Primer Ministro, pero me gustaría saber cómo espera el señor Pringle hacer frente a estas amenazas extremas sin los recursos del Proyecto Libélula —dijo Rufus, logrando contener su temperamento.

—Disponemos de recursos perfectamente adecuados cubiertos por nuestros servicios de inteligencia, sin mencionar los servicios de inteligencia encubiertos proporcionados por Howard —dijo William, lanzando su respuesta con una mirada de triunfo hacia Rufus.

—Discrepo rotundamente. Mis efectivos están altamente entrenados para la respuesta antiterrorista, algo para lo que no se entrena al Servicio Secreto —dijo Rufus mirando a Howard en busca de apoyo.

—Howard, ¿tienes algún comentario que añadir? —dijo el Primer Ministro mirando al otro lado de la mesa.

—Hasta cierto punto, me inclino a estar de acuerdo con el General. Dispongo de ciertos recursos fuera del Servicio Secreto para hacer frente a amenazas extremas contra el país. Pero creo que el

Proyecto Libélula del General tiene un lugar válido en la protección de este país —dijo Howard con pragmatismo, sin tomar partido emocionalmente.

—Gracias, Howard, creo que lo dejaremos por ahora. William, me gustaría ver un informe completo sobre tu propuesta de reemplazo del Proyecto Libélula dentro de nuestros servicios de inteligencia existentes. Y General, le sugeriría que trajera algunos resultados positivos a la mesa la próxima vez que nos reunamos.

—Sí, Primer Ministro —dijo Rufus.

La reunión terminó y los miembros se dispersaron uno a uno. Howard se acercó a Rufus mientras este se preparaba para marcharse.

—Solo me preguntaba, ¿cómo va la investigación sobre los rifles y el equipo de protección robados? —dijo Howard situándose frente a él.

—Tenemos una o dos pistas, nada concreto por el momento. ¿Y vosotros? —dijo Rufus, ambos hombres mostrándose cautelosos como siempre lo son los hombres de secretos.

—Mmm, estamos investigando la posibilidad de que el robo fuera ejecutado por profesionales a sueldo. Mercenarios, para ser precisos —dijo Howard, escudriñando el rostro de Rufus en busca de señales de que ya estuviera al tanto del hecho.

—Bueno, el Proyecto Libélula ya está considerando todas las posibilidades, así que si tienes información que desees compartir, estaremos encantados de ocuparnos desde aquí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Serás el primero en conocer cualquier novedad —mintió Howard mientras ambos hombres se estrechaban la mano y se despedían.

Ya fuera, Rufus marchó de vuelta hacia su oficina. Cuando rodeaba las Casas del Parlamento, recibió un mensaje de texto.

Es uno de los de Howard.

Borrando el mensaje inmediatamente, Rufus entró en una tienda de teléfonos móviles cercana y pagó en efectivo por el teléfono más

barato que tenían. Tecleando un número de memoria, envió un mensaje.

Deshaceos del nuevo.

Tan pronto como recibió una marca indicando que había sido leído, arrojó despreocupadamente el teléfono por encima de la barandilla al Támesis y continuó su camino por el malecón.

TRES

El Toyota Land Cruiser se precipitaba peligrosamente por el camino rural, con el conductor inclinado hacia delante, concentrándose intensamente para distinguir las curvas en la brumosa noche. Soltó un juramento cuando rozó el arcén, rebotando en una nube de hierba y barro. Exhaló un suspiro de alivio cuando el camino de tierra apareció ante su vista. Desviando el 4x4 de la carretera, aceleró por el sendero y derrapó hasta detenerse junto a la casa de campo alquilada. Apagó el motor, abrió la puerta y se quedó inmóvil, escudriñando la oscuridad en busca de señales reveladoras de peligro. Satisfecho, se apresuró a entrar, subiendo las escaleras de tres en tres. Agarró una gran bolsa de lona, la arrojó sobre la cama, se giró y cogió un expediente con un sello de clasificado en la portada y lo metió dentro. Treinta segundos después había llenado la bolsa con dinero, su pasaporte y ropa para algunos días. Dejando todo lo demás, bajó de nuevo al oscuro salón. Sin encender la luz, dejó la bolsa sobre la mesa y se plantó frente a la ventana. Sus ojos escrutaron la oscuridad exterior. Con manos temblorosas, sacó su teléfono, desplazó los contactos y pulsó en Tía Maureen. Saltó directamente al buzón de voz, como debía ocurrir.

—Hola, soy Maureen. No puedo atender tu llamada en este momento. Por favor, deja tu mensaje y te llamaré cuando pueda.

—Soy Tripp. El primer trabajo no es el final; están planeando algo más grande. Mira, tenéis una filtración. Han descubierto mi

tapadera. Me largo —dijo dándole la espalda a la ventana y colgando.

Agarrando la bolsa, echó un vistazo al espejo sobre la chimenea. Un tenue punto rojo apareció detrás de él, apenas visible en la suciedad de la ventana. El destino del haz se centraba en la parte posterior de su cabeza. Tripp se tiró al suelo por instinto. Un tintineo de cristal roto sonó por encima de él cuando la bala se incrustó en la pared debajo del espejo. Aplanó su espalda contra la pared bajo la ventana segundos antes de que la habitación estallara en una lluvia de balas.

Cristal, madera, ladrillo y polvo se astillaron por toda la habitación, duchándolo mientras se arrastraba velozmente hacia el pasillo. Los pensamientos de llegar al coche terminaron abruptamente cuando el tiroteo en el salón cesó, seguido por otra descarga en el exterior y el sonido de impactos metálicos, cristales rompiéndose y neumáticos reventando. Poniéndose en pie de un salto, Tripp corrió hacia la parte trasera de la casa. Sin querer arriesgarse con la puerta trasera, saltó y giró, atravesando con su espalda la ventana de la cocina mientras se encogía en una bola. Aterrizó, rodó y se puso en pie corriendo en un fluido movimiento. En algún lugar detrás de él oyó los estallidos amortiguados de disparos silenciados y sintió la energía cinética de las balas pasando muy cerca de su cabeza.

Un segundo después había despejado el césped y fue engullido por la oscuridad absoluta del bosque. Tripp siguió corriendo a toda velocidad. Ignoró las ramitas y ramas que enganchaban su ropa y arañaban su cara. Corrió más y más profundo hasta que sus pulmones ardientes y su corazón martilleante le obligaron a detenerse. Apoyando su espalda contra el tronco de un árbol, tragó aire con desesperación. Temblando por la adrenalina, se forzó a calmarse y evaluar sus alrededores. Giró la cabeza alrededor del tronco y miró fijamente la oscuridad tras él. Estaba demasiado oscuro para ver algo más que la sombra de otros árboles a pocos metros. Tripp lo tomó como algo positivo y ralentizó aún más su respiración mientras se preparaba para continuar. Repasó mentalmente la ubicación de la casa de campo. Se había dirigido

hacia el sur adentrándose en el bosque. Si seguía adelante, debería alcanzar el río Stort en aproximadamente ochocientos metros, seguir la orilla hasta Sawbridgeworth y largarse de allí.

El chasquido de una ramita en la oscuridad a su izquierda lo puso en acción. Se giró y salió disparado entre los árboles, oyendo movimiento a la derecha mientras avanzaba. Sin mirar atrás, Tripp se esforzó más mientras se abría paso entre la maleza. Sin previo aviso, irrumpió fuera de la línea de árboles y se deslizó por el terraplén hasta el borde poco profundo del río. Cuando se volvió para trepar de nuevo, tres siluetas sombrías avanzaron hasta el borde del terraplén sobre él. Lo miraron con un resplandor verde fantasmal alrededor de sus ojos proveniente de visores nocturnos. Tripp se mantuvo desafiante, su pecho agitándose mientras aspiraba el frío aire nocturno. Las figuras se apartaron y un cuarto miembro dio un paso adelante. Levantó su arma, apuntando firmemente al pecho de Tripp.

—Que te jodan —dijo Tripp, apenas logrando pronunciar las palabras antes de que la sombra disparara tres veces, colocando dos balas en su pecho y una en el centro de su frente.

Se quedó allí, un hombre muerto desafiando la gravedad por un segundo, antes de caer de espaldas en el agua negra y fría. Mientras la corriente lo arrastraba río abajo, la figura levantó su mano y giró su dedo en el aire. Los otros tres se fundieron instantáneamente en la oscuridad del bosque. La figura observó a Tripp un momento más mientras se alejaba a la deriva, antes de girarse y desaparecer en la oscuridad.

CUATRO

Al aparcar en su plaza reservada, Danny se arrastró hasta la entrada del edificio victoriano de tres plantas. Ignorando el ascensor, subió las escaleras con algo menos de entusiasmo de lo habitual. Bostezando, empujó las chirriantes puertas de roble de Seguridad Greenwood.

—¿Hemos tenido una noche movidita? —dijo la recepcionista.

—Se podría decir así, Lucy. ¿Está dentro?

—Sí. El señor Jenkins está con él —dijo con una sonrisa y una mirada prolongada.

—Gracias —respondió Danny, viendo cómo se sonrojaba cuando se dio cuenta de que había notado su mirada. Sonrió y deambuló entre las mesas hasta su despacho con el cartel en la puerta: *Danny Pearson, Director de Operaciones*. Colgó su chaqueta en el perchero, revisó sus mensajes y luego fue al despacho de al lado, llamando a la puerta bajo el cartel de *Paul Greenwood, Director General* antes de entrar.

—Buenos días a todos —dijo.

—Buenos días, Daniel. Edward me estaba poniendo al día sobre tu entretenida noche —dijo Paul, recostándose en su silla.

—Mmm, no hubo nada de entretenido en ello. Gracias por sacarme de allí, Ed. Sabía que tener un amigo que es el Jefe del Servicio de Inteligencia Secreta me sería útil algún día. Te juro que si

hubiera tenido que escuchar una pregunta más de ese detective imbécil, habría organizado mi propia fuga.

—¿Cómo demonios te metes siempre en estos líos? —dijo Paul negando con la cabeza.

—¿Qué? ¡No fue culpa mía! Solo salí a por leche —dijo Danny con una risita.

—Bueno, al menos estás bien. Sabes que tenemos que organizar el horario y el equipo para el servicio de protección personal del jeque hoy —dijo Paul, volviendo a los negocios.

—Ya estoy en ello, jefe. Voy a usar el equipo de John ahora que han vuelto de Alemania.

—Vale, buena elección —dijo Paul.

—Bien, os dejo. Gracias de nuevo, Ed. Te debo una —dijo Danny saliendo del despacho.

***

Sue caminaba por el sendero junto al río cerca de la estación de tren de Sawbridgeworth. Su labrador negro Toby trotaba sin correa a su lado, olfateando y zigzagueando por el camino mientras diversas cosas captaban su atención. Ella continuaba por el sendero, ajena a todo lo que la rodeaba mientras se quejaba de su trabajo en una conversación de ping-pong por mensajes con su hermana. En un hueco entre los mensajes entrantes, levantó la vista y se dio cuenta de que Toby no estaba detrás de ella. Llamó su nombre y retrocedió cuando no acudió. Al llamarlo de nuevo, escuchó un ladrido desde detrás de los arbustos en la orilla del agua.

—Toby, ¿qué estás haciendo? —dijo mientras se abría paso entre la maleza.

Cuando salió al otro lado, Toby bailoteaba excitado de un lado a otro ladrando hacia el agua. Al mirar hacia el río, Sue retrocedió horrorizada ante la visión de un cuerpo entre los juncos en la orilla. La piel estaba pálida y cerosa, y unos ojos sin vida miraban directamente hacia arriba desde debajo de un agujero de bala en medio de la frente. Sus pies resbalaron en la hierba mojada mientras

entraba en pánico y se arrastraba de vuelta a través de los arbustos hacia el sendero. Mientras Toby la miraba con amor, moviendo la cola, excitado y orgulloso de su descubrimiento, Sue permaneció en estado de shock, marcando el 112 con manos temblorosas. Cuando el operador respondió, rompió a llorar, cayendo de rodillas. Poco después, la zona estaba repleta de policías. Cerraron el camino y acordonaron la escena para el equipo forense. Los agentes Bale y Spires estaban en lo alto del sendero cerca de la carretera de la estación. Algunos curiosos locales se habían congregado en el puente sobre el río, intentando ver qué ocurría. Los rumores iban cambiando a medida que corrían de boca en boca. Algunos decían que una mujer había sido atacada, otros se inclinaban por un suicidio, y unos pocos estaban seguros de que habían encontrado drogas.

—Los mirones están hoy en plena forma —dijo Bale, señalando con la cabeza en dirección al puente.

—Sí, que se vayan los detectives, seguro que ellos ya lo tienen todo resuelto —dijo Spires, ya aburrido de su labor de vigilancia del sendero.

El sonido de sirenas rompió la monotonía y, segundos después, tres coches negros sin distintivos aparecieron a la vista bajando a toda velocidad por la colina hacia ellos. Apagando las sirenas y las luces azules intermitentes ocultas tras sus parrillas, se detuvieron junto al puente. Dos hombres con traje oscuro salieron del primer coche y otros dos del coche trasero. El gran Range Rover del medio permaneció allí, con los cristales tintados sin dar pista alguna sobre su ocupante.

—Vaya, ¿quiénes son estos? —dijo Bale mientras los hombres se acercaban por el sendero.

—¿Quién está al mando? —dijo el tipo de delante, con voz cortante y rostro serio mientras les mostraba una identificación del MI6.

—El Inspector Detective Grey, señor. Está abajo, cerca del cadáver —dijo Spires.

Los agentes pasaron por debajo de la cinta y continuaron por el sendero. Dos se detuvieron a veinte metros de los oficiales y se

quedaron de guardia mientras los otros dos seguían hasta la escena del crimen. Se acercaron a Grey, con las identificaciones del MI6 ya fuera y a la vista.

—Agente Harris. Solo necesito examinar el cuerpo.

—Adelante —dijo Grey, apartándose de su camino mientras señalaba hacia el río.

Harris se abrió paso entre los arbustos, emergiendo en la orilla del río junto al cuerpo. Contempló el cadáver de Tripp durante un rato antes de sacar su móvil.

En la parte trasera del Range Rover aparcado en la carretera, sonó un móvil.

—Sí.

—Es él, señor. Tripp. Disparos en el pecho y la cabeza.

—Gracias, Harris. Asegure el lugar y deshágase de la policía local. Nos haremos cargo a partir de ahora.

—Sí, señor —dijo Harris, colgando.

El hombre en la parte trasera del Range Rover hizo otra llamada.

—Edward, soy Howard. Hemos encontrado el cuerpo de Tripp.

—Maldita sea. Los cabrones. ¿Qué quieres hacer?

—En su última llamada dijo que están planeando algo más. También dijo que tenemos una filtración en el departamento. Tendremos que salir fuera de la agencia. Nos vemos en el club más tarde, hablaremos entonces —dijo Howard, colgando. Se quedó un momento sumido en sus pensamientos antes de mirar a los ojos del conductor por el retrovisor.

—A Downing Street, por favor, Frank, necesito hablar con el Primer Ministro.

El coche se alejó silenciosamente, dirigiéndose de vuelta a Londres.

CINCO

Después de copiosas tazas de café, todos los horarios para la visita del jeque quedaron organizados. Danny se recostó y bostezó, feliz de que el fin de semana estuviera a solo una hora de distancia. Su móvil sonó, despertándolo de golpe. Sonrió al ver la identificación de la llamada.

—Scotty, chaval, ¿a qué debo el placer?

—Es viernes por la noche, viejo. Estaba pensando en tú, yo y las gemelas Minelli, una cena en The Ivy y una fiesta en mi casa —dijo Scott Miller, el mejor amigo de Danny.

—¿Quiénes demonios son las gemelas Minelli?

—Las gemelas Minelli son un par de encantadoras entrenadoras personales de mi club privado de salud. Muy en forma, muy flexibles y con muchas ganas de conocerte —dijo Scott como un colegial emocionado.

—¿No podemos hacerlo otra noche, tío? Estuve despierto casi toda la noche pasada y estoy agotado —dijo Danny mientras cerraba sesión en su ordenador y cogía su chaqueta del respaldo de la silla.

—Absolutamente no, querido amigo. No se les dice que no a las gemelas Minelli. Cuando las veas, entenderás por qué. Quítate las zapatillas y la bata, vejestorio. Pasaré a recogerte a las siete —dijo Scott, negándose a aceptar un no por respuesta.

—Vale, vale. Me rindo. Iré a casa a refrescarme y te veré a las siete. Aunque no pienso pasar toda la noche en vela —dijo Danny

mientras salía.

—Buen chico, te veré luego —dijo Scott colgando.

Danny asomó la cabeza por la puerta de Paul.

—Me marcho ya, Paul —le dijo a su jefe y amigo.

—Vale, que pases un buen fin de semana —dijo Paul despidiéndole con una sonrisa.

—Ya te contaré sobre eso. Scott me lleva a salir con las gemelas Minelli —dijo Danny arqueando las cejas.

—¿Quiénes son las gemelas Minelli?

—No tengo ni la más remota idea. Nos vemos el lunes —dijo Danny por encima del hombro mientras salía de la oficina.

***

A POCA DISTANCIA DEL PARLAMENTO, tras una discreta fachada georgiana, se encontraba el Club de Caballeros Britannia. Aparte de una pequeña placa de latón en la pesada puerta negra, no había evidencia del club en el interior. No se podía simplemente hacerse socio del Britannia, había que ser presentado por un miembro y luego aprobado por una junta directiva. Edward Jenkins pasó junto a las rejas negras de hierro y subió de un salto los escalones blancos hasta la puerta principal. Observando la cámara de seguridad sobre él, hizo sonar la aldaba. La puerta se abrió inmediatamente, y un hombre impecablemente trajeado le hizo pasar a un amplio vestíbulo.

—Buenas noches, señor, ¿en qué podemos ayudarle? —dijo el hombre trajeado, cerrando la puerta tras él.

—Estoy aquí como invitado del señor Howard —dijo Edward, sabiendo que el agente secreto del gobierno solo era conocido como Howard, ya fuera por nombre o apellido.

—Por supuesto, señor, ¿puedo tomar su abrigo?

—Sí, por favor, ¿señor...? —preguntó Edward quitándose la chaqueta mientras un hombre más joven aparecía de la nada para tomarla.

—Jarvis, señor. Por aquí, si es tan amable.

Edward siguió a Jarvis a través de una sala de estar llena de sillones de cuero con respaldos altos y sofás Chester, pasando por un comedor lleno de empresarios y políticos de alto nivel, hasta llegar finalmente a un comedor más pequeño con paneles de roble que tenía media docena de reservados privados. Cuando llegaron al reservado de la esquina, Edward vio a Howard sentado relajadamente a la mesa.

—Edward, puntual como siempre. Por favor, toma asiento —dijo Howard, indicándole que se sentara.

—¿Desea tomar algo, señor? —preguntó Jarvis mientras Edward se deslizaba en el asiento frente a Howard.

—Tomaré un whisky con hielo, por favor —dijo Edward.

—¿Y usted, señor? ¿Desea otro?

—Lo mismo otra vez, por favor, Jarvis —dijo Howard.

Jarvis volvió con las bebidas y tomó sus pedidos de comida. Howard esperó pacientemente, observándolo marcharse antes de comenzar su conversación.

—Menudo lío, ¿verdad? —dijo.

—Eso es quedarse corto. ¿Se ha informado a la familia de Tripp? —dijo Edward, dando un gran trago a su whisky.

—Sí. La versión oficial es que murió en un ejercicio de entrenamiento. Se ocuparán de ellos. El incidente del río nunca ocurrió. He emitido una orden de silencio a la policía y a la prensa, y les he dicho que es un asunto de seguridad nacional —dijo Howard, haciendo una pausa cuando llegó la comida.

—¿Qué hay del informante? —dijo Edward una vez que el camarero se había marchado.

—O informantes, querido amigo. Alguien traicionó a Tripp y proporcionó información detallada sobre los chalecos antibalas y los rifles Pentic. Las armas y los chalecos antibalas robados estaban bajo el departamento de investigación y desarrollo del Ministerio de Defensa, con acceso restringido. Podríamos estar buscando a alguien que está en el Consejo de Seguridad Nacional o que tiene acceso a él.

—¿Qué vamos a hacer con Benton, le hacemos venir? —dijo Edward, picoteando su comida, mientras su apetito desaparecía.

—No, él y sus amigos son demasiado cuidadosos. Solo tenemos el último informe de Tripp diciendo que había establecido contacto, y todavía no tenemos ni idea de quién es el comprador. Perder los chalecos antibalas ya es bastante grave, pero si no recuperamos los 200 rifles prototipo y caen en las manos equivocadas, podríamos tener un importante incidente internacional y una enorme vergüenza para el gobierno. No, necesitamos poner a otro hombre dentro, alguien que no tenga vínculos activos con la agencia o el Ministerio de Defensa.

—¿En quién estás pensando? —dijo Edward, adivinando a medias la respuesta.

—Quiero utilizar a Pearson. Está fuera del radar de todos y trabajó con Benton en el SAS.

—No creo que lo haga —dijo Edward, mirando a Howard directamente a los ojos.

—Oh, lo hará —dijo Howard con una pequeña sonrisa.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Digamos que me debe una comida china —dijo Howard, recordando cómo había limpiado el desastre después de que Danny volara los sesos de un asesino chino por matar a su novia, Kate.

—Si acepta, tendremos que mantenerlo fuera de la red, nada oficial, sin rastro documental.

—Estoy de acuerdo. Creo que deberíamos traer a Thomas Trent y John Ball para dirigir las operaciones. Danny los conoce y están fuera de los registros. Sería más seguro de esa manera —dijo Howard, terminando su cena.

—Buena idea. Hasta que descubramos quién filtró la identidad de Tripp y los archivos del Ministerio de Defensa, cuanto más extraoficial, mejor.

SEIS

El enorme Volvo XC90 4x4 se desvió de la tranquila carretera secundaria a poco más de un kilómetro del pequeño pueblo de Chipping Ongar, en Essex. Avanzó lentamente por el largo camino de tierra, con los faros iluminando los setos que bordeaban ambos lados. Finalmente, el coche subió a una superficie de hormigón que conducía al centro de un conjunto de cobertizos agrícolas dispuestos en forma de herradura. El comandante Rex Benton detuvo el coche junto a un camión blanco de 7,5 toneladas. El lugar parecía desierto, pero Benton sabía que no era así. Apagó el motor, sumiendo el patio en una oscuridad iluminada solo por la luz de la luna. Al salir, se quedó escuchando unos segundos mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Satisfecho, caminó hacia la gran puerta corredera de uno de los graneros.

—¿Todo tranquilo, Mendes? —dijo hacia la oscuridad absoluta más allá del edificio de la izquierda.

—Sí, jefe. Acabo de revisar uno de los sensores del perímetro. Un maldito zorro lo ha activado —dijo una figura que surgió de las sombras con un traje completo de combate negro y pasamontañas. Iba armado con un nuevo fusil compacto Pentic en las manos y una Glock 17 enfundada en cada cadera. Miguel Mendes siguió a Benton mientras este deslizaba la puerta unos sesenta centímetros, dejando que una cuña de luz del interior se reflejara en el coche y el camión.

—Jefe —dijo un tipo alto, de pelo rubio arenoso, con vaqueros y jersey.

—¿Toda la carga ya está en el camión, Knowles?

—Sí, jefe.

Benton dirigió su atención a un hombre más pequeño y fibroso absorto en un portátil de campo de aspecto indestructible, que mostraba imágenes de cuatro cámaras nocturnas y sensores de perímetro.

—¿Todo bien, Kristoff? —preguntó Benton.

—*Da*, todo bien. El avión de carga aterrizará alrededor de la una de la madrugada. El intermediario tiene todos los documentos de aduanas y el papeleo del envío. Nos encontrará en el área de servicio de South Mimms para el intercambio.

—Bien, Mendes, recoge las cámaras y los sensores, y luego cámbiate a ropa de civil. Quiero todo nuestro equipo embalado y en el Volvo en treinta minutos. Cuando Mendes regrese, limpiamos todo y nos llevamos hasta el último detalle: basura, vasos, incluso el papel higiénico. No dejéis ni rastro. No volveremos aquí. ¿Entendido?

—Sí, jefe —respondieron todos al unísono antes de ponerse en acción.

Dando la espalda a los hombres, Benton se dirigió a la mesa contra la pared del fondo. Dobló un mapa de Surrey y recogió un conjunto de fotos aéreas. Estaba a punto de guardarlas en un maletín de cuero junto con los planos de un edificio y una carpeta de manila con un sello rojo de clasificado en la portada, cuando su mano derecha tembló incontrolablemente. Dejando los documentos de nuevo sobre la mesa, Benton la agarró con su mano izquierda y la sujetó con fuerza. Se quedó inmóvil mientras imágenes vívidas llenaban su mente: personas malvadas, torturadores, tan claras como cuando eran de carne y hueso. El dolor se intensificó cuando impulsos eléctricos fantasmas devolvieron su tortura a la realidad.

—Todavía necesitamos a alguien que reemplace a Dennis para esa operación, jefe —dijo Peter Knowles, acercándose a su lado.

Benton lo miró con ojos desorbitados, viendo la imagen de sus pesadillas en lugar de a Knowles. Movió su mano hacia su arma, dejándola caer a un lado en el último momento cuando la niebla se

disipó y la figura de Knowles se grabó en su mente. —Lo sé, Peter, tendremos que ser más cuidadosos después de lo de Tripp.

—¿El cliente ha dicho algo sobre la investigación de Tripp? —dijo Knowles, advirtiendo la extrañeza en la reacción de Benton pero sin tener el valor de cuestionarla.

—No lo sabe; la policía local está fuera del caso. Los espías intervinieron y tomaron el control, y no fueron los del MI5 ni sus chicos del MI6. Venga, vamos a embalarlo —dijo Benton, alejándose con el maletín.

Menos de una hora después, Kristoff y Mendes estaban sentados en el camión, con Knowles en el asiento del copiloto del Volvo. Esperaban pacientemente a Benton mientras este inspeccionaba el almacén en busca de algo que hubieran pasado por alto. Trabajó lentamente desde la pared del fondo, limpiando todas las superficies, mangos y sillas por segunda vez con un trapo empapado en lejía. Justo antes de llegar a la puerta corredera, vio una colilla en el suelo. Recogió la apestosa colilla de cigarrillo ruso barato y se la guardó en el bolsillo.

Maldito Kristoff con sus cigarrillos.

Después de limpiar el tirador y la puerta corredera, sacó del bolsillo las llaves de la propiedad, las limpió y las arrojó dentro antes de cerrar la puerta. El local estaba alquilado bajo un nombre falso y pagado por tres meses. El agente se quedaría con la fianza cuando no pudiera contactar con nadie y no pensaría más en ello. Se subió al asiento del conductor del Volvo y se alejó por el camino de tierra con el camión traqueteando detrás de él.

—Llama al conseguidor, dile que nos encontraremos con él en South Mimms en cuarenta minutos —le dijo a Knowles.

—En ello —dijo Knowles, ya marcando el número.

Contestaron el teléfono, pero nadie habló.

—Llegada estimada en cuarenta minutos, Volvo azul, camión blanco —dijo Knowles.

El teléfono hizo clic cuando Hamish colgó.

—¿Te ha dado el tratamiento silencioso? —dijo Benton.

—Sí —respondió Knowles.

—Es un hombre muy cauteloso, el señor Campbell —dijo Benton, girando hacia la A414 en dirección a Harlow.

Condujeron con prudencia, manteniéndose dentro del límite de velocidad mientras tomaban la M11 y luego la M25, finalmente cogiendo la salida en el cruce 23 hacia el área de servicio de South Mimms. Benton redujo la velocidad en la rotonda, dejando que el camión se acercara detrás de él mientras entraban al área de servicio. Condujeron hasta la esquina más alejada del aparcamiento y estacionaron uno al lado del otro. Segundos después de detenerse, un Ford Focus gris arrancó el motor. Atravesó el aparcamiento y se detuvo junto al Volvo. Un tipo pálido y nervioso con una mata de pelo cobrizo y una barba tupida a juego miró a Benton e hizo un pequeño asentimiento. Benton le correspondió. Ambos hombres permanecieron donde estaban, estudiando y escaneando el aparcamiento en busca de cualquier cosa fuera de lugar. Finalmente, Hamish salió con un gran sobre marrón en la mano. Benton bajó la ventanilla cuando se acercó y tomó el sobre. Hamish se dio la vuelta inmediatamente sin decir palabra y regresó a su coche. Para cuando Benton subió la ventanilla, Hamish ya había arrancado el coche y se alejaba.

—Un hombre muy cauteloso, el señor Campbell —repitió Benton mientras encendía la luz interior y comprobaba los documentos.

—¿Todo bien, jefe? —dijo Knowles.

—Sí, dáselos a Mendes. Dile que nos vea en la unidad de Slough después de que haya cargado el avión.

Knowles tomó el sobre y salió. Cuando regresó, Benton arrancó. No esperó al camión; este iba a tomar una ruta diferente a la de ellos.

SIETE

El sol se colaba a través de las persianas de madera en la habitación de invitados de Scott. Danny abrió un ojo, volviéndolo a cerrar de inmediato cuando la intrusión de la luz del día provocó un latido en su cabeza. Repitió el proceso unos segundos después, alargando la mano hacia su viejo reloj G-Shock que estaba sobre la mesita de noche. Las ocho y media. Se giró de espaldas e intentó aclarar la niebla de su cabeza.

¿Qué demonios bebí anoche?

Para su sorpresa, el edredón a su lado se movió y el atractivo rostro de una de las gemelas Minelli apareció en su campo de visión. Sus párpados somnolientos se abrieron mostrando sus suaves ojos marrones. Sonrió con una hilera de perfectos dientes blancos ante la mirada sorprendida de Danny.

—No te preocupes, fuiste todo un caballero. Muy borracho, pero aun así todo un caballero. Ibas a dormir en el sillón reclinable de Scott, pero yo te dije que podías compartir la cama.

—Vale. Eh, bien. Sirena, ¿verdad? —dijo Danny, avergonzado.

—Sí, Sirena. María desapareció con Scott, quien creo que podría haber sido menos caballero que tú —dijo, volviéndose hacia el otro lado mientras Danny salía de la cama, agradecido de encontrarse todavía con la ropa interior y la camiseta puestas. Encontró sus pantalones en el suelo y se los puso apresuradamente.

—Bonito trasero —soltó una risita mientras él se escabullía por la puerta.

Después de salpicarse la cara con agua fría y pasarse los dedos por su mata de pelo rebelde, se dirigió hacia los sonidos de movimiento en la cocina.

—Buenos días, colega. Tienes mala cara. Buena noche, ¿eh? —dijo Scott, riéndose mientras encendía el hervidor de agua.

—Cuando empiece a recordar algo de lo que pasó, te lo haré saber. ¿Qué demonios tenían esas copas que no parabas de comprar?

—Creo que sería más fácil preguntar qué no tenían —dijo Scott, lanzándole un paquete de paracetamol desde un armario de la cocina.

—Gracias, tío. ¿Por qué tú no pareces un desastre? —preguntó Danny con curiosidad al ver el aspecto fresco como una rosa de Scott.

—Oh, me pasé a los cócteles sin alcohol a mitad de la noche. No quería emborracharme demasiado, después de todo, tenía que cuidar de la encantadora María —dijo Scott con una sonrisa como la del gato de Cheshire.

—Cabrón, podrías habérmelo dicho —dijo Danny, cogiendo una taza de café que le ofrecía Scott y tragándose un par de pastillas para el dolor de cabeza.

—¿Dónde estaría la gracia, colega? Te lo estabas pasando tan bien que no quise estropearlo. Hacía años que no te veía desmelenarte tanto.

—Mmm, vale, fue una buena noche —dijo Danny, logrando sonreír a pesar del dolor de cabeza. Nunca podía enfadarse con Scott, habían sido amigos desde el colegio.

—Entonces, ¿qué tal con la encantadora Sirena? —dijo Scott, mirando a Danny con las cejas levantadas.

—Fue muy agradable y no pasó nada, ¿vale?

—Qué absoluta lástima —dijo Scott, con su pelo alborotado rebotando mientras giraba la cabeza y sonreía a las gemelas Minelli que entraban descalzas en la cocina, vestidas de nuevo con sus

brillantes vestidos de la noche anterior y llevando sus tacones altos en las manos.

—He llamado a un taxi —dijo María, acercándose a Scott y atrayéndolo para darle un beso apasionado.

—¿Estás segura? Podría llevarte a casa, querida.

—No, está bien, te llamaré más tarde —dijo, besándolo de nuevo.

Sirena se acercó a Danny y le besó en la mejilla. —Si quieres salir otra vez, llámame. Quizás te deje ser menos caballero la próxima vez —dijo, deslizando su número de teléfono en el bolsillo de su camisa.

Se marchó con su hermana, dejando a Danny algo ruborizado. Cuando la puerta se cerró tras ellas, Scott soltó una carcajada.

—No digas ni una palabra —dijo Danny sonriéndole. Estaba a punto de decir algo más cuando sonó su teléfono. Lo cogió y frunció el ceño al ver el identificador.

—Paul, ¿qué pasa? —respondió.

—Siento molestar tu sábado pero ha surgido algo —dijo Paul, con un tono de voz serio.

—Vale, ¿de qué se trata? —dijo Danny, con su curiosidad despertada.

—No por teléfono, ¿puedes venir a la oficina?

—Eh, sí. Puedo estar allí en aproximadamente hora y media.

—Te veré entonces —dijo Paul, colgando.

—Eso sonaba serio. Será mejor que te tomes un bocadillo de beicon antes de irte —dijo Scott sacando una sartén del armario.

Danny miró su reloj. —¿Puedes llevarnos a la oficina después?

—Por supuesto, querido amigo.

—En ese caso, prepara el beicon, tío —sonrió Danny.

OCHO

El viejo avión de carga ruso Ilyushin Il-96T zumbaba mientras entraba en el espacio aéreo serbio siguiendo su ruta de vuelo planificada hacia el aeropuerto de Estambul. El piloto y el copiloto comprobaban los mapas y los indicadores de sus cuatro motores a reacción Aviadvigatel. Cuando el GPS alcanzó cierta posición, el piloto redujo la potencia de los motores y comenzó a descender suavemente. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza a su copiloto y pulsó el botón de comunicaciones de sus auriculares.

—Estambul, aquí KD1200, tenemos un fallo hidráulico. Solicitamos desvío al aeródromo serbio más cercano, Lisičji Jarak.

—KD1200, aquí control de tráfico aéreo de Estambul, manténgase a la espera.

Esperaron en silencio durante unos minutos antes de que la radio cobrara vida.

—KD1200, aquí control de tráfico aéreo de Estambul, su solicitud ha sido concedida. El aeropuerto de Lisičji Jarak ha sido notificado y espera su llegada.

—Gracias, Estambul. KD1200, cambio y fuera.

Tras introducir las coordenadas del nuevo aeropuerto, el piloto viró el avión y continuó su descenso hacia el aeropuerto de Lisičji Jarak.

***

A OCHENTA KILÓMETROS DE ALLÍ, un viejo y destartalado camión azul marino se detuvo ante la barrera de seguridad del aeródromo. El guardia había sido bien pagado y sabía que vendrían. Levantó la barrera sin que el camión tuviera que detenerse. Este condujo ruidosamente hacia la parte trasera del aeródromo, pasando por delante de los hangares y las avionetas, hasta aparcar en una gran plataforma de hormigón.

El aeródromo era pequeño y tranquilo, utilizado principalmente por pilotos en formación, propietarios de avionetas y fumigadores agrícolas. Solo dos personas trabajaban en la torre de control y ambas habían sido pagadas para hacer la vista gorda una vez que aterrizara el avión de carga. No tuvieron que esperar mucho antes de que un zumbido de motores a reacción precediera a la visión del avión cuando descendió a través de las nubes. Entró bajo, por encima de la valla del aeródromo, ya que necesitaba toda la corta pista para detenerse. Una bocanada de humo gris se elevó de los neumáticos cuando besaron el asfalto, con los flaps del avión completamente desplegados, frenando con fuerza. Redujo la velocidad y giró al final de la pista, deteniéndose finalmente cerca del camión.

Cuando los motores a reacción se apagaron, el piloto bajó la puerta de carga trasera. La puerta del conductor del camión se abrió de golpe y Gregor Krulsh descendió. Con su metro noventa y ocho y sus 113 kilos de músculo, no era alguien a quien se pudiera olvidar. Cerró la puerta de un golpe con una mano del tamaño de una pala, exhibiendo los tatuajes de prisión descoloridos y azulados como advertencia para todos. Giró la cabeza de pelo corto rapado hacia el avión e hizo un gesto afirmativo al copiloto que estaba en la rampa de carga.

El pasajero se bajó del camión, un hombre más bajo de mediana edad, con el pelo canoso y regordete por el medio. Parecía menos intimidante que Gregor, pero con una cara que parecía haber sido cincelada en granito sólido, seguía teniendo el aspecto de alguien con quien no convenía meterse. Se dirigió a la parte trasera del camión y bajó la plataforma hidráulica mientras Gregor caminaba hacia el avión y entraba. Momentos después salió, guiando cuatro

grandes cajas de madera por la rampa del avión en una carretilla elevadora eléctrica. Después de depositarlas en el asfalto, Gregor subió la carretilla elevadora en la plataforma del camión y la elevó. Tras moverse un poco, salió del camión guiando una paleta con cuatro cajas de piezas de lavadora que coincidían con la documentación del envío de Londres para la aduana de Estambul. Las empujó dentro del avión y las aseguró. Cuando terminó, se volvió hacia el piloto y el copiloto. Parecían nerviosos mientras sus ojos azul hielo los atravesaban. Metió la mano en su chaqueta, haciendo que se sobresaltaran, y sacó un sobre grande. Mientras se lo entregaba al piloto, lo sujetó con fuerza, dejando al piloto sosteniendo el otro extremo sin saber qué hacer.

—Nunca hablaréis de esto, ahora marchaos. Yo nunca estuve aquí —dijo con un gruñido bajo y amenazante.

Los pilotos permanecieron temblando ligeramente mientras Gregor soltaba el paquete y salía del avión. Minutos después, Gregor tenía la paleta cargada en el camión y salía del aeródromo mientras la puerta de carga del avión se cerraba tras ellos y sus motores zumbaban y aumentaban la potencia.

—Lisičji Jarak, aquí KD1200, solicitamos autorización para despegar.

—KD1200, tiene autorización para despegar.

Mientras el avión ascendía a la altitud de crucero en su camino hacia Estambul, el copiloto abrió el sobre y pasó el pulgar por el fajo de billetes.

—Estambul, aquí KD1200. La avería hidráulica ha sido reparada y estamos reanudando nuestra ruta de vuelo hacia el aeropuerto de Estambul.

NUEVE

Sintiéndose decididamente más despierto, Danny se despidió de Scott a las puertas de Greenwood Security. Subió las escaleras a paso ligero, disfrutando de la oleada de sangre bombeando a través de su corazón y del calor que sentía en los músculos de las piernas. Empujó la vieja puerta de roble y entró en la oficina, respirando solo un poco más agitado de lo normal. Era sábado y las luces estaban apagadas y los escritorios vacíos. Al otro lado de la oficina, la puerta de la sala de conferencias estaba abierta. Paul apareció en la entrada.

—Cierra la puerta con llave, por favor, Daniel —dijo, desapareciendo de nuevo en el interior de la sala.

Danny se volvió y echó el pestillo. Con la sensación de que no le iba a gustar de qué se trataba todo esto, se dirigió hacia la puerta abierta.

Su presentimiento se confirmó cuando vio a Howard sentado en la cabecera de la mesa con Edward Jenkins a su derecha y Paul a su izquierda.

—Sea lo que sea esto, la respuesta es no —dijo Danny permaneciendo de pie, con el rostro endurecido mientras sus ojos ardían de rabia.

—¿Podemos prescindir del dramatismo, Daniel? Y por el amor de Dios, siéntate —dijo Howard con su habitual tono pragmático.

A regañadientes, Danny arrastró la silla lentamente y se dejó caer sin comentarios.

—Tenemos una situación que requiere de tus habilidades particulares y agradecería tu colaboración. Estoy seguro de que no necesito recordarte que estás en deuda conmigo —dijo Howard, sabiendo que tenía ventaja.

—Vale, vale. Id al grano —dijo Danny, con el rostro tan sombrío como su humor.

Edward abrió un expediente frente a él y extendió tres fotografías ampliadas sobre la mesa. Alargando el brazo, Danny cogió la primera imagen de la fachada de una casa rural con un coche delante. Las paredes y ventanas estaban destrozadas, con grandes trozos de mampostería volados y acribillados. La carrocería metálica del coche se había rasgado en afilados fragmentos, el impacto había sido tan grande que había destrozado las llantas de aluminio.

—Mmm, por la destrucción parece un calibre 50. Pero los orificios de entrada son demasiado pequeños. Quizás 6, 7 mm, no deberían tener ese poder —dijo Danny, volviendo a dejar la foto y mirando a Howard en busca de respuestas.

—Fueron hechos por un prototipo de rifle de alta velocidad Pentic con nuevas municiones perforantes de carburo de tungsteno de 6 mm. Es muy ligero, muy preciso y dos veces más potente que una carabina C8. Es uno de un cargamento de 200 destinados a pruebas de campo en Hereford, robados hace dos semanas de una instalación segura en Essex.

—¿Y qué hay del tipo carbonizado? —preguntó Danny, mirando las otras dos fotografías.

—El caballero quemado es Dennis Leman, ex soldado del SAS. Dejó el regimiento hace tres años. Creemos que hizo una temporada como mercenario para el gobierno sudanés antes de regresar a Gran Bretaña. Eso es todo lo que sabemos de él, hasta que un guardia armado disparó por error a un tanque de almacenamiento de oxígeno mientras el señor Leman y compañía robaban los rifles Pentic. La explosión resultante mandó al señor Leman al otro barrio

mientras sus colegas escapaban —dijo Howard, captando la creciente curiosidad de Danny.

—Las cámaras de seguridad del atraco muestran un grupo compacto, soldados profesionales, formaciones de Fuerzas Especiales, entraron y salieron rápido y limpio. Pasamos por el ordenador a todos los exoperativos de Fuerzas Especiales y aparecieron tres nombres que coincidían en altura, complexión y edad. Curiosamente, tu nombre apareció en primer lugar, seguido por Nicholas Snipe, que sabemos que está fallecido. El último nombre era el Comandante Rex Benton —dijo Howard, haciendo una pausa para observar la reacción de Danny al oír el nombre.

—¿Y el fiambre? —dijo Danny, señalando la foto de Tripp procedente de la morgue.

—Era uno de los nuestros, el Sargento Simon Tripp. Sabiendo que al grupo le faltaba un hombre, enviamos a Tripp de incógnito para encontrar a Benton e infiltrarse en el grupo. Todo iba bien hasta que alguien del departamento le traicionó. Tripp intentaba huir, pero como puedes ver, no lo consiguió.

—No lo entiendo, ¿por qué no detenéis directamente a Benton y a su equipo?

—Porque, querido muchacho, hay varios factores que complican la situación. Benton y su equipo no idearon esto por sí mismos. Están siguiendo las órdenes de alguien, y ese alguien es lo suficientemente poderoso como para tener influencia en el MI6 y acceso a información del Ministerio de Defensa —dijo Howard, con un inusual tono de enfado perceptible en su voz.

—Serví con Rex Benton en mi primera misión en Afganistán. Era un soldado excelente y un buen amigo. ¿Qué le pasó? —dijo Danny, devolviendo las fotos a Howard.

—Todos los miembros de su unidad murieron a manos del ISIS cuando una misión salió mal. Benton fue capturado y torturado durante tres meses antes de escapar, y caminó cuarenta millas descalzo para salir de las tierras baldías. Nunca volvió a ser el mismo después de eso. Sintiéndose abandonado por su país y culpándose por la muerte de su unidad, dejó el SAS. Solo tenemos informes

incompletos después de eso, que terminan en Sudán, donde creemos que conoció a Dennis Leman.

—¿Y el resto de su banda de ladrones? —dijo Danny, aún sin mostrarse impresionado.

Howard sacó dos fotocopias de expedientes del personal del Ministerio de Defensa, con una foto en la esquina superior.

—Al Comandante Rex Benton ya lo conoces. El otro caballero es Peter Knowles, un ex-Navy SEAL con un historial limpio —dijo Howard. Deslizó un informe militar escrito en español con una imagen de un mexicano bajo y fornido en la parte superior.

—Miguel Mendes, ex-Fuerzas Especiales mexicanas. Dos años en una prisión militar y expulsión deshonrosa por mandar a su oficial superior al hospital.

Por último, Howard sacó una foto granulada de las cámaras de seguridad que mostraba a un hombre delgado y enjuto, y se la entregó a Danny.

—Andre Kristoff, ex-Spetsnaz, Fuerzas Especiales rusas. Aparte de eso, sabemos poco de él.

Danny se quedó mirando las fotos de los hombres durante mucho tiempo, con el rostro endurecido y los ojos fríos, indescifrables. La tensión en la sala creció en un incómodo silencio hasta que finalmente habló.

—¿Cómo me infiltro?

DIEZ

Tras conducir durante horas, Gregor se desvió de la carretera principal y tomó un sinuoso camino de tierra que ascendía por las colinas situadas a 40 km de Novi Pazar, Serbia. La camioneta rebotaba y se bamboleaba por el camino lleno de baches y cubierto de piedras. Finalmente, los árboles se fueron despejando hasta dar paso a un claro donde se erigía una gran casa de campo tradicional serbia con sus dependencias. Nikolai Korentski salió por la puerta principal. Se apartó de los ojos su ondulado pelo oscuro a la altura de los hombros, se ajustó su cara chaqueta de cuero sobre la camisa de Armani y se giró emocionado hacia su hermano Ivan.

—¡Ja! ¿Lo ves, hermano? Todas tus preocupaciones son por nada —dijo, levantando los brazos al aire mientras Gregor y Bosko se acercaban en la camioneta.

Ivan permaneció en silencio. No compartía el entusiasmo de su hermano. Una dura experiencia en el ejército ruso y otra aún más dura en la famosa prisión moscovita de Butyrka lo habían vuelto naturalmente pesimista. Aunque solo era un par de años mayor que Nikolai, aparentaba diez más. Su rostro estaba surcado de arrugas, y su pelo entrecano y rapado estaba marcado por cicatrices que bajaban hasta su oreja izquierda. Fue durante aquel ataque con cuchillo en la prisión de Butyrka cuando Gregor le salvó la vida, partiendo un lavabo de porcelana con la cabeza del agresor.

—Eh, Gregor, abre la parte trasera, quiero ver la mercancía —dijo Nikolai, dándole una palmada en la espalda a Gregor mientras caminaba hacia la parte posterior de la camioneta.

Elevándose por encima de Nikolai, Gregor bajó la plataforma elevadora y abrió la parte trasera. Subieron y esperaron a Ivan, que apareció en la plataforma con una palanca grande.

—Eh, Nikki, vas a necesitar esto —dijo Ivan, subiendo para unirse a ellos.

—*Da*, gracias, hermano. Ábrelo, Gregor.

Agarrando la palanca, Gregor la encajó bajo la tapa de la caja y la abrió de un rápido movimiento. Con el rostro radiante, Nikolai cogió uno de los rifles Pentic. Agarró uno de los cargadores llenos y se dispuso a salir de la camioneta.

—Mirad esto. Vamos, coged uno. Veamos qué pueden hacer estos cabrones —dijo saltando al suelo por el lado del pasajero de la camioneta junto a Bosko.

Lo siguieron alrededor de la casa. Señaló un viejo tractor oxidado que se fundía con el prado a unos cincuenta metros. Preparándose, pusieron los rifles en automático y dispararon. Incluso con los silenciadores, los rifles resonaron por todo el valle. Vaciaron los cargadores de 30 balas en una fracción de segundo. Los proyectiles de carburo de tungsteno de alta velocidad atravesaron el viejo tractor. El potente impacto lo hizo tambalearse entre la hierba crecida, mientras las balas destrozaban el bloque del motor.

—¡Woohoo, joder, qué pasada! —gritó Nikolai, acercándose para examinar mejor el tractor.

—Los ingleses han cumplido, ¿da? —dijo Gregor a Ivan.

—Mmm —murmuró Ivan, frunciendo el ceño.

—¿Qué ocurre, Ivan, no confías en ellos?

—No confío en nadie, Gregor, especialmente en ese maldito lunático fanático de Belhadj —dijo Ivan, entregándole el rifle.

—¿No ha accedido a pagar por los rifles, hermano?

—Sí. Cuando lleguemos al puerto. Pero no estoy contento. Este tipo inglés nos da rifles y chalecos antibalas gratis. Lo único que tenemos que hacer para conseguir el dinero es vendérselos a un

terrorista libio —dijo Ivan, mirando a su emocionado hermano junto al tractor.

—Nikolai no parece preocupado —dijo Gregor, mirando en dirección a Nikolai.

—Nikolai nunca está preocupado. Solo ve el dinero, por eso tengo que cuidar de él.

—Relájate, Ivan. Hacemos el trato y repartimos el dinero. Fácil —dijo Gregor intentando mejorar el ánimo de Ivan.

—Cuando Belhadj utilice armas británicas robadas para derrocar, tomar el poder y matar a su primer ministro, habrá preguntas.

—Y nosotros ya estaremos lejos, Ivan. ¿Cuándo llevamos las armas al barco? —preguntó Gregor.

—Hmm, eso espero. El portacontenedores estará en Durrës el viernes; Nikolai y Bosko bajarán el jueves y pasarán allí la noche.

—*Da*, está bien —dijo Gregor mientras Bosko y Nikolai les daban alcance.

—¡Ahora a beber! ¡A celebrar! —exclamó Nikolai adelantándose hacia la casa.

ONCE

Dos días después de su reunión, Edward aparcó frente a la casa de Danny. La puerta principal se abrió antes de que llamara, así que entró y vio a Danny desaparecer en la cocina.

—¿Todo listo? —preguntó Danny, apurando una taza de té y colocándola en el lavavajillas.

—Sí, mi contacto dice que Benton ha vuelto a su casa.

—Considerando el destino de mi predecesor, ¿cómo sé que puedo fiarme de tu contacto? —dijo Danny con una mirada que no admitía discusión.

—Sabía que eso te preocuparía, así que he reclutado a Thomas Trent y John Ball. Los conoces a ambos y han estado en el extranjero durante los últimos seis meses proporcionando apoyo de seguridad a trabajadores de la ONU, así que no hay ninguna conexión con el departamento —dijo Edward, contento de ver que el rostro de Danny se relajaba un poco.

Danny había trabajado con ambos hombres y confiaba en ellos. Hace unos años habían detenido a una célula terrorista liderada por Marcus Tenby que pretendía ejecutar un ciberataque de proporciones monumentales contra las instituciones financieras estadounidenses. Había vuelto a trabajar con Tom para detener a un grupo llamado El Consejo y a su asesino a sueldo conocido como el Chino.

—Vale, bien. Vamos.

Edward tomó la A406 para el viaje de una hora con tráfico denso a través de Londres hasta el barrio de Hounslow.

—¿Cuál es el plan? —dijo Danny, mirando distraídamente el tráfico.

—Howard ha conseguido dos pisos en el último piso que dan a la casa de Benton. Tom y John mantienen la vigilancia desde uno y tú te quedarás en el de al lado. Tu historia es que estás arruinado y sin blanca, y el ayuntamiento te alojó en el piso hace un mes.

—Vale, ¿y cómo me infiltro? —dijo Danny volviéndose hacia Edward.

—Rex Benton y sus amigos mantienen un perfil bajo desde la muerte de Tripp. Sale a dar un paseo diario, va de compras y luego vuelve a casa. Cada pocos días se reúnen todos en un pub, The Moon Under Water, a unos cientos de metros del piso. Tom ha ideado un plan para que te notes cuando estén todos allí —dijo Edward, desviándose para conducir por Brentford.

—Vale, digamos que entro, lo cual parece un jodido gran «si». ¿Cuál es mi modus operandi?

—Entra y averigua qué están planeando, descubre quién está detrás de esto y quién es el comprador.

—Menos mal, por un momento pensé que me ibas a dar algo difícil de hacer —dijo Danny logrando esbozar una sonrisa.

Edward detuvo el coche inesperadamente y miró a Danny con una mirada intensa. —¿Estás seguro de que estás preparado para esto, Danny?

—Le debo una a Howard —dijo Danny sin mirarlo.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Serví con Rex Benton en varias misiones, incluso me salvó la vida en una de ellas. Era un maldito buen soldado —respondió Danny, girándose para mirar a Edward a los ojos.

—¿Comprometerá eso tu misión? —dijo Edward tras una pausa.

—No —fue todo lo que Danny respondió, con una expresión en su rostro que claramente indicaba que la conversación había terminado.

Condujeron en silencio durante el resto del trayecto. Edward conocía a Danny desde hacía suficiente tiempo como para saber cuándo era mejor dejarlo tranquilo. Finalmente entraron en Hounslow, y Edward subió por Staines Road. Señaló el pub cuando pasaron por delante, antes de girar a la derecha hacia Cromwell Road. Entraron en un aparcamiento junto a un bloque de pisos de diez plantas de los años 60, situado en medio de bloques de viviendas municipales de dos plantas.

—Hogar, dulce hogar —dijo Danny, cogiendo su vieja mochila militar del asiento trasero.

Edward acercó un llavero electrónico al panel junto a la puerta del vestíbulo. La cerradura emitió un zumbido, permitiéndoles abrir la puerta y entrar. Mientras pulsaba el botón del ascensor, notó que Danny miraba hacia las escaleras.

—Es el último piso —dijo, sabiendo ya la respuesta de Danny.

—Te veo arriba —dijo Danny, entregándole su bolsa antes de dirigirse a las escaleras, subiéndolas de dos en dos. Un hábito que le quedaba de sus días de servicio; Danny seguía teniendo aversión a estar en un espacio confinado con una sola salida. Sin cobertura, sin defensa; la caja de tiro perfecta. Llegó al rellano del último piso apenas treinta segundos después que Edward. Su pulso se había acelerado, pero estaba lejos de quedarse sin aliento.

—Bien, ese es tu piso —dijo Edward, señalando la siguiente puerta en el rellano mientras llamaba a la que tenía delante.

La puerta se abrió y la sonriente cara de Tom los miró.

—Buenos días, jefe —le dijo a Edward.

—Tom —respondió Edward, haciendo un pequeño gesto con la cabeza mientras entraba.

—Danny, qué bueno verte, tío —dijo mientras los dos se daban un rápido abrazo y una palmada en la espalda.

—Me alegra tenerte cubriéndome las espaldas, colega —dijo Danny, dirigiéndole a Tom una mirada cómplice que solo entenderían dos hombres que han estado juntos en combate—. John, me alegro de verte de nuevo, ha pasado tiempo —añadió Danny mientras entraba en la sala de estar.

—Sí, me ha llevado todo este tiempo recuperarme —dijo John con una risita mientras estrechaba firmemente la mano de Danny.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué tenemos por aquí? —dijo Danny acercándose a las cámaras de objetivo largo montadas en trípodes junto a la ventana y a una mesa con pantallas de ordenador y portátiles configurados con imágenes y transmisiones de cámaras.

—Echa un vistazo —dijo John, señalando una de las pantallas.

—¿La casa de Rex Benton? —preguntó Danny, apartando la mirada de la imagen muy ampliada de una casa para entrecerrar los ojos hacia la ventana, intentando localizarla en la calle.

—Sí, salió a pie hace aproximadamente media hora. Estas dos son transmisiones de cámaras de tráfico desde la esquina de Cromwell Road y otra en Staines Road junto al pub The Moon Under Water —dijo John, señalándolas.

—Aquí tenemos cinco transmisiones de cámaras ocultas con audio completo desde el piso de al lado, así que nada de prostitutas ni de follarse a ovejas, ¿vale? —sonrió Tom tocando la pantalla.

—¿Podéis colocar micrófonos en su casa o vigilancia en la calle?

—Ni de coña, este tío es una máquina. Es como un jodido depredador, en la cima de la cadena alimentaria, con un sexto sentido o algo así. Me recuerda mucho a ti. Hemos intentado acercarnos con furgonetas para vigilancia; está en la ventana mirándonos fijamente antes de que nos hayamos acercado a cien metros del lugar. En cuanto a la casa, es un puto Fort Knox, alarmas por todas partes y ventanas y puertas con cerrojos de seguridad —dijo Tom sentándose a la mesa.

—Entonces, Tom, ¿cuál es ese plan para que me infiltre en el grupo? —dijo Danny, tomando asiento junto a él.

DOCE

Al salir de su casa, Rex Benton recorrió una ruta bien ensayada. Le llevó hasta la carretera principal en dirección a las tiendas. Sus ojos no dejaban de moverse, comprobando constantemente los vehículos aparcados, los coches que pasaban y los reflejos en los escaparates en busca de señales reveladoras de que le seguían. Satisfecho, atravesó una urbanización y tomó un sendero que emergía solo a dos calles de su casa. Como precaución final, caminó hasta el final de la calle y luego volvió sobre sus pasos hasta un Ford Escort de aspecto corriente. Se subió y arrancó, conduciendo con cautela, respetando el límite de velocidad. El coche robado tenía nuevas placas de matrícula, copiadas de un coche idéntico perteneciente a un médico que vivía a pocos kilómetros. Las placas nunca aparecerían en las cámaras de tráfico ni en los coches patrulla como un vehículo sospechoso. Aun así, Benton tomó una ruta por calles secundarias, comprobando por los retrovisores si le seguían antes de volver a la carretera principal y salir de Londres.

Cuarenta minutos después, se desvió de la A3 en Guildford y entró en un gran parque comercial. Se dirigió al extremo más alejado del aparcamiento, sin cobertura de CCTV, previamente comprobado por Kristoff. Al aparcar marcha atrás junto a un Audi A4 rojo, quedó al lado de Miguel Mendes, que estaba en el asiento del copiloto. Intercambiaron un breve gesto con la cabeza antes de que Rex saliera, cerrara el Escort y subiera a la parte trasera del Audi. En

el segundo que cerró la puerta, Peter Knowles arrancó, saliendo tranquilamente del aparcamiento.

—Bien, última comprobación antes de llegar. ¿Nadie lleva móvil encima? —dijo Benton secamente.

—No, jefe —respondieron al unísono.

—¿De dónde habéis sacado el coche? —preguntó Benton.

—Robado, jefe, la familia está de vacaciones. No echarán de menos el coche en quince días. Y sí, he quitado la unidad GPS —dijo Knowles, guiñando un ojo por el retrovisor.

—Buen trabajo, no queremos nada que pueda usarse en el futuro para situarnos en esta ubicación —dijo Benton, sacando unos planos del bolsillo de su chaqueta.

Salieron de Guildford, tomando un pequeño camino rural, antes de dirigirse por un sendero de granja y finalmente aparcar bajo la cobertura de los árboles. Al salir del coche, se adentraron en el bosque, extendiéndose instintivamente y caminando en formación, manteniendo los ojos y oídos bien abiertos. Habían recorrido casi un kilómetro y medio cuando la mano de Benton se alzó. Incluso vestidos de civil, el equipo se desvaneció silenciosamente tras los árboles. Más adelante, un paseador de perros deambulaba por el sendero. Su springer spaniel se detuvo y miró fijamente hacia los árboles durante unos segundos. Una llamada de su amo rompió su curiosidad y se dio la vuelta, corriendo tras él con entusiasmo. Tan pronto como estuvo fuera de vista, el equipo volvió a aparecer y continuó su camino. Subieron por una pendiente, ocultándose tras un seto bajo al borde del bosque.

—Kristoff —dijo Benton, extendiendo su brazo.

Deslizando la mochila de su espalda, Kristoff sacó unos grandes prismáticos de campaña y se los entregó a Benton. Este miró a través de ellos mientras Kristoff extraía la mira de su rifle de francotirador y comprobaba la vista.

A ochocientos metros de distancia, escondido en la hondonada bajo ellos, se encontraba el centro de investigación Centrex, su conjunto de grandes edificios industriales rodeados por dos vallas de cinco metros coronadas con alambre de cuchillas.

—Kristoff, ¿ves la garita a la izquierda de la puerta? —dijo Benton.

—*Da*, es grande. ¿Cuántos guardias? —dijo Kristoff, pasando la mira a Mendes.

—Según la información, hay seis en la casa, dos en la puerta y cuatro patrullando el recinto. Rotan en turnos de seis horas, día y noche.

—¿Armados? —dijo Knowles.

—Sí, hombres del CPNI gubernamental con pistolas Glock 17 y rifles MP5 de dotación estándar —dijo Benton entregando los prismáticos a Knowles.

—¿Qué puerta usamos para acceder al paquete? —dijo Knowles, examinando la instalación.

—Pasada la garita, la unidad azul a la izquierda, puerta de carga roja. Tendremos que entrar por la puerta de la esquina más alejada para abrirla desde dentro.

—¿Dónde están los paneles de control de alarmas y CCTV, jefe? —dijo Mendes mirando a Benton.

—Hay una sala de comunicaciones en la garita.

—Si nos dan luz verde, definitivamente necesitamos un quinto hombre. Mendes y otro para encargarse de la garita y comunicaciones, Kristoff para traer el camión, mientras tú y yo nos ocupamos de los guardias dispersos y llevamos el paquete a la zona de carga —dijo Knowles, devolviendo los prismáticos a Benton.

—Sí, lo necesitamos. Hasta entonces, planificamos y ensayamos. Nuestro empleador proporcionará pases para atravesar la puerta. Calculo quince minutos de puerta a puerta —dijo Benton, doblando los planos y retrocediendo hacia los árboles.

Los otros tres se miraron entre sí. Sabían que era mejor no preguntar a Benton quién era su empleador. Finalmente, Mendes se encogió de hombros y lo siguió, con los otros dos pisándole los talones.

TRECE

Después de seis horas de conducción y un paso fronterizo sin incidentes desde Serbia hasta Albania, Nikolai y Bosko llegaron a la ciudad portuaria de Durrës. Se alojaron en un hotel para pasar la noche. Entusiasmados ante la expectativa de una gran suma de dinero, los dos comieron y bebieron copiosamente antes de acostarse.

—Venga, mueve el culo, Bosko, acabemos con esto —dijo Nikolai mientras subía al asiento del copiloto del camión.

—Vale, vale, ya voy —dijo Bosko dando vueltas alrededor de la cabina mientras se frotaba la cabeza.

—¿Qué te pasa, no puedes seguir el ritmo, viejo? —Nikolai se rio mientras Bosko se sentaba en el asiento del conductor.

—Creo que me envenenaste con ese puto raki albanés. Siento como si me hubieran dado un palazo en la cabeza —dijo Bosko, arrancando el camión.

—No te preocupes. Te sentirás mejor cuando veas todo ese dinero.

El hotel estaba cerca del puerto y en menos de cinco minutos el camión llegó a la puerta de la autoridad portuaria. Nikolai bajó la ventanilla y entregó la documentación falsa del cargamento suministrada por Hamish en Londres. Sin mucho interés y medio dormido en su turno de primera hora de la mañana, el funcionario del puerto hojeó la documentación sin examinarla detenidamente. El

corazón de Nikolai latía con fuerza cuando el funcionario frunció el ceño al detenerse en la última página. Nikolai exhaló aliviado cuando el hombre dejó los papeles y golpeó cada hoja con su sello de aprobación.

—El MSC Carmen está al otro lado, muelle 18 —dijo el funcionario del puerto, devolviéndole la documentación a Nikolai.

Sin confiar en su voz, Nikolai simplemente asintió y le indicó a Bosko que continuara.

—Joder, casi me da un infarto —dijo Nikolai sonriendo y respirando agitadamente.

—¿Qué pasa, no aguantas la presión, muchacho? —dijo Bosko sonriendo, devolviéndole la pulla anterior a Nikolai.

—Vale, vale, muy gracioso. Ve por la izquierda.

El enorme portacontenedores amarrado al fondo era claramente visible. Dos grandes grúas trabajaban en la parte delantera y trasera, levantando cuidadosamente y apilando contenedores desde el muelle hasta las cubiertas. Cuando se acercaron, un africano negro y un hombre de aspecto árabe salieron de detrás de un contenedor. Levantaron los AK-47 que colgaban de sus costados e indicaron a Bosko que entrara en uno de los almacenes que se extendían paralelos al muelle.

—Allá vamos —dijo Bosko conduciendo a través de las puertas de carga, con la penumbra del interior dificultando la visión hasta que sus ojos se acostumbraron a la brillante luz solar del exterior.

Bosko se detuvo frente a otros cuatro hombres armados con túnicas y tocados que les cubrían la cara, dejando visibles solo unos ojos fríos y duros a través de las rendijas.

Los dos de los extremos avanzaron y gritaron: —¡Fuera!

—Vale, tranquilos —dijo Nikolai bajándose de la cabina.

Conducidos hasta la parte delantera del camión por hombres que les pinchaban con los AK, sus corazones se aceleraron y sus ojos se abrieron de par en par cuando los dos hombres de delante echaron hacia atrás las correderas de sus armas y las apoyaron contra sus hombros.

—¡Esperad, qué, joder, no no no! —gritó Nikolai, empujándose contra el camión y agitando las manos hacia los hombres.

Un fuerte grito desde detrás hizo que los hombres retrocedieran y se pusieran firmes. Un hombre árabe bajo y redondo atravesó el hueco y extendió su mano.

—Usted debe de ser Nikolai, yo soy Abdel Belhadj —dijo, estrechándoles las manos vigorosamente—. Lamento su recibimiento, pero uno nunca puede ser demasiado cauteloso.

—Sí, por supuesto —dijo Nikolai, todavía temblando.

—Por favor, ¿podemos ver la mercancía? —dijo Belhadj, dirigiéndose a la parte trasera del camión.

Bosko abrió la parte de atrás y levantó la tapa de una de las cajas de madera. Sacó uno de los Pentics y se lo entregó a Belhadj. Al tomarlo, los ojos de Belhadj brillaron mientras lo giraba frente a él.

—Muy bien, amigo mío, has sido invaluable para la causa —dijo haciendo señas a un hombre en una carretilla elevadora.

Su hombre se acercó y hábilmente sacó las cajas del camión. Belhadj le gritó a otra persona que se acercó nerviosamente con un gran maletín plateado. Lo colocó en la parte trasera del camión y abrió los cierres, mostrando el contenido. La sonrisa de Nikolai volvió cuando vio los fajos de billetes de 100 dólares.

—Ha sido un placer hacer negocios con vosotros, pero ahora debo despedirme. Tengo un avión que coger —dijo Belhadj, estrechando sus manos una última vez antes de marcharse hacia un coche que le esperaba. Los hombres armados salieron del almacén siguiendo a la carretilla elevadora que trasladaba la caja a un contenedor fuera. Después de verlos marcharse, Nikolai y Bosko se giraron para mirarse.

—Larguémonos de aquí cojones —dijo Nikolai, cerrando el maletín de golpe con una sonrisa. Bosko no necesitó que se lo dijeran dos veces. Cerró la parte trasera del camión y rápidamente se sentó en el asiento del conductor. Metiendo la marcha atrás, Bosko los sacó del almacén. Detrás de ellos, una de las grandes grúas recogía el contenedor de armas, elevándolo por los aires y balanceándolo hacia el barco portacontenedores. Bosko y Nikolai salieron del puerto, conduciendo a través de la zona industrial en dirección a la carretera principal que salía de Durrës.

—¿Qué te parece, Bosko? Volvemos y celebramos esta noche, amigo. Casi me cago encima cuando nos apuntaron con sus armas —dijo Nikolai, sacando su teléfono.

—Por el olor en esta cabina pensé que lo habías hecho —se rio Bosko.

Nikolai también se rio y llamó a su hermano. —Eh, Iván, tu hermanito ha cerrado el trato. Estamos de camino de vuelta.

Un gran Nissan Patrol blanco se les cruzó bruscamente mientras Nikolai hablaba.

—¡Eh, malditos conductores albaneses! —gritó Bosko, haciendo gestos con la mano por la ventanilla. El 4x4 frenó de golpe delante de ellos. Mientras Bosko hacía lo mismo, se dio cuenta de que una furgoneta se acercaba por detrás, encerrándolos.

—No me gusta nada esto, Nikki.

—Espera un momento, Iván. ¿Qué cojones está haciendo este payaso? —dijo Nikolai a Bosko.

En ese momento las puertas se abrieron y los tres pasajeros salieron rápidamente. Hombres de aspecto occidental con cortes de pelo militar, gafas de sol y chaquetas oscuras, cada uno empuñando un rifle de carabina Pentic. Mirando fijamente a Nikolai con su rifle apuntando a su cabeza, el hombre del centro dio un paso adelante.

—El general te envía saludos —dijo, tensándose para disparar.

—Oh, Dios, no. Iván, el gen... —cortaron a Nikolai con una ráfaga de proyectiles perforantes que atravesaron la cabina del camión. El fino metal y el cristal no ofrecieron protección alguna mientras las balas convertían los cuerpos de Nikolai y Bosko en una masa sanguinolenta antes de salir por la parte trasera de la cabina y el techo del camión.

El hombre del centro levantó la mano, deteniendo el fuego inmediatamente. Mientras los otros dos miraban alrededor para cubrir el perímetro, él abrió la puerta de la cabina, metió la mano y cogió el maletín ensangrentado con el dinero. Al notar el teléfono de Nikolai que todavía mostraba la llamada activa con Iván, lo recogió.

Podía oír a Iván gritando: «¡Nikki, Nikki!». Cuando Iván se quedó en silencio, se lo acercó al oído.

—Bang, estás muerto —dijo, colgando y tirándolo de vuelta a la cabina.

Caminó hacia el frente girando el dedo en el aire, indicando que era hora de moverse. Los pasajeros estaban en el coche y se marcharon en segundos, seguidos de cerca por la furgoneta de atrás.

CATORCE

—¿Qué ocurre, Nikki? ¿Quién está ahí contigo? —gritó Ivan por el teléfono. Al no obtener respuesta, apretó con fuerza el teléfono contra su oreja, esforzándose por escuchar.

Oyó: «El general te manda saludos», pronunciado débilmente en segundo plano.

—Oh Dios, no. Ivan, el gen... —llegó la voz angustiada de Nikolai a través del teléfono antes de ser interrumpida por una ensordecedora lluvia de impactos metálicos y cristales haciéndose añicos.

—¡Nikki, Nikki! —gritó Ivan, con el rostro pálido y la mano temblorosa.

—Pum, estás muerto —dijo una voz fría y segura antes de que la llamada se cortara.

—¿Qué ocurre, Ivan? —preguntó Gregor, observando el rostro conmocionado de Ivan mientras bajaba lentamente el teléfono.

—¡Ivan! —gritó Gregor, tratando de hacerlo reaccionar.

La gravedad de lo que acababa de ocurrir golpeó a Ivan como un rayo.

—Nikki está muerto. Nos han tendido una trampa, Gregor. Tenemos que irnos. ¡Ahora mismo, ahora! —gritó, corriendo hacia la mesa. Cogiendo un fusil Pentic, Ivan lo cargó apresuradamente. Gregor agarró otro, siguiendo el ejemplo de Ivan. Mientras guardaban cargadores de repuesto en sus bolsillos y cargaban las

pistolas, un gran 4x4 pasó frente a la cámara de CCTV que cubría el camino de tierra hacia la granja.

—Joder, vámonos, ya. Por la parte trasera, rápido. Daremos la vuelta por los árboles —dijo Ivan, con voz baja como si los intrusos pudieran oírle.

Ambos salieron disparados por la puerta trasera, corriendo los treinta metros que les separaban del linde del bosque. Una vez a cubierto, Gregor indicó que rodearía por detrás de los cobertizos de madera, mientras Ivan avanzaría entre los árboles. Conociendo el bosque como la palma de sus manos, Gregor e Ivan se movieron fuera de la vista, rodeando hasta que Gregor se situó por encima del camino, observando a cuatro hombres vestidos con equipamiento de combate oscuro que se acercaban sigilosamente hacia la granja con sus armas automáticas preparadas.

Ivan se arrastró más atrás hasta quedar a solo tres metros del 4x4 de los intrusos. El conductor había salido del vehículo y estaba de espaldas a Ivan, vigilando a sus cuatro compañeros mientras se aproximaban a la granja. Ivan desenvainó un gran cuchillo de caza de su funda en el cinturón. Emergiendo de los arbustos, se acercó sigilosamente por detrás del conductor. En un rápido movimiento, Ivan le tapó la boca con la mano y le clavó el cuchillo hacia arriba en la base del cráneo. El hombre se desplomó como un muñeco de trapo, cayendo al suelo, muerto mucho antes de tocarlo. Guardando el cuchillo en su funda, Ivan levantó el fusil Pentic y avanzó por el camino de vuelta hacia la granja. Sabiendo instintivamente dónde estaría Gregor, le hizo señas para que bajara con él.

Los dos doblaron la última curva del camino. Delante de ellos, cuatro pistoleros de espaldas se acercaban lentamente a la granja. Gregor e Ivan se miraron y asintieron; al volverse hacia los pistoleros, descargaron sus fusiles. Las balas perforadoras de blindaje los despedazaron. La sangre y los fragmentos de mampostería volaron en una nube rojiza de polvo. El caos duró apenas unos segundos antes de que un silencio inquietante lo reemplazara. Al acercarse, pudieron ver que uno de los hombres aún se movía, con los ojos abiertos de miedo, mientras la sangre

manaba de los agujeros de bala en su pecho y estómago. Ivan se situó sobre él.

—¿Quién es el general, eh? —dijo, presionando con la bota sobre el estómago del hombre.

—Argh, que te jodan.

Apenas esperando a que terminara de hablar, Ivan le disparó una bala en la rótula.

—El general, ¿quién es? —preguntó por encima de los gritos del hombre.

—Por favor, no, es el General... Rufus... Rufus McManus —respondió el hombre, respirando pesadamente entre dientes apretados.

Ivan sacó su pistola sin mostrar emoción alguna, disparó tres balas en la cabeza del hombre y luego se quedó inmóvil, con el arma aún humeante apuntando al cadáver. Pasaron unos largos segundos antes de que hablara.

—Saca la excavadora del cobertizo, Gregor. Enterraremos a estos cabrones por si alguien viene a buscarlos. Después iremos a Londres y vengaremos las muertes de Nikki y Bosko.

—Sí, Ivan. Llamaré a Karl para avisarle de que vamos.

—Gracias, amigo mío —dijo Ivan, bajando finalmente el arma mientras miraba a Gregor con lágrimas en los ojos.

Ivan registró todos los cuerpos y el 4x4, pero los pistoleros eran profesionales: ni papeles ni identificaciones. Lo único que encontró fueron dos teléfonos desechables sin contactos y tres tarjetas-llave de hotel blancas sin nombre.

Una hora después, había cinco personas enterradas bajo el prado con un gran montón de estiércol colocado encima para disimular la tierra recién removida. Tras una última mirada alrededor, Ivan cerró la puerta de la granja y siguió a Gregor hasta el 4x4. Acomodando su corpulenta figura tras el volante, Gregor dio la vuelta al vehículo y enfiló el camino de tierra en dirección a la carretera principal.

QUINCE

El general Rufus McManus sonrió para sus adentros mientras entraba en la sala de reuniones del Ministerio del Interior antes que nadie. Dio la vuelta a la mesa y deliberadamente tomó asiento en la cabecera. Con su carpeta sobre la mesa, se sentó con confianza mirando al otro lado de la habitación, esperando a que llegaran los demás. El Primer Ministro entró a continuación, con el Ministro de Defensa, William Pringle, previsiblemente lamiéndole el culo muy de cerca. Rufus observó a Pringle con gran satisfacción, notando su irritación por la temprana llegada de Rufus. Esperaron pacientemente hasta que Alfred Burrows, el Viceprimer Ministro, y Howard llegaron para ocupar sus asientos.

—Bien. Buenas tardes, caballeros. Ya que estamos todos aquí, ¿comenzamos? General, tengo entendido que tiene noticias para nosotros.

—Sí, gracias, señor Primer Ministro. Me complace informar que esta mañana el Proyecto Dragonfly ha localizado a la unidad criminal serbia responsable del reciente robo del equipamiento del Ministerio de Defensa. Les interceptamos justo después de que los fusiles y los chalecos antibalas fueran vendidos a un terrorista llamado Abdel Belhadj y cargados en un buque de contenedores en Durrës, Albania. La Marina Real interceptó el barco con rumbo a Libia, y las armas han vuelto a estar seguras en nuestro poder —dijo Rufus, jugando su carta de triunfo con gran satisfacción.

—Esas son, sin duda, buenas noticias, General, y le agradecemos su incansable determinación para resolver este asunto. Sin embargo, el Ministro de Defensa ha presentado al Consejo de Seguridad un argumento convincente para que la división especial de Howard de los Servicios Secretos de Inteligencia absorba el papel del Proyecto Dragonfly bajo su presupuesto existente —dijo el Primer Ministro mientras Pringle asentía y miraba triunfante a Rufus desde el otro lado de la mesa.

—Con todos mis respetos, el señor Pringle no tiene ni idea de lo que requiere la seguridad de este país. Respeto a Howard y a los servicios de inteligencia, pero hay amenazas que requieren las habilidades muy específicas que ofrece el Proyecto Dragonfly. Cancelar el proyecto en este momento sería un grave error y uno que tendría un alto precio —dijo Rufus, con el rostro enrojecido de ira.

—Lo siento, General, este gobierno no puede seguir justificando la asignación de millones de libras del dinero de los contribuyentes para mantener operativo el Proyecto Dragonfly. Nuestros propios servicios de inteligencia hacen un trabajo increíble manteniendo nuestro país seguro. El Proyecto Dragonfly puede seguir funcionando mientras reorganizamos la división especial de Howard, momento en el cual archivaré el proyecto —dijo el Primer Ministro, cerrando su expediente para indicar el fin de la reunión.

Rufus se levantó y salió, ignorando a Pringle, que le tendía la mano con una expresión de suficiencia en el rostro. Al salir del edificio, se dirigió hacia su oficina. Teniendo cuidado de no ser seguido, tomó una ruta diferente a la habitual, que le llevó hasta una tienda independiente de telefonía. Entró y pagó en efectivo, como la vez anterior, por un teléfono prepago barato. Rasgó el envoltorio, lo encendió y marcó el número de memoria.

—Sí.

—Pringle sigue intentando cerrarnos. No me importa cómo lo hagas, encuentra un sustituto para Tripp y termina el trabajo. Tengo muestras de cabello y huellas dactilares del hermano de Abdel Belhadj, Jarrel, para plantar una vez que te hayas deshecho de tu pequeño grupo de renegados. Hazlo, Rex, te necesito de vuelta en

Dragonfly —dijo Rufus, colgando sin esperar respuesta. Sacó un pañuelo del bolsillo, limpió el teléfono y lo tiró distraídamente en la papelera más cercana. Aún enfadado, Rufus continuó su camino, perdido en sus propios pensamientos.

Maldita sea esta época moderna, políticamente correcta, llena de capullos pacifistas. Parece que tendré que deshacerme de Howard junto con Pringle y el Primer Ministro.

***

AL OTRO LADO de la ciudad, en Hounslow, Benton dejó de caminar. Bajó el teléfono, lo partió por la mitad y lo deslizó en la papelera más cercana. Sacó un nuevo móvil del bolsillo de su chaqueta y lo encendió. En cuanto recibió señal, marcó un número de memoria. Tras introducir un código cuando se lo pidió, configuró el teléfono como nuevo desvío y colgó. Su número de contacto era un teléfono virtual ubicado en Alemania. Se desviaba a través de otros dos teléfonos virtuales antes de reenviar las llamadas al último móvil desechable de Benton. Guardándolo en su bolsillo, caminó y entró en un paso subterráneo mientras dos hombres se acercaban hacia él. Eran jóvenes, estaban en forma y tenían pinta de frecuentar el gimnasio regularmente. Benton no estaba particularmente interesado en ellos hasta que uno le golpeó con el hombro, negándose a apartarse para que ambos pudieran pasar.

—Eh, mira por dónde coño vas. Gilipollas —dijo en voz alta, más como una exhibición testosterónica de machismo para su colega que como un desafío directo a Benton.

Sin decir una palabra, Benton se quedó completamente inmóvil de espaldas a ellos, sin que lo notaran, mientras se alejaban. Le palpitó un ojo y una nube de rabia inundó su cabeza. Los hombres caminaban pavoneándose uno al lado del otro por el sendero bordeado de setos que salía del paso subterráneo. Ninguno de ellos vio a Benton hasta que este pisoteó la parte posterior de la rodilla del que le había empujado. Mientras el hombre caía hacia atrás,

Benton le propinó un fuerte golpe en la garganta, enviándolo al suelo donde quedó ahogándose.

Los reflejos de su amigo fueron rápidos. Bailoteó sobre la punta de sus pies con los puños en alto, evidentemente algún tipo de boxeador. Los ojos de Benton estaban salvajes y vidriosos. Se deslizó dentro de la defensa del otro y explotó en una fulminante exhibición de artes marciales mixtas: golpe tras golpe al cuerpo, seguido de un rodillazo en la entrepierna. Con el aire expulsado de sus pulmones, el hombre se dobló de dolor. Flexionando el brazo para lanzar el duro hueso de su codo, Benton concentró la energía cinética de su cuerpo en movimiento en un solo punto, golpeando al hombre como un martillazo bajo la barbilla. El resultado fue explosivo. El hombre se enderezó de golpe antes de salir despedido hacia atrás cayendo de espaldas, inconsciente.

La realidad destelló y se retorció en la mente de Benton. Podía ver, oír y oler aquella habitación rancia con olor a orina donde los soldados del ISIS le golpearon y torturaron durante tres meses. Reviviendo el momento en que mató a sus captores y escapó, Benton saltó sobre el pecho del hombre que se ahogaba y descargó brutales puñetazos en su cara.

—¡Cabrones! ¡Maldito cabrón! —gritó mientras destrozaba la mandíbula del hombre y le aplastaba la nariz.

Tan rápido como había empezado, se detuvo. El presente de repente disipó las imágenes, dejándole contemplando al hombre inconsciente que yacía bajo sus nudillos cubiertos de sangre. Alerta y despierto de nuevo, comprobó los alrededores en busca de testigos. Al no ver ninguno, se limpió la sangre de las manos en la camisa del hombre, se levantó y se apresuró a atravesar el paso subterráneo.

Calmado y controlado una vez más, giró hacia Staines Road y continuó en dirección al centro de la ciudad, comprobando si le seguía alguien mientras avanzaba. Pasó por delante del pub The Moon Under Water y verificó el reflejo en la puerta de una tienda al otro lado antes de darse la vuelta y entrar en el pub.

DIECISÉIS

Arriba en el décimo piso, en el piso de vigilancia, John giró la silla apartándose de los monitores de las cámaras de tráfico.

—Dile al tesoro dorado de al lado que espabile. Benton acaba de entrar en el pub para reunirse con los otros.

—Voy —dijo Tom, saltando del sofá y corriendo hacia el piso contiguo.

No tuvo oportunidad de llamar por segunda vez: la puerta se abrió de golpe hacia dentro y Danny le dedicó una sonrisa a Tom mientras pasaba a su lado, tenso y alerta por la excitación previa a la misión.

—¿Estás listo para esto, Tom? —preguntó por encima del hombro.

—Tan listo como puedo estar —respondió Tom, abriendo la puerta del piso de vigilancia—. ¿Todo sigue bien, John?

—Sí, los cuatro están ahí dentro.

Danny se volvió hacia los dos mientras bajaban las escaleras. —Recordad, sin contenerse. Detectarían algo falso a kilómetros de distancia, ¿vale?

Ambos asintieron mientras salían del edificio.

***

Al entrar en el pub, Danny fue directo a la barra sin mirar alrededor. Sabía que Benton y sus hombres estarían sentados en el reservado de la esquina, con vista a la entrada y la barra por un lado, y vista a través del comedor hacia la puerta trasera y el jardín del pub por el otro. Es donde él se habría sentado. Los pelos de la nuca se le erizaron y pudo sentir los ojos de Benton taladrándolo cuando le reconoció. Pidió una pinta y permaneció en la barra, fingiendo mirar su móvil. Media pinta después, dos tipos entraron en el pub y se colocaron a ambos lados de Danny, con rostros duros y pechos hinchados bajo sus cazadoras bomber negras.

Allá vamos, luces, cámara, acción.

—Eh, Pearson. El señor Ball quiere recuperar su dinero. Sin excusas —dijo el más alto, inclinándose amenazadoramente.

Danny bebió lentamente su pinta antes de dejarla sobre la barra. —Escucha, pies ligeros, dile al señor Ball que se vaya a la mierda y que busque a mi ex. Pídeselo a ella, es su deuda.

—No estamos de coña. El dinero. ¡AHORA! —dijo, poniendo una mano sobre el hombro de Danny.

Danny giró lentamente la cabeza mientras se bajaba del taburete y se volvió para enfrentarse a ellos.

—Vale, vale, aquí no. Fuera en el jardín del pub —dijo, señalando con la cabeza hacia la puerta trasera.

Mientras caminaba por el pub, cruzó la mirada con Benton por primera vez. Danny hizo un pequeño gesto de reconocimiento con la cabeza y recibió lo mismo de Benton al pasar. Empujó la puerta del jardín del pub lo suficiente para que quedara abierta, permitiendo una vista clara desde el asiento de Benton. Danny esperó hasta que los dos hombres que le seguían se acercaron, giró y soltó una combinación vertiginosamente rápida de puñetazos al cuerpo del tipo alto y luego un uppercut bajo su barbilla. Cayó aturdido, pero su compañero bajo y corpulento fue rápido y alcanzó a Danny con un potente puñetazo en un lado de la cara. Tambaleándose hacia un lado, Danny se retorció y pilló al hombre desprevenido cuando le dio una patada en los huevos con todas sus fuerzas. La cara del tipo se puso morada mientras se doblaba. Danny le dio un rodillazo en la cara mientras se inclinaba hacia delante, dejándolo

instantáneamente erguido de nuevo, y luego cayó de espaldas. Al volverse hacia el tipo alto para rematarlo, Danny se detuvo cuando este levantó la mano en señal de rendición.

—Vale, déjalo, nos vamos —jadeó, luchando por ponerse de pie.

—Coge a tu colega y largaos. No quiero volveros a ver. ¿Entendido? —dijo Danny, levantando al tipo corpulento y empujándolo hacia su compañero.

Los dos se sujetaron mutuamente y se tambalearon alejándose por el jardín del pub. Danny se sacudió y caminó con naturalidad de vuelta a través del pub. Se sentó de nuevo en su taburete, apuró su pinta y la agitó hacia el camarero para que le sirviera otra.

—Hola, Rex —dijo Danny sin darse la vuelta.

—Daniel Pearson, siempre has tenido ojos en la nuca —llegó la voz inconfundible del Comandante Rex Benton desde detrás de él.

Danny se giró. Los dos se miraron intensamente durante unos segundos. Como si fuera una señal, ambos esbozaron una sonrisa y se abrazaron, dándose palmadas en la espalda.

—Joder, Rex. Me alegro de verte, tío —dijo Danny, diciéndolo sinceramente a pesar de su misión.

—Yo también, colega. ¿Qué ha pasado con el Gordo y el Flaco?

—Oh, nada. Mi maldita ex tenía la costumbre de gastar demasiado y pedir prestado a la gente equivocada, de ahí los dos payasos —dijo Danny mirando hacia la mesa de Benton, donde tres tipos militares con cara de pocos amigos le devolvían la mirada.

—¿Qué coño es eso, exsoldados anónimos? —dijo señalando con la cabeza hacia ellos.

—Ja, sí, algo así. Ven y tómate una cerveza, te los presentaré —dijo Benton con una sonrisa.

—No, no quisiera interrumpir vuestra noche romántica —dijo Danny con sorna.

—Que te den, gilipollas, coge tu bebida y únete a nosotros.

—Vale, pero no me acuesto con nadie en la primera cita —se rio Danny mientras se bajaba del taburete y seguía a Benton.

—Bueno, chicos, este es Danny Pearson. Es un viejo amigo mío del Regimiento, así que hacedlo sentir bienvenido —dijo Benton lanzándoles una mirada de advertencia que Danny no pasó por alto.

—Eh, machote, siéntate aquí —dijo Kristoff, deslizándose por el asiento y señalando con la cabeza para que Danny se sentara.

***

VARIAS HORAS y varias pintas después, Danny subió las escaleras hasta el piso superior. Llamó a la puerta de al lado y esperó hasta que John la abrió, sujetando una bolsa de guisantes congelados contra su cabeza.

—Ve a la puerta de al lado, colega, enciende la luz y asómate a la ventana corriendo las cortinas. Tom está vigilando desde la calle —dijo John, haciendo una mueca de dolor cuando intentó sonreír.

—Vale, tío —dijo Danny siguiendo las instrucciones antes de regresar al piso de observación.

El salón estaba a oscuras, con Tom mirando a través del objetivo de la potente cámara.

—¿Qué tienes, Tom?

—Echa un vistazo —dijo Tom, apartándose.

Al mirar a través del objetivo, la imagen de Rex Benton lo llenaba todo. Estaba completamente inmóvil, mirando hacia el piso de Danny con los ojos entrecerrados. Pasaron dos minutos antes de que se girara lentamente y caminara hacia su casa.

—Parece que has causado impresión. ¿Cómo ha ido? —preguntó Tom, corriendo las cortinas detrás de las cámaras antes de encender una lámpara.

—Mucha charla de cuartel y relatos de misiones. Son un grupo muy unido. Benton es definitivamente el jefe. Como era de esperar, no hablaron de lo que han estado haciendo, pero Benton se interesó por mi trabajo —dijo Danny notando la hinchazón roja alrededor del ojo de Tom donde le había golpeado antes.

—¿Te ceñiste a la historia de cobertura?

—Sí, sin blanca —arruinado por la ex— y haciendo algún trabajillo para Seguridad Greenwood, lo que aguantará si Paul lo comprueba. ¿Cómo está tu cara?

—Está bien, por suerte para mí pegas como una niña —dijo Tom, riéndose.

—No creo que John esté de acuerdo contigo —dijo Danny, mirando a John que seguía sentado en el sofá sujetando la bolsa de guisantes congelados contra su cabeza.

—Donde hay culpa, hay indemnización —dijo John, olvidándose de nuevo y haciendo una mueca al intentar sonreír por segunda vez.

—Bueno, mientras vosotros, tortolitos, decidís quién va arriba, yo me voy a la cama.

DIECISIETE

Danny se levantó temprano. Los sonidos del nuevo piso jugaban con su subconsciente, impidiéndole conciliar un sueño profundo. Se puso su ropa de correr y salió a machacar las calles. Con la mente despejada y el cuerpo funcionando a pleno rendimiento, regresó al piso y se metió en la ducha. Vestido y secándose con la toalla su rebelde mata de pelo oscuro y rizado, tuvo la sensación de que algo había cambiado en el piso. Los vellos de la nuca se le erizaron y sintió un escalofrío recorrer su columna. Deslizando la puerta del armario lenta y silenciosamente, metió la mano en su vieja bolsa de equipo militar y sacó un cuchillo comando afiladísimo. Cruzando la moqueta con los pies descalzos, Danny se movió en silencio fuera del dormitorio y por el pasillo hacia el salón. Cambiando la posición del cuchillo para que la hoja quedara entre sus dedos, listo para lanzarlo, Danny se mantuvo fuera de vista, escuchando. Tranquilizó su respiración, dejando que sus sentidos se sintonizaran con los sonidos del piso.

Nada. Espera... un sonido, un crujido de mueble. El sofá.

Localizando el origen del sonido, Danny giró hacia la habitación con el brazo del cuchillo levantado, listo para lanzar. El reconocimiento se activó una fracción de segundo antes de que lanzara el afiladísimo cuchillo contra la figura en el sofá.

—Rex, joder. Casi te mato. ¿Cómo has entrado? —dijo Danny, suspirando aliviado.

—Fácil, hasta un crío de tres años podría abrir esa cerradura. Vamos, te invito a desayunar. Tengo algo de lo que quiero hablarte —dijo Benton, que seguía sentado en el sofá, totalmente impasible ante la aparición de Danny desde el pasillo con el cuchillo en alto.

—Vale, pero me pido el completo. Me has dado un susto de muerte —dijo Danny, dejando caer el cuchillo sobre la mesa y desapareciendo de nuevo en el dormitorio para ponerse los calcetines y los zapatos.

—Bien, estoy listo, vamos —dijo Danny, abriendo la puerta para Benton. Al cerrarla tras de sí, guiñó un ojo a una de las cámaras ocultas para Tom y John en el piso de al lado.

Danny caminó con Benton hacia la calle principal de Hounslow. Aunque no era más que un movimiento de ojos o una mirada al reflejo de un coche que pasaba, Danny notó las discretas comprobaciones de Benton para ver si alguien les seguía. Entraron en una cafetería que parecía no haber cambiado desde los años cincuenta. Benton se dirigió directamente al fondo de la sala, tomando un asiento con la espalda contra la pared y vistas a la ventana frontal y la entrada. Danny se deslizó en un asiento bajo la retro superficie roja de baquelita de la mesa.

Pidieron dos desayunos completos. Danny esperó hasta que la camarera se alejó antes de inclinarse hacia Benton.

—Vale, ¿de qué va todo esto, Rex? Te colaste en mi piso y has comprobado si nos seguían al menos cinco veces de camino aquí. Ahora estás sentado vigilando la puerta como si esperaras que estallara una guerra.

—En nuestro tipo de trabajo conviene ser cuidadoso. Lo sabes —dijo Benton, con sus ojos azul grisáceo fijos en los de Danny.

—Yo no tengo ese tipo de trabajo —replicó Danny frunciendo el ceño.

—Oh, sí que lo tienes. Es para lo que te entrenaron. Vi cómo te cargaste a esos tipos en el pub, sigues teniendo el instinto, el hambre. ¿No me dirás que no echas de menos la emoción antes de una misión y la adrenalina del combate?

—Quizá sí, pero no voy a coger un arma y matar gente por dinero. Puede que esté pasando un mal momento, pero no soy un

mercenario —dijo Danny recostándose, ofendido.

—Yo no soy un mercenario —dijo Benton, manteniendo la voz baja.

—Vale, entonces ¿qué coño eres? Porque ya me estás cabreando.

—Solo soy un soldado que lucha por la seguridad de su país. Hay un trabajo pendiente y necesitamos un quinto hombre con experiencia en quien podamos confiar —dijo Benton, haciendo una pausa mientras la camarera colocaba la comida en la mesa.

—¿Cuál es el trabajo y para quién? —dijo Danny entre bocados.

—Tenemos que robar algo. Eso es todo lo que puedo decirte.

—¿Iremos armados? ¿Contra guardias armados? —dijo Danny, levantando la mirada de su comida.

—Sí —respondió Benton sin más.

Hubo un largo silencio mientras Danny comía. Finalmente terminó, miró a Benton y habló. —¿Cuánto?

—100.000 libras. Pagadas cuando se complete el trabajo.

—¿Reglas de enfrentamiento?

—Solo como último recurso.

No queriendo parecer sospechosamente ansioso, Danny fingió estar pensándolo profundamente antes de responder. —Necesito pensarlo, Rex.

—El tiempo es corto. Estaré en The Moon Under Water esta noche. Hazme saber tu decisión —dijo Benton, levantándose y extendiendo su mano hacia Danny.

Danny la estrechó y asintió, luego le observó marcharse. No queriendo seguirle demasiado pronto, Danny hizo un gesto a la camarera y pidió otro café.

DIECIOCHO

Martin Trimley encontró un rincón tranquilo en la bodega abovedada de Gordon's, el bar de vinos más antiguo de Londres. Miró nerviosamente su reloj, levantando la cabeza bruscamente al oír el sonido de pasos acercándose por el suelo de piedra. Respirando aliviado, sonrió al apuesto camarero joven que se aproximaba. El rostro de Trimley se iluminó mientras jugueteaba con el muchacho, pidiéndole que repasara la carta de vinos. Sonriendo, pidió el blanco recomendado y observó al camarero con mirada lasciva mientras este caminaba hacia la barra.

—Cuidado, Martin, eso es lo que te metió en este aprieto en primer lugar —dijo Rufus con sequedad.

La cara de Trimley se descompuso cuando Rufus se quitó la chaqueta, la colocó sobre la silla contigua y se sentó.

—¿Qué quieres, Rufus? —dijo Trimley, dejando clara su aversión por el general.

—Vamos, vamos, Martin, cualquiera diría que no te alegras de verme.

Trimley estaba a punto de responder cuando el camarero regresó con su bebida.

—Gracias —dijo, observando atentamente al hombre mientras tomaba el pedido de Rufus y se alejaba.

—Por lo que recuerdo del vídeo, creo recordar que te gustan considerablemente más jóvenes que ese. Me estremece pensar lo

que dirían tu mujer e hijos si alguna vez se supiera —dijo Rufus, deleitándose en su poder sobre Trimley.

—Vale, has dejado claro tu punto. ¿Qué puedo hacer por ti? —dijo Trimley, cuyo cuerpo parecía encogerse y desmoronarse mientras se resignaba al poder que Rufus tenía sobre él.

—La seguridad de este país está amenazada. Ese idiota niño de papá, William Pringle, quiere cerrar el Proyecto Dragonfly y cuenta con el respaldo del Primer Ministro. Por el bien del país, deben ser eliminados —dijo Rufus con la misma calma que si estuviera hablando del tiempo.

—¿Qué? ¿Te has vuelto completamente loco? —dijo Trimley, con los ojos moviéndose nerviosamente, aterrorizado como si todo el bar le estuviera escuchando.

—Cálmate, Martin, ya hablamos de esto —dijo Rufus, con voz tranquila pero firme, sus ojos fijos en Trimley, afilados y fríos como los de un ave de presa.

—Estás de broma. No pensé que realmente fueras a seguir adelante con ello —balbuceó Trimley, intentando controlar sus nervios.

—¿Acaso. Soy. Conocido. Por. Mis. Bromas? —dijo Rufus, inclinándose mientras lo deletreaba lentamente.

—No, no. Lo siento, Rufus.

—Bien entonces. Nos ceñimos al plan. El Ministro de Defensa y el Primer Ministro son eliminados en el ataque. Tu compañero de colegio, Alfred Burrows, asume el cargo de Primer Ministro y te nombra Ministro de Defensa. El Proyecto Dragonfly señala al hermano de Abdel Belhadj, Jarrel, como el terrorista responsable, que busca venganza porque frustramos el robo de armas del Ministerio de Defensa por parte de su hermano. Tú nos consigues el apoyo total del Gabinete como principal contratista de seguridad del Reino Unido contra amenazas terroristas extremas.

Sin palabras, Trimley se quedó bebiendo con mano ligeramente temblorosa.

—O puedes leer sobre ti mismo y cierto chapero menor de edad en los periódicos de cotilleos de mañana. Tú eliges, viejo amigo —

dijo Rufus, ignorando cómo la cara de Trimley se quedaba sin color, y agradeciendo al camarero por su bebida.

—No te atreverías. Te delataría a ti y tus planes —dijo Trimley, irguiéndose e intentando parecer seguro y al mando de la situación.

Rufus no respondió inmediatamente. Dio un sorbo a su bebida, la colocó cuidadosamente de nuevo sobre la mesa y fijó en Trimley una mirada escalofriante. —Estarías muerto antes de alejarte diez metros de tu casa.

El silencio se cernió sobre la sala como un enorme peso sobre Trimley. Finalmente, Rufus se levantó y se puso la chaqueta. Sonrió a Trimley y se dio la vuelta para marcharse.

—Hablaremos pronto, Martin. Dale recuerdos a tu mujer y tus hijos, ¿quieres? —dijo mientras se alejaba.

Recostándose en las sombras de la bodega poco iluminada, Trimley temblaba mientras lágrimas de autocompasión le corrían por las mejillas.

DIECINUEVE

El Airbus A320 blanco de Air Serbia con su cola azul y roja y el emblema de pájaros espalda con espalda aterrizó en la pista de la Terminal 3 de Heathrow. La visión del enorme cuerpo de Gregor y su rostro furioso cuando le preguntaron si tenía algo que declarar provocó un registro corporal completo tanto para él como para Ivan. Sorprendieron a los oficiales después de ser llevados a habitaciones separadas; ambos se desnudaron sin una palabra de queja o sin importarles quién los observaba. Era algo que habían tenido que hacer muchas veces en la cárcel de Butyrka, a menudo terminando en una paliza si el guardia se ofendía con ellos. Esta vez la experiencia fue rápida, educada y civilizada. Los oficiales alzaron las cejas ante los toscos tatuajes carcelarios que contaban historias de violencia, asesinatos y lealtad a bandas. Con las preguntas y registros satisfechos, la pareja salió a la sala de llegadas donde les esperaba Karl, el hermano menor de Gregor, un poco más bajo pero de complexión similar. Los dos hombres se abrazaron como un malvado equipo de lucha libre en un combate de WWF.

—Hermano, es bueno verte —dijo Karl, soltando a Gregor y abrazando a Ivan, quien pareció desaparecer en el pecho de Karl.

—Lamento lo de Nikolai. Quiero que sepas que haré todo lo que esté en mi poder para ayudarte a vengar la muerte de tu hermano.

—Gracias, Karl. Es bueno verte —dijo Ivan mirando a su alrededor, receloso de la seguridad del aeropuerto y las cámaras de

vigilancia.

Percibiendo la aprensión de Ivan, Karl les hizo un gesto para que le siguieran—. Venid, venid, tengo un coche esperando. Esta noche brindamos por Nikolai. Mañana empezamos a buscar a ese general. *Da*.

Ivan sonrió y asintió, mientras Gregor reía y daba una palmada en la espalda a su hermano—. Guía el camino, hermanito, y bebamos.

***

DANNY SE ESTABA PREPARANDO para encontrarse con Benton en el pub The Moon Under Water, cuando un golpe en la puerta le detuvo en seco. Viendo el cuchillo comando sobre la mesa donde lo había tirado antes, Danny lo cogió y abrió la puerta una rendija con el cuchillo justo fuera de la vista.

—Buenas tardes, Daniel, ¿te importa si entro? —dijo Howard con una sonrisa jovial.

Danny no respondió; abrió la puerta de par en par, dejando el cuchillo a la vista mientras se daba la vuelta y se alejaba.

—Cuidado, viejo amigo, podrías hacerte daño —bromeó Howard secamente mientras entraba en el piso.

—Ve al grano, Howard, tengo que reunirme con Benton pronto.

—Eso he oído. Enhorabuena, trabajo excelente. Ha habido una novedad: los fusiles Pentic desaparecidos y los chalecos antibalas han sido recuperados. Ningún incidente internacional. Todos los implicados pueden respirar aliviados. Caso cerrado —dijo Howard, limpiando el sofá antes de tomar asiento.

—Entonces, ¿por qué presiento que hay un pero? —dijo Danny, cogiendo la vaina y guardando el cuchillo.

—Perceptivo como siempre, Daniel. Tengo problemas para establecer la conexión entre nuestros ladrones, el señor Benton y amigos, un grupo de criminales serbios y un terrorista libio del ISIS.

—A riesgo de señalar lo obvio, se supone que tú eres el inteligente. ¿No puedes simplemente preguntar a quien los

recuperó? —se encogió de hombros Danny, mirando su reloj.

—Uno pensaría que sí, ¿verdad? El caballero en cuestión dirige un departamento de financiación privada de nuestra seguridad nacional y no es conocido por su naturaleza comunicativa.

—Entonces, ¿dónde me deja eso? ¿Me reúno con Benton y me adentro más en la madriguera del conejo, o me retiro ahora que los fusiles están a salvo?

Howard se sentó en silencio un momento, las arrugas de su frente delataban su profunda reflexión.

—Continuamos. Algo no encaja aquí. Los serbios no tenían el cerebro ni la organización para llevar esto a cabo, y no puedo imaginar a Benton trabajando para terroristas fanáticos. Además, necesitamos saber qué es este nuevo trabajo y para quién lo están haciendo.

—De acuerdo, seguimos. Hablando de eso, tengo que irme —dijo Danny cogiendo su chaqueta del respaldo de una silla.

Howard interpretó esto como su señal para marcharse y se puso de pie. Abrió la puerta y se detuvo a medio camino—. Cuídate, Daniel. Tripp era uno de mis mejores hombres.

Danny le dio un gesto de reconocimiento y lo vio marcharse. Se giró hacia la cámara oculta para el piso de al lado y levantó las cejas —. Hora del espectáculo —dijo, sabiendo que Tom estaría observando y escuchando en el piso contiguo.

VEINTE

Al entrar en el pub, Danny sabía que Benton y los demás estarían sentados en el sitio de siempre. Mientras se acercaba a la barra, podía sentir la mirada de cuatro pares de ojos como una fuerza tangible presionando sobre el lateral de su cara. Resistiendo el impulso de girarse y mirar, pidió una pinta y esperó a que se la sirvieran. Tras dar las gracias a la camarera, dio un sorbo antes de girarse y dirigirse hacia el reservado de la esquina y el grupo bien avenido.

—Danny —dijo Benton secamente mientras los demás se movían para hacerle un hueco donde sentarse.

—Rex. Chicos —respondió Danny, acomodándose con confianza en su asiento.

—Venga, no nos tengas en vilo —dijo Knowles.

—Estoy dentro —dijo Danny, manteniendo el rostro impasible.

La mesa quedó sumida en un tenso silencio instantáneo; se mantuvo durante unos largos segundos antes de que todos estallaran en sonrisas y risas. Levantando sus vasos, le dieron palmadas en la espalda a Danny. Benton se reclinó tranquilamente y levantó su vaso con un gesto de reconocimiento.

—Vale, de acuerdo, gracias, tíos. Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Danny, disfrutando de la sensación de camaradería que había echado de menos desde que dejó el Regimiento.

—Aquí no, esta noche no. Hablaremos de eso mañana. Esta noche es para celebrar. Bienvenido al equipo —dijo Benton entre los vítores de los demás. Varias horas y varias pintas después, Danny subió el último tramo de escaleras hasta el piso superior. Llamó a la puerta del piso de observación y entró cuando Tom respondió.

—Hueles a cervecería. Supongo que ha ido bien —dijo Tom mientras regresaba al salón.

—Sí, me han aceptado en el equipo. Benton vendrá a recogerme mañana para explicarme el trabajo —dijo Danny bostezando.

—Toma, tengo algo para ti —dijo Tom, cogiendo un smartphone de la mesa y lanzándoselo a Danny.

—Ya tengo un teléfono, tío —dijo Danny, sacando un aparato barato de botones, incapaz de hacer otra cosa que llamadas y mensajes básicos.

—¡Joder! Scott tenía razón, eres un cavernícola.

—¿Qué? —dijo Danny, fingiendo ofenderse de buen humor.

—Lo hemos modificado. Nos envía tu ubicación constante por GPS y triangulación de antenas. Además, transmite audio y vídeo continuamente, incluso cuando está apagado —explicó Tom mientras Danny se guardaba el teléfono en el bolsillo.

Metiendo la mano en una mochila colgada en la silla del comedor, Tom sacó una pistola semiautomática Beretta APX y se la ofreció a Danny.

—No, Benton la detectaría al instante.

—Vale, si estás seguro. Estaremos cerca con un equipo de asalto por si nos necesitas. Solo grita al teléfono y acudiremos corriendo —dijo Tom al notar que Danny bostezaba otra vez.

—Genial, gracias, Tom. A menos que tengas un bolígrafo que dispare dardos tranquilizantes o un Aston Martin con cohetes, me voy a la cama.

VEINTIUNO

Para no despertarse con Rex Benton sentado en una silla observándole, Danny ya estaba levantado y esperando fuera del bloque de pisos mucho antes de las siete en punto, hora en la que Benton había dicho que pasaría a recogerle.

—¿Me recibís, chicos? —dijo mientras buscaba coches que se acercaran.

El teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta vibró confirmándolo justo cuando Benton apareció caminando.

—¿Qué, vamos a ir andando?

—Un hombre prudente vive para luchar otro día. Vamos —dijo Benton, pasando de largo a Danny en dirección a Staines Road.

Danny le siguió mientras Benton recorría la misma ruta que había tomado días antes, comprobando reflejos y coches en busca de posibles seguidores, igual que había hecho antes. Atravesó una urbanización y tomó un pasaje que desembocaba dos calles más allá de su casa. Mientras pasaban junto a una furgoneta Ford Transit blanca, la puerta lateral se abrió y Benton empujó a Danny dentro, donde fue recibido por los brazos de Kristoff y Mendes. La furgoneta arrancó mientras Benton cerraba la puerta lateral tras él. Antes de que tuviera tiempo de moverse, Danny se encontró en el extremo equivocado de las pistolas Glock 17 de Kristoff y Mendes.

—¿Qué coño es esto? —protestó Danny, con el rostro endureciéndose mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—Nada personal, solo tenemos que estar seguros —dijo Kristoff.

Benton se acercó y cacheó a Danny. Le levantó la camisa y le revisó el pelo en busca de micrófonos o dispositivos de seguimiento. Finalmente, sacó el móvil de Danny y se lo pasó a Knowles en el asiento delantero, quien lo dejó caer en una caja metálica vacía de munición junto con los móviles del resto del equipo. Cerró la tapa, cortando cualquier señal rastreable.

—Soltadle, está limpio. Como dije, un hombre prudente vive para luchar otro día —dijo Benton sonriendo mientras le daba una palmada en el hombro a Danny.

—Sí, como cualquiera de vosotros vuelva a apuntarme con una pistola, no viviréis para luchar contra nadie —dijo Danny, deshaciéndose bruscamente del agarre de Kristoff y Mendes.

—Vale, vale. Tranquilo, machote —se rio Kristoff levantando las manos en señal de rendición y retrocediendo.

—A ver, vosotros dos, cerrad el pico. Tenemos cuarenta minutos de trayecto hasta llegar al almacén, así que calmaos.

***

—Mierda, acabamos de perderle —dijo Tom mirando fijamente el mapa de carreteras en una tableta. Hasta hace un segundo mostraba el punto rojo de seguimiento del teléfono de Danny.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó John desde el asiento del conductor del BMW 4x4.

—Sigue hacia el cementerio de Twickenham y Chertsey Road —dijo Tom escudriñando la carretera—. Ahí, detente, John.

La radio de uno de los miembros del equipo táctico de asalto cobró vida.

—¿Qué ocurre, jefe? —llegó el mensaje del equipo en el BMW idéntico que les seguía.

—Esperad. Hemos perdido la señal, cambio —dijo el líder del equipo desde el asiento trasero.

En el asiento delantero, Tom reprodujo los últimos minutos de audio antes de que desapareciera la señal del teléfono de Danny.

—¿Qué coño es esto? —se oyó la voz ligeramente amortiguada de Danny.

—Nada personal, solo tenemos que estar seguros —se oyó una voz segundos antes de que el audio se cortara.

—¿De quién es esa voz? —preguntó Tom.

—El ruso, Kristoff. ¿Qué era ese ruido antes de que hablara Danny? Rebobínalo —dijo John, inclinándose para oír mejor.

Se oyó un ruido profundo como de succión seguido de un golpe seco.

—¿Puerta de coche?

—No, una puerta corredera. La puerta lateral de una furgoneta. Le metieron en una furgoneta —dijo Tom, sacando su móvil y haciendo una llamada.

—Thomas, ¿qué puedo hacer por usted? —respondió la voz de Howard.

—Le hemos perdido. Le metieron en un vehículo y le registraron. Luego la señal se cortó. Hay una cámara de tráfico en el cruce de Hospital Bridge Road y Percy Road, junto al cementerio de Twickenham. Necesito las imágenes desde las 7:20 hasta las 7:40. Buscamos cualquier furgoneta que se dirija hacia la A316 Chertsey Road. Matrículas y descripciones. Intenta seguir su ruta a través de las cámaras de tráfico —dijo Tom consultando ansiosamente su reloj.

—¿Crees que han descubierto su tapadera?

—Difícil de decir, por el audio diría que hay un 50% de posibilidades.

—Mmm. Quedaos ahí, os volveré a llamar —dijo Howard, colgando sin esperar respuesta.

—¡Mierda! —gritó Tom, golpeando el salpicadero delante de él.

—¿Y ahora qué? —preguntó John.

—Esperamos.

VEINTIDÓS

Era difícil saber adónde se dirigían desde la parte trasera de la furgoneta. Sentado en el suelo, su vista a través de la ventana delantera solo le mostraba cielo y, ocasionalmente, edificios altos a los lados. Estaban saliendo de Londres. Por el creciente rugido de los motores de los aviones esforzándose por levantar imposibles toneladas de metal y cuerpos en el aire, habían pasado Heathrow. El sol entraba y salía de su campo de visión mientras la furgoneta viraba entre el sur y el oeste. Estaban tomando caminos secundarios, presumiblemente para evitar el mar creciente de cámaras que bordeaban las autopistas. Su mejor suposición era que estaban fuera de la M25, en algún lugar del campo cerca de Guildford. Finalmente, la furgoneta giró por un camino de tierra, traqueteando y balanceándose durante otro cuarto de milla antes de detenerse.

—Esconde la furgoneta detrás del granero —dijo Benton, deslizando la puerta lateral para abrirla.

—Sí, jefe —respondió Knowles, alejándose en cuanto se cerraron las puertas.

El lugar era remoto, Danny tenía que reconocérselo a Benton. Se encontraba frente a una antigua granja de ladrillo rojo, un poco deteriorada y cansada, pero que aún valía una fortuna en esta zona. A un lado había unos edificios anexos de poca altura y un gran granero. Benton y los demás se dirigieron hacia él, esperando ante

las altas puertas dobles mientras Benton abría el gran candado que las aseguraba. El granero tenía un aspecto de Tardis, pareciendo más grande por dentro que por fuera. Un camión de seguridad G4S de 7,5 toneladas estaba aparcado justo dentro. En el amplio espacio a su lado, el equipo había instalado filas de mesas plegables de camping, sus superficies cubiertas con uniformes de G4S perfectamente dispuestos, rifles Pentic y munición, chalecos antibalas y cascos pintados de negro con máscaras faciales tintadas. Más atrás, las mesas estaban cubiertas con planos, mapas y fotografías.

—Bien, escuchad. Vosotros tres, revisad y preparad todo: radios, el camión y las armas, desmontad y limpiad —gritó Benton por encima de las bromas de soldados de Knowles y Kristoff.

—Venga ya, jefe, lo hemos hecho mil veces —se quejó Mendes.

—Y lo haréis mil y una veces. ¡Ahora MOVED! —ordenó Benton en voz alta, con cara de pocos amigos.

—Sí, jefe —dijo Mendes, poniéndose a trabajar con timidez.

—Danny, ven aquí —dijo Benton, volviéndose hacia los planos.

Acercándose a su lado, Danny vio por primera vez los planos de la instalación de investigación de Centrex. Recogió las fotos de vigilancia de la mesa que tenía al lado y hojeó las imágenes de la puerta, la garita y los guardias armados cambiando de turno.

—¿Cuántos guardias? —preguntó finalmente a Benton.

—Doce, cuatro de patrulla, dos en la puerta. Rotan con los otros seis cada cuatro horas. Un nuevo equipo de guardias del CPNI llega cada tres días para relevarlos.

—Mmm, ¿dónde está el objetivo?

—En este edificio —dijo Benton, observando atentamente a Danny, cuya concentración y gestos le transportaban a sus días en el SAS.

—Vale, ¿cuál es el plan? Supongo que implica ese camión y esos uniformes —dijo Danny señalando en su dirección.

—La influencia de nuestro cliente es amplia y profunda. La instalación de investigación recibe entregas programadas regularmente de una planta de fabricación en Newcastle. Ese camión y las identidades falsas para ti, Kristoff y Mendes están en el horario

de las instalaciones. Os dejarán pasar por la puerta y os dirán que aparquéis junto a la garita en esta bahía —dijo Benton, señalando las bahías en el plano—. Todos los visitantes y entregas tienen que ser escoltados en el sitio, así que os pondrán allí hasta que hayan organizado una escolta. Knowles y yo saldremos de la parte trasera del camión y reduciremos a los dos guardias de seguridad de la puerta. Tú y Mendes aseguraréis la garita y vigilaréis. Mendes se encargará de las cámaras de CCTV, la radio y los sistemas de seguridad en la sala de comunicaciones ubicada en el interior. Mientras hacéis eso, nosotros entraremos en el edificio objetivo y llevaremos el objeto a un muelle de carga aquí, donde Kristoff tendrá el camión esperando. Lo cargamos y salimos, recogiéndoos a ti y a Mendes al pasar —explicó Benton, señalando los edificios y la ruta en los planos mientras hablaba.

—¿Qué pasa con los guardias alrededor del recinto?

—Hay un equipo de cuatro que patrullan el perímetro. Mientras tú y Mendes estéis fuera de vista no deberíais verlos. La furgoneta está en la programación, así que no le prestarán atención. Entraremos y saldremos antes de que alguien se dé cuenta —dijo Benton recogiendo los documentos para la entrega y las identificaciones falsas.

—¿No estarán armados en la garita? —dijo Danny, mirando los rifles Pentic sobre la mesa cerca del camión.

—Sigues siendo tan cauto como en Afganistán. Los dos del mostrador de recepción tendrán armas de mano, pero el resto no estará armado. Los guardias entregan sus armas a una cámara acorazada al final de cada turno; está a la izquierda del mostrador principal, aquí —dijo, señalando una pequeña habitación junto a la recepción—. Recuerda, no esperan problemas. Lo más interesante que ocurre es algún topo que activa los sensores entre las vallas. Están aburridos y apáticos, será como quitarle un caramelo a un niño.

—Entonces, ¿cuándo tendrá lugar todo esto, en unos días, semanas? —dijo Danny, mirando los planos. Fingía tomar nota de los edificios, pero en realidad buscaba un nombre o dirección para identificar qué instalación estaban atacando.

—Esta tarde. La entrega está programada para las 3 de la tarde —dijo Benton con una sonrisa inesperada—. Estudia todo eso, salimos a las dos.

Danny le observó alejarse para revisar a los otros. Volvió su atención a los planos y fotos, hojeándolos tranquilamente mientras su mente corría.

Mierda, necesito sacar ese teléfono de la caja para que Tom pueda rastrearnos.

VEINTITRÉS

—Sí —dijo Tom contestando al teléfono a mitad del primer tono.

—Tenemos cuatro furgonetas en el período indicado, dos de las cuales son posibles candidatas. La primera es una Ford Transit blanca, comprada localmente y registrada a nombre de un tal John Smith en una dirección de alquiler vacía. Se la vio por última vez a once kilómetros de Guildford en una cámara de tráfico en East Horsley. La segunda es una Vauxhall Vivaro gris, vendida por el propietario anterior hace seis meses pero nunca registrada a nombre del nuevo. La tenemos en una cámara de tráfico, está estacionada en una dirección aproximadamente a ocho kilómetros de tu ubicación. Te estoy enviando los detalles a tu móvil ahora —dijo Howard, su tono sin revelar jamás sus sentimientos.

—¿Cómo deberíamos proceder? —dijo Tom.

—Es tu decisión, Tom. Si crees que han descubierto su tapadera, puede que ya esté muerto. Entra con contundencia y sácalo de ahí. Buena suerte —dijo Howard, colgando antes de que Tom pudiera responder.

Su teléfono vibró con los detalles entrantes antes de que pudiera apartarlo de su oreja. Consultando la dirección de la Vauxhall gris, Tom la introdujo en el navegador y luego se volvió hacia los dos hombres armados en la parte trasera.

—Bien, chicos, tenemos un vehículo sospechoso estacionado en una dirección a ocho kilómetros de aquí. Decidle a vuestro equipo que se mantenga cerca, vamos a entrar —dijo Tom girándose de nuevo y haciendo un gesto a John para que avanzara. Mientras conducía, las radios del equipo crepitaban con conversaciones detrás de él mientras el otro BMW les seguía de cerca.

Conduciendo los potentes coches a toda velocidad, los equipos recorrieron los ocho kilómetros en un abrir y cerrar de ojos. El coche que seguía a Tom se desvió cuando John redujo la velocidad para girar hacia la carretera cercana a la ubicación de la furgoneta. Se detuvieron a cincuenta metros de distancia y esperaron hasta que el BMW del otro equipo apareció, acercándose en la distancia desde el extremo opuesto de la carretera.

Con un destello de las luces, ambos coches desembarcaron. Los equipos de asalto tomaron inmediatamente la delantera, acercándose desde izquierda y derecha, con sus subfusiles Heckler & Koch MP5 en posición mientras se aproximaban a la furgoneta. Tom y John se mantuvieron atrás, observando cómo el equipo se pegaba a la pared de la propiedad mientras se deslizaban hasta la puerta principal. Hubo un momento de tensa quietud mientras el hombre de la retaguardia se movía entre ellos. Balanceó un pesado ariete justo por debajo de la cerradura, haciéndola implosionar hacia dentro con un estruendo atronador, poniendo fin a la calma. El equipo irrumpió por la puerta, registrando habitación por habitación.

—¡Oficiales armados, al suelo! ¡AHORA!

Tom escuchaba el alboroto por la radio. No tuvo que esperar mucho antes de que un «Objetivo asegurado»crepitara por la radio. Luchando contra el impulso de irrumpir en la casa, Tom siguió las voces hasta el salón en la parte trasera. Cuando entró, encontró a la propietaria, una mujer de mediana edad, pálida y temblando en uno de los sillones. Dos miembros del equipo de asalto estaban ocupados levantando del suelo a un hombre calvo y con sobrepeso. Tenía las manos atadas con bridas por detrás de la espalda mientras lo dejaban caer en otro sillón. Se sentó allí con el labio inferior temblando y los ojos muy abiertos, mirando nerviosamente alrededor de la habitación.

—¿Quién eres? —dijo Tom acercándose al hombre, haciéndolo saltar.

—Gordon, Gordon Riley —respondió el hombre nerviosamente.

—No registró su furgoneta cuando la compró. ¿Por qué?

El hombre se removió en su asiento y miró nerviosamente una bolsa de herramientas junto a un radiador.

—¡Contésteme! —gritó Tom, acercándose hasta quedar a pocos centímetros de la cara de Gordon.

—Lo siento, ¿vale? Soy fontanero. He estado trabajando mientras cobraba la prestación por discapacidad. Yo, eh, no quería registrar la furgoneta por si la oficina de impuestos se enteraba —dijo Gordon, quebrándose y rompiendo a llorar.

—Soltadlo, chicos, estamos perdiendo el puto tiempo aquí —dijo Tom, dándose la vuelta para marcharse.

—¿Entonces no estoy detenido? —dijo Gordon, sin saber si sentirse asustado o aliviado.

Volviéndose, Tom miró a la mujer conmocionada cuyo hogar había sido invadido. —El señor Riley va a arreglarle el radiador gratis y cuando termine, va a pagarle una puerta nueva. ¿Verdad, señor Riley? —dijo Tom fulminándole con una mirada dura.

—Sí, sí, por supuesto. Lo que usted diga —respondió, asintiendo rápidamente con la cabeza.

Los equipos salieron y volvieron a subir a los coches donde esperaron las órdenes de Tom.

—Llévanos a la última ubicación conocida de la Ford Transit, John.

—Sí, jefe —dijo John, arrancando ya, con el segundo coche siguiéndoles de cerca.

VEINTICUATRO

A medio kilómetro del cuartel general del MI6, Christopher Swash se balanceaba nervioso de un pie a otro. Miraba inquieto desde las sombras bajo el ancho puente ferroviario. El profundo estruendo de los trenes sobre su cabeza aumentaba su agitación mientras entraban y salían de la estación de Waterloo. Un gran Range Rover negro se acercó silenciosamente junto a él. La ventanilla trasera descendió, dejando ver el rostro del General Rufus McManus por encima del cristal polarizado. Swash giró la cabeza a izquierda y derecha antes de abrir la puerta y entrar.

—Christopher, ¿qué es tan importante que no puede esperar?

—Lo siento, General —dijo Swash, haciendo una pausa preocupada antes de continuar—. Yo... yo le proporcioné la información sobre Howard, Jenkins y Tripp, como usted me pidió.

—Sí, lo hiciste —dijo Rufus, sabiendo lo que vendría a continuación.

—Es el dinero. Yo, yo necesito el dinero, realmente necesito el dinero —dijo con ojos suplicantes.

—Vamos, Christopher, ese no era el trato. Pagaré tus deudas de juego según lo acordado, dentro de tres meses, como acordamos. Si Jenkins inicia una investigación interna sobre la filtración, lo primero que buscará serán transferencias de dinero —dijo Rufus, con voz tranquila mientras miraba fríamente a Swash a los ojos.

—Sí, sí, lo sé. Pero han venido hombres a mi casa exigiendo dinero. Dicen que si no les pago, me van a hacer daño —dijo Swash, con un rostro patético como el de un niño suplicante.

—Mmm, ¿tienes alguna información sobre la investigación de Howard o Jenkins?

—¿Qué? Eh, no. Desde la muerte de Tripp, han sacado el caso del departamento. Asuntos internos ha estado revisando los ordenadores y las cuentas de correo de todos.

—¿Todavía tienes el teléfono que te di para contactarme?

—Por supuesto, está guardado bajo llave en mi escritorio del trabajo. Ahora, sobre el dinero.

—Has guardado bajo llave el teléfono con el que me contactas en un escritorio en medio de una oficina del MI6 —dijo Rufus, elevando la voz mientras su temperamento se encendía.

—Sí, pero está bajo llave, está perfectamente seguro. Ahora sobre el...

—Ahora escúchame bien, imbécil. Quiero que vayas a buscar ese teléfono y me lo traigas aquí en dos horas. Te conseguiré algo de efectivo para mantener a raya temporalmente a los cobradores, pero tendrás que esperar por el resto, ¿de acuerdo? —dijo Rufus, nuevamente calmado pero con un matiz autoritario en su voz.

—Sí, General, gracias. Dos horas, gracias —dijo Swash, con una expresión de alivio mientras abría la puerta y salía.

—Dos horas. Estaré aquí —repitió antes de cerrar la puerta.

De vuelta en el coche, Rufus se giró hacia su conductor.

—A la oficina, por favor, Hugh. Una vez que me dejes, me gustaría que recogieras al señor West y volvieras aquí para cuando regrese el señor Swash.

—Sí, señor. ¿Alguna petición específica, señor? —dijo el conductor mientras se desplazaba suavemente por el tráfico londinense.

—Mmm, sí. Haz que el señor West meta el miedo de Dios a ese llorica de mierda. Que sepa cuál es su sitio.

—Por supuesto, señor.

VEINTICINCO

Danny echó otro vistazo a su reloj mientras se vestía con los uniformes de G4S. Las dos en punto se acercaban rápidamente.

—Oye, Mendes, ¿dónde se mea por aquí? —dijo Danny mientras se ponía las botas.

—Eh, ah. Solo ve detrás del granero —dijo Mendes, despidiéndole con un gesto.

Desde el otro lado del granero, la cabeza de Benton se giró, su mano se crispó ligeramente a un lado, y sus ojos de halcón observaron a Danny salir del granero. Una vez fuera, Danny no perdió el tiempo. Corrió alrededor del granero y se dirigió hacia la furgoneta Transit. Tras echar un rápido vistazo a su espalda, rodeó la furgoneta hasta la puerta del copiloto y miró dentro para ver la caja metálica de munición en el hueco de los pies. Probó la manilla de la puerta.

Mierda. Cerrada.

Probó la puerta lateral. También cerrada. Danny se movió hacia la parte trasera de la furgoneta. Sin esperar que se abrieran, intentó abrir las puertas traseras al pasar. Para su sorpresa, una puerta se abrió con un ligero chasquido. Inclinándose para mirar alrededor de la puerta, comprobó el granero. Nadie a la vista. Respirando hondo para calmar la adrenalina que corría por sus venas, se subió a la parte trasera de la furgoneta.

***

Benton había vuelto a sus planes después de la salida de Danny. Intentó continuar donde lo había dejado, pero la paranoia le carcomía por dentro hasta el punto en que no podía ignorarla. Instintivamente, metió una pistola en la parte trasera de su pantalón y se movió con naturalidad hacia la puerta del granero.

***

Inclinándose sobre el asiento delantero, Danny cogió la caja de munición y la puso en el asiento. Abrió la tapa y rebuscó entre los teléfonos hasta que encontró el que Tom le había dado. Al pulsar el botón superior, Danny observó cómo la pantalla se iluminaba con la palabra «buscando» en el recuadro de señal.

Venga, ¿cuánto tiempo hace falta para conseguir señal?

***

Girando la cabeza lentamente, Benton miró a lo largo del granero de un extremo a otro. Al no ver señales de Danny, se dio la vuelta y se dirigió hacia el extremo del granero donde estaba aparcada la Transit.

***

¡Sí, por fin!

Con las barras de señal casi completas, Danny esperó unos segundos más solo para asegurarse de que el teléfono tuviera tiempo suficiente para enviar una señal de localización a Tom. Apagando de nuevo el teléfono, Danny lo devolvió rápidamente a la caja y cerró la tapa.

Vamos, Danny, estás tardando demasiado.

***

Moviéndose hasta la esquina del granero, Benton se inclinó de modo que solo una pequeña parte de su cara fuera visible mientras miraba alrededor. Observó el lateral del granero, los setos más allá y la furgoneta Transit blanca aparcada. Ni rastro de Danny. Su ojo sufrió un tic. Destellos de un suelo de tierra rancio cubierto de orina y sangre bajo él mientras colgaba de un gancho en el techo, escaparon del lugar de su mente donde los mantenía encerrados. Cerrando los ojos con fuerza, los ahuyentó. Cuando los abrió de nuevo, deslizó una mano detrás de él y la cerró alrededor de la empuñadura de la pistola metida en la parte trasera de sus pantalones. Manteniéndola allí, pisó con ligereza, moviéndose hacia la parte trasera de la furgoneta. Colocó su mano silenciosamente en la manilla y, en un rápido movimiento, la abrió de golpe.

La furgoneta estaba vacía.

—¿Todo bien, Rex? Joder, qué alivio. No debería haber bebido toda esa cerveza anoche, casi inundo el campo ahí atrás —dijo Danny, caminando por el lado más alejado de la furgoneta mientras se subía la cremallera.

—Prepárate, nos vamos pronto —dijo Benton, mirando a Danny con cautela, su mano aún en la pistola detrás de él mientras cerraba de golpe la puerta de la furgoneta.

Danny pasó junto a él ignorando la mirada mientras se dirigía de vuelta al granero. Inmóvil como una estatua, Benton siguió a Danny con la mirada hasta que desapareció en el granero. Medio minuto después, apartó lentamente la mano de la pistola y regresó para reunirse con ellos.

VEINTISÉIS

Después de pasar la última cámara de tráfico donde vieron la furgoneta Transit blanca, Tom y su equipo continuaron en la misma dirección hasta que llegaron a las afueras de Guildford. Sin más avistamientos de la furgoneta y sin idea de adónde podría haber ido, la preocupación de Tom por la seguridad de Danny y la frustración por la falta de pistas crecían por segundos.

—Para aquí, John —dijo intentando pensar.

Estaba a punto de llamar a Howard cuando una alerta de ubicación sonó en su móvil.

—¡Sí, te pillé! —exclamó, abriendo los mapas para ver de dónde provenía.

—¿Ha recibido una señal, jefe? —dijo John inclinándose.

—Recibí una señal, no duró más de unos segundos —respondió Tom, introduciendo la ubicación en el navegador—. A trece kilómetros. Vamos.

Los dos vehículos arrancaron, dejando atrás Guildford y adentrándose en el campo de Surrey. Cuando estuvieron a menos de dos kilómetros de la ubicación, redujeron la velocidad. Tom abrió una imagen por satélite del lugar en Google Earth. Amplió la imagen hasta que pudo ver la granja y el granero.

—Hay un camino más adelante, John, a 200 metros a la izquierda. Pasa de largo y detente en el siguiente apartadero —dijo

Tom girándose en su asiento para hablar con el jefe del equipo en la parte trasera—. ¿Tenéis el dron de vigilancia con vosotros?

—Sí, señor, está en el otro vehículo.

Tom asintió y se volvió mientras pasaban el camino que conducía a la granja. Continuaron durante unos 400 metros por la carretera rural bordeada de setos, hasta girar finalmente en un camino de tierra que llevaba a una zona boscosa. El equipo de asalto no perdió tiempo en sacar el gran dron de su sólido estuche de vuelo negro. En cuestión de segundos, uno de los miembros del equipo encendió el controlador y envió el dron zumbando hacia lo alto del cielo. Cuando su sonido se volvió inaudible y no era más que un punto en el cielo, el operador lo guio a través de los campos hacia la granja y la última ubicación conocida del teléfono de Danny. Observando por encima del hombro del operador la transmisión de la cámara del dron, Tom vio la casa de la granja y el granero desde una vista de águila.

—No hay señales de una furgoneta ni del grupo de Benton —dijo Tom, escudriñando desesperadamente la pequeña pantalla.

—Un momento, señor, estoy cambiando a térmico.

La pantalla cambió, mostrando los edificios en tonos de azul que se fundían en negro en los puntos más fríos. No había puntos calientes rojos o amarillos con forma humana.

—¿Es todo, nada? —dijo Tom frustrado.

—Lo siento, jefe, no tenemos firmas térmicas. No hay nadie allí.

—Mierda. Vale, trae el dron, echaremos un vistazo.

Guardaron el dron en el maletero y los BMW salieron marcha atrás del camino y se lanzaron hacia el sendero de la granja. Frenaron en seco frente al granero y se desplegaron con las armas desenfundadas. Tom y John se quedaron junto al coche y dejaron que el equipo registrara la casa de la granja y el granero.

—¡Despejado! —gritó alguien desde la casa, seguido de cerca por otro grito de—: ¡Despejado!

—Lo siento, jefe, la casa está despejada y el granero vacío. Aunque estuvieron aquí. Hay huellas recientes de neumáticos desde el lateral del granero y marcas más grandes saliendo del granero.

Furgoneta grande o camión —dijo uno del equipo saliendo del granero.

Tom entró en el granero por sí mismo. Estaba vacío y ordenado. Demasiado ordenado. Nada fuera de lugar. El suelo de hormigón había sido barrido reciente y meticulosamente.

—Vale, no hay nada aquí. Recojamos, chicos —dijo Tom, marcando el número de Howard.

—Tom —respondió la voz de Howard.

—Se han ido. Los hemos perdido.

VEINTISIETE

Danny y Mendes permanecían en silencio mientras Kristoff conducía el camión de G4S hacia un polígono industrial en Guildford. La Transit, recién adornada con los letreros de *ACM Event Management* y nuevas matrículas, les seguía de cerca. Kristoff se detuvo junto a una nave industrial con un cartel de «Alquilado» en la fachada. Benton acercó la Transit hasta la gran puerta de carga, bajó de un salto y abrió una puerta más pequeña a su derecha. Desapareció dentro, apareciendo unos segundos después tirando de la cadena para levantar la puerta de carga sobre sus rieles. Desde su posición en la cabina del camión, Danny apenas pudo distinguir dos coches aparcados en el fondo de la nave; los perdió de vista cuando Knowles metió la Transit dentro. La puerta de carga volvió a bajar con estruendo y los dos hombres salieron, cerrando la nave tras ellos. Levantaron unos cuantos palmos la puerta corredera trasera del camión y subieron de un salto, cerrándola tras ellos. Benton golpeó la parte trasera de la cabina y Kristoff alejó el camión del bordillo, saliendo del polígono. Mientras se alejaban de la ciudad, Danny no pudo evitar sentir la excitación provocada por la adrenalina y la tensión pre-misión que echaba de menos de sus días en el SAS.

—Atención, cinco minutos para el objetivo —dijo Kristoff, golpeando el metal detrás de él para avisar a Benton y Knowles.

Estirándose hacia abajo, Danny cogió su casco y se lo puso; la visera tintada era lo suficientemente oscura para ocultar una clara identificación de su rostro. Mendes se puso el suyo a su lado y le pasó el otro a Kristoff.

—¡Joder, vamos a por ello! —gritó Kristoff, dando una palmada al volante.

—Dinero en el banco, tío, dinero en el banco —respondió Mendes emocionado.

Giraron por un camino de acceso privado y siguieron la alta valla coronada con alambre de cuchillas que rodeaba el centro de investigación Centrex. La garita de seguridad y la puerta principal a lo lejos se acercaban por segundos, hasta que se detuvieron frente a la barrera. Un guardia armado permanecía al otro lado, con su rifle MP5 sostenido despreocupadamente sobre el pecho. Bajando la ventanilla, Kristoff sonrió desde debajo de su visera al guardia en la garita de seguridad.

—Hola, ¿qué tal estás hoy? —dijo, inclinándose para pasar el falso albarán de entrega y los carnés a través de la ventanilla de la garita.

—Bien, gracias, no suele pasar nada emocionante por aquí. Habéis llegado justo a tiempo hoy —respondió, marcándolos en su registro.

Devolvió los papeles y pulsó el botón que levantaba lentamente la barrera.

—Si podéis aparcar en la zona número uno, junto a la garita, alguien vendrá a escoltaros hasta vuestro punto de entrega.

—Gracias, colega —dijo Kristoff, atravesando la puerta y saludando mientras el guardia de atrás volvía a entrar en la garita.

—Vale, allá vamos, chicos. Preparaos —dijo Mendes, metiendo la mano bajo el asiento para sacar los rifles.

—¡Adelante, adelante, adelante! —gritó Kristoff, golpeando la cabina detrás de él en cuanto se detuvieron.

Con una sincronización perfecta, Danny y Mendes salieron disparados por la puerta del copiloto e irrumpieron en la oficina del frente de la garita. Benton y Knowles subieron la puerta trasera y saltaron al suelo. Corrieron a toda velocidad hacia la garita junto a la

puerta, irrumpiendo antes de que los dos guardias levantaran la mirada de sus sillas.

—Deslizad las armas hacia aquí, tranquilos. Esto no es un simulacro ni un ejercicio. Un solo movimiento en falso y disparo — gritó Benton, con el rostro oculto por el casco.

—¿Qué coño crees que va— empezó a decir uno de los guardias desafiante.

Benton se movió como un rayo. Golpeó la cara del hombre con la culata de su rifle con una fuerza tremenda. La nariz del guardia se rompió hacia un lado, dejándolo tirado de espaldas, semiconsciente. Knowles empujó al otro guardia al suelo y le ató las manos a la espalda con bridas, luego lo inmovilizó atándole los tobillos a las muñecas. Benton hizo lo mismo con el guardia semiconsciente.

***

IRRUMPIENDO por las puertas de la garita por delante de Mendes, Danny agitó su rifle y gritó a los dos guardias sorprendidos.

—¡Boca abajo, al suelo, ya!

Mientras los hombres obedecían, Mendes pasó junto a Danny y los ató con bridas. Dejándolo allí, Danny atravesó la puerta hacia las zonas de descanso y estar. Sorprendió a dos que jugaban al billar y a uno que estaba en el sofá junto a ellos.

—¡Boca abajo, manos tras la cabeza. YA!

Sin moverse, lo miraron con una mezcla de desafío, confusión y miedo.

—¡He dicho que os tiréis al suelo ya! —gritó Danny de nuevo. La visión de Mendes —un segundo hombre armado entrando, rifle en alto— les convenció para obedecer. Mendes y Danny recorrieron la habitación atándolos con bridas.

—Cabaña de seguridad asegurada, dirigiéndonos al objetivo ahora —se oyó la voz de Benton por la radio.

—¿Dónde está el sexto hombre? —dijo Mendes mirando alrededor.

—Yo lo encontraré, tú ocúpate de la sala de comunicaciones —dijo Danny dirigiéndose a los dormitorios.

Moviéndose tan silenciosamente como podía con el chaleco antibalas y el casco, Danny entró en el primer dormitorio para encontrarlo vacío. Retrocedió y avanzó por el pasillo. Cuando giraba hacia el segundo dormitorio, los pelos de la nuca se le erizaron. Sintiendo a alguien detrás de él, Danny giró sobre sí mismo. Un tipo enorme en pantalones cortos y camiseta salió disparado del cuarto de baño y agarró el cañón de su rifle, empujándolo a un lado con una mano mientras estrellaba la cabeza de Danny, protegida por el casco, contra la pared con la otra. Reaccionando instintivamente, Danny le dio un puñetazo en los riñones con toda la fuerza que pudo. El tipo estaba en plena forma, sus abdominales sólidos, como golpear una pared de ladrillos. Quitó la mano de la cabeza de Danny para sujetar mejor el rifle, retorciéndolo para arrebatárselo a Danny. Impulsando su cabeza con casco hacia delante, Danny la hizo chocar contra el puente de la nariz del tipo con un estruendo terrible. El golpe los separó instantáneamente. El hombre cayó hacia atrás por un lado y Danny se tambaleó hacia el otro. El rifle se escapó de las manos de ambos y repiqueteó por el pasillo.

—Danny, ¿qué está pasando? —llegó la voz de Mendes por el auricular.

La ventaja solo duró un segundo, ya que el hombre se incorporó de golpe, con sangre brotando de su nariz rota. Enfurecido, agarró el chaleco antibalas de Danny y lo levantó del suelo, lanzándolo hacia atrás con una fuerza tremenda a través de la puerta de los dormitorios. Danny se estrelló en el centro exacto de las puertas del armario. Estas se hicieron añicos y se plegaron hacia dentro mientras Danny desaparecía tragado por un montón de ropa que caía.

Estoy demasiado viejo para estas mierdas.

Antes de que pudiera salir, unas manos lo agarraron arrastrándolo boca abajo en el suelo. Danny podía sentir al tipo intentando arrancarle el casco. Girándose, miró hacia arriba y vio a Mendes precipitándose en la habitación, con el rifle levantado listo para disparar.

No lo hagas, no aprietes ese puto gatillo.

Con un empujón descomunal, Danny lanzó al hombre hacia un lado. Sacó su pistola y golpeó al tipo en la sien con todas sus fuerzas. El golpe lo aturdió por un segundo, dando a Danny tiempo suficiente para inmovilizarlo con las bridas.

—¡Está bien, ya lo tengo! —gritó Danny a Mendes, aliviado al verle bajar su rifle.

VEINTIOCHO

Tras desplazarse al edificio objetivo a paso ligero, Benton y Knowles pasaron la tarjeta de acceso proporcionada por el intermediario, Hamish Campbell, por el panel gris junto a la puerta. La luz cambió a verde y la puerta emitió un zumbido mientras los cerrojos magnéticos se mantenían abiertos. Entraron a un pasillo intensamente iluminado con oficinas a izquierda y derecha. Utilizando el plano del edificio grabado en su memoria, Benton guio el camino hacia una puerta al fondo. Colocó la tarjeta de acceso en el siguiente panel y empujó la puerta cuando sonó el zumbido.

La luz fluorescente sobre su cabeza parpadeó y titiló cuando entraron al pasillo del otro lado. Benton se quedó paralizado. Sentía los pies como si fueran de plomo y su rifle temblaba en su mano temblorosa. Imágenes, vívidas y aterradoras, tomaron el control, haciéndole revivir la bombilla desnuda del sótano parpadeando cuando sus captores conectaban cables con corriente a sus genitales. Los recuerdos de perder el control de sus funciones corporales mientras sus músculos se contraían hicieron que el olor a orina y heces fuera real en su mente.

—¿Jefe? —dijo Knowles desde detrás, confundido por su falta de movimiento.

Dos técnicos salieron de una oficina cruzándose en el camino de Benton. Se sobresaltaron al ver hombres armados con casco, sus

ojos desorbitados por el miedo. Benton estalló en acción, golpeando al hombre más cercano en la boca con el cañón de su rifle. La fuerza del golpe destrozó los dientes frontales del pobre hombre. Mientras caía, Benton avanzó acercándose al otro hombre. Las batas blancas de laboratorio de los técnicos se transformaron en su mente en las túnicas que vestían sus captores del ISIS.

Dejando que su rifle colgara de la correa, Benton puso su mano sobre la boca del hombre y lo empujó contra la pared. Con la otra mano, sacó un cuchillo comando afiladísimo de su funda y lo hundió bajo la barbilla del técnico, empujándolo hasta la empuñadura. Al sacarlo, el cuerpo sin vida del hombre se desplomó en el suelo. Su colega en el suelo entró en pánico, aterrorizado. Soltó su boca ensangrentada e intentó arrastrarse para huir, resbalando por el suelo de vinilo en el charco de sangre.

Con la mirada vidriosa, Benton se arrodilló sobre su espalda, aplastándolo contra el suelo. Extendió el brazo y le cortó la garganta. La sangre salpicó por todo el suelo mientras el hombre emitía un horrible sonido gutural. Todo terminó en un par de segundos. Impasible, Benton se levantó y continuó caminando sin mirar atrás, sus ojos recuperando lentamente su cualidad de halcón al abandonar el pasillo.

Knowles observó horrorizado la matanza innecesaria de civiles inocentes. Con creciente aprensión, no tuvo más opción que continuar la misión. Pasando por encima de los hombres muertos, siguió a Benton a la siguiente sala. Cuando le alcanzó, Benton estaba comprobando los números de consignación estarcidos en un gran estuche de transporte de cuatro por tres pies.

—Eh, ¿todo bien, jefe? —dijo Knowles acercándose a su lado.

Benton desabrochó los cierres y señaló con la cabeza hacia el otro extremo del estuche. —Ayúdame con la tapa.

La levantaron para descubrir un objeto cilíndrico que parecía un pequeño motor a reacción rodeado de tubos y cilindros, todos soldados en un robusto armazón de acero.

—¿Qué es esto?

—Mejor que no lo sepas, Peter, mejor que no lo sepas. Salgamos de aquí. El reloj está corriendo —dijo Benton volviendo a encajar la

tapa.

Desbloquearon los frenos de las ruedas del estuche y lo empujaron a través del almacén hasta la puerta de carga. Al pulsar el botón de subida, la puerta enrollable se abrió revelando la parte trasera del camión de G4S, abierto y listo con Kristoff esperando a su lado. Sonrió desde debajo de la visera de su casco.

—A la de tres. Uno, dos, tres —dijo Benton, mientras todos agarraban las asas del estuche y lo subían al camión.

—Paquete adquirido, preparaos para la evacuación —dijo Benton por el auricular.

—Entendido —crujieron las voces de Mendes y Danny en respuesta.

Kristoff volvió al asiento del conductor mientras Benton y Knowles saltaban a la parte trasera. Esta vez dejaron la puerta enrollable levantada, por si tenían que hacer una salida rápida. Cuando el camión avanzó, llegaron gritos y alaridos desde el otro lado del almacén donde el personal descubría a los técnicos muertos.

—Mendes, Pearson, evacuad la garita ahora. Vamos a salir a toda prisa —gritó Benton por encima del rugido del motor.

Kristoff giró el camión a la izquierda hacia la carretera que volvía a la garita. Una ráfaga de fuego automático rasgó una línea ondulada a través del fino aluminio lateral del camión. Benton y Knowles se aferraron con fuerza a las correas a ambos lados de la puerta abierta, sin más opción que esperar no recibir un balazo. Cuando completaron el giro, aparecieron a la vista dos de los guardias armados corriendo por la carretera detrás de ellos. Uno se arrodilló preparándose para disparar de nuevo. Benton abrió fuego con su rifle Pentic. Sus balas de alta velocidad atravesaron el pecho del hombre casi cortándolo en dos. El otro guardia se zambulló detrás de una fila de contenedores metálicos industriales. Benton mantuvo el fuego para mantener al guardia en su sitio mientras se alejaban.

Danny y Mendes estaban fuera de la garita, ambos con una rodilla en tierra y los rifles en alto. Mendes cubría la puerta de salida mientras Danny cubría el camión que se aproximaba. Kristoff redujo

la velocidad al pasar para permitir que Danny saltara a la cabina. Mendes saltó y se agarró al exterior con el brazo a través de la ventanilla abierta del pasajero. Bajó de un salto cuando llegaron a la caseta de seguridad junto a la barrera. Entró corriendo, pulsó el botón para levantar la barrera antes de salir a toda velocidad y saltar a la cabina junto a Danny. Mientras Kristoff pisaba a fondo el acelerador, Benton miró hacia atrás por el camino de acceso, bajando la puerta enrollable solo cuando estuvo seguro de que nadie les seguía. Enfrente, Knowles estaba sentado en el suelo mirándole fijamente, perdido en pensamientos preocupantes.

¿Qué demonios ha sido eso? El puto lunático ha masacrado a esos civiles. No es para esto para lo que me apunté.

VEINTINUEVE

En un abrir y cerrar de ojos estaban de vuelta en el polígono industrial. Era después del horario laboral y el polígono estaba prácticamente desierto. Kristoff detuvo el camión junto a la acera y dio dos palmadas en la parte trasera de la cabina. Un segundo después, Benton y Knowles cruzaron la explanada y entraron en la nave. Danny observó cómo se abría la puerta de carga y el Transit salía a la carretera. Kristoff no perdió tiempo en meter el camión por la puerta, avanzándolo tanto como pudo. Cuando se bajaron, Knowles estaba aparcando el Transit marcha atrás mientras Benton bajaba la puerta tras él.

—¡Joder, sí! El trabajo en equipo hace que los sueños funcionen —gritó Kristoff entusiasmado.

—Bien hecho, señores, una misión exitosa —dijo Benton, quitándose el chaleco antibalas.

—¿Qué pasó en el almacén, jefe? Oímos muchos disparos —dijo Mendes.

—Dos guardias armados nos pillaron por sorpresa y un par de técnicos de laboratorio quedaron atrapados en el fuego cruzado. Estuvo bastante cerca, ¿verdad, Knowles? —dijo Benton, lanzándole una mirada de advertencia.

Knowles le devolvió la mirada, intentando decidir si desafiar a Benton, lo que provocó un incómodo silencio de un par de segundos. —Sí, demasiado cerca para mi gusto —dijo finalmente.

Continuando, Benton se acercó a un gran contenedor de plástico junto a un bidón grande con pegatinas de peligro cáustico.

—Bien, escuchad. Coged vuestras bolsas de ropa del Transit y desnudaos. Todos los uniformes, guantes y cascos en este contenedor. Poneos guantes de látex nuevos y limpiad a fondo vuestras armas, luego colocadlas en el maletero del Nissan Qashqai de allí.

Siguieron las instrucciones, teniendo especial cuidado en limpiar las armas de cualquier prueba forense. Benton bombeó un líquido de olor nauseabundo desde el bidón hasta el contenedor de plástico con la ropa. Empezó a burbujear y a reaccionar al contacto mientras el material se derretía.

—Potente el material —le dijo Danny a Benton.

—No los hay más fuertes; media hora con eso y hasta los cascos no serán más que sopa. Cuando terminemos rociaré el camión con esto, no quedará ni rastro de evidencias —respondió Benton arrastrando un contenedor con correas para los hombros y una manguera que alimentaba una boquilla pulverizadora, como la que usaría un jardinero para fumigar malas hierbas.

—Esa cosa, el dispositivo que robamos. ¿Qué es? —preguntó Danny.

—Es un arma de pulso experimental, se carga con una célula de hidrógeno y luego, boom. Te freirá el cerebro y revolverá tus entrañas si estás a menos de 100 metros. Está diseñada para acabar con todos los que estén en un edificio sin siquiera romper un cristal —dijo Benton sin emoción.

—Dios mío, ¿qué quiere hacer el cliente con ella? —dijo Danny más para sí mismo que preguntándole directamente a Benton.

Benton dejó el pulverizador en el suelo y se irguió. Miró a Danny a los ojos con una extraña mirada distante en su rostro. Danny no pudo evitar notar un ligero temblor en su mano derecha. La tensión empezó a crecer. Danny dudaba entre aguantar o plantarle un puñetazo en la cara a Benton y dirigirse hacia las armas en el maletero del Qashqai. El momento pasó antes de que se viera obligado a elegir. Benton se dio la vuelta y gritó: —¡Knowles, Mendes! ¿Está cargado el Transit?

—Sí, jefe —llegó una respuesta desde la parte trasera de la Transit, seguida por la cabeza de Knowles asomándose por detrás.

—Vale, llévala al lugar, te están esperando. Coloca el arma debajo del escenario, tal como planeamos. Apila el resto del equipo audiovisual en el escenario para que su técnico lo monte mañana. Me reuniré con vosotros en la casa segura cuando haya limpiado este sitio —dijo Benton, acercándose al Qashqai. Abrió la guantera y sacó un sobre acolchado y tres teléfonos desechables nuevos. Se metió uno en el bolsillo, le dio otro a Knowles y lanzó el tercero a Kristoff.

—Usad estos. El número del mío está en los contactos. No usaremos nuestros propios móviles hasta que entreguemos el paquete y nos deshagamos de los vehículos. Yo los guardaré hasta entonces —dijo, recogiendo la caja de munición con todos los teléfonos y colocándola en el Qashqai.

Algo raro pasaba con Benton, Danny podía percibirlo, y por la forma en que Knowles actuaba, él también lo sabía.

—Danny, tú y Kristoff llevad esto al intermediario y luego reuníos conmigo en la casa segura. Kristoff sabe dónde está. Usad el Astra —dijo lanzando el sobre acolchado.

—Es el pago para nuestros chicos de la coartada. Mientras tenía lugar el robo, tenemos testigos y una grabación de CCTV editada digitalmente que nos sitúa en un salón de billar en Clapham —dijo Benton animado, con una sonrisa impropia de su carácter.

Esto pareció tranquilizarlos, así que Danny siguió el juego y vitoreó con los demás. Unos minutos después, la Transit se puso en marcha y Kristoff sacó el Astra al tráfico del atardecer.

Danny se sentó en el asiento del copiloto observando a Benton por el retrovisor. Estaba de pie en la entrada de la nave, viéndolos marcharse con sus ojos de halcón. Justo antes de que se perdieran de vista, Danny lo vio sacar un teléfono del bolsillo y llevárselo a la oreja. Danny permaneció callado un rato, sumido en sus pensamientos. No estaba más cerca de descubrir quién estaba detrás de todo esto o adónde llevaban Mendes y Knowles el arma de pulso. Finalmente rompió el silencio e intentó sacarle algo de información a Kristoff.

—¿Qué demonios le pasa a Benton hoy? Está actuando de forma extraña, ¿no?

—Está un poco tenso, eso es todo, no te preocupes —dijo Kristoff, desestimando el tema.

—Mmm, vale. ¿Qué pasa con el intermediario?

—El cliente es un hombre cauteloso, todo pasa a través del intermediario. Sin vínculos, sin contacto —dijo Kristoff volviendo a la A3 y dirigiéndose al centro de Londres.

—Tiene sentido, supongo. ¿Adónde llevan Mendes y Knowles el arma de pulso? —dijo Danny, presionando un poco más a Kristoff.

—Joder, Danny, ¿a qué viene este interrogatorio? No sé adónde la llevan porque no necesito saberlo, ¿vale? Mira, me caes bien, amigo, pero deja de hacer tantas preguntas. Créeme, no le fue muy bien al último tío que lo hizo —dijo Kristoff, con evidente irritación en su voz.

—Vale, vale. Joder, solo intentaba pasar el rato —dijo Danny, tratando de parecer ofendido.

TREINTA

Ya había oscurecido cuando Knowles y Mendes llegaron al Central Hall de Westminster. Aparcaron en una zona de carga junto a las puertas de la salida de emergencia trasera. Knowles saltó del vehículo y aporreó ruidosamente la puerta con sus guantes de látex naranja de alta resistencia. Esperó uno o dos minutos y estaba a punto de volver a golpear cuando oyó el sonido metálico de la barra de apertura en la parte posterior de la puerta al ser presionada. La puerta se abrió revelando a un guardia de seguridad bajo y de mediana edad, con un jersey mal ajustado que se le subía sobre su barriga redonda. Detrás de él había un guardia joven alto y delgado, con un uniforme evidentemente demasiado grande para él, que le colgaba de sus hombros de percha.

—¿Qué tal, colega? ACM Event Management. Traigo todo el equipo para lo de la prensa —dijo Knowles, entregándole la documentación con una sonrisa jovial.

—Sí, vale, chaval. Os estábamos esperando. El Gran Salón está por allí a la izquierda —dijo el guardia regordete, apenas echando un vistazo a los papeles antes de señalar con su dedo rechoncho en aquella dirección general.

—Vale, gracias, chicos —dijo Knowles haciendo un gesto a Mendes.

—Solo venís a descargar, ¿verdad?

—Sí, vuestros técnicos audiovisuales internos, White Light, van a montarlo todo —dijo Knowles abriendo la otra puerta para dejar pasar a Mendes con un gran altavoz monitor.

—Vale, servíos vosotros mismos, estaremos en la recepción. Avisadnos cuando hayáis terminado —dijo el guardia, ya alejándose desinteresado, haciendo un gesto al joven para que le siguiera.

—Vale, gracias, amigo.

Observaron atentamente a los guardias de seguridad mientras se alejaban por el pasillo. Una vez que se fueron, se pusieron a descargar las cajas y los flight cases, transportándolos y arrastrándolos hasta el Gran Salón. Los apilaron en el escenario de la enorme sala circular con su ornamentado techo abovedado y los enormes tubos de órgano que quedaban de sus días como iglesia metodista del centro de Londres. Tras comprobar de nuevo los pasillos, llevaron rodando el último flight case grande, que contenía el arma de pulso, a través de las puertas dobles hasta el Gran Salón.

Empujando y tirando del pesado estuche, lo movieron por el lateral del escenario hasta una pequeña puerta cerrada con llave que conducía al área de almacenamiento debajo del mismo. Mendes sacó un estuche de gafas de su bolsillo y lo abrió. Forcejeó para sacar un juego de ganzúas, luchando por agarrarlas con los guantes de alta resistencia. Mientras Knowles vigilaba las puertas de entrada, Mendes se arrodilló e introdujo las ganzúas en la cerradura, haciendo clic en los pines uno a uno hasta que pudo girar el cilindro y abrir la puerta. Pulsó el interruptor de la luz, iluminando un área de almacenamiento grande, con el techo bajo, polvorienta, llena de cajas, accesorios, luces y cajas repletas de decoraciones navideñas. Maniobraron cuidadosamente el flight case a través de la estrecha entrada, agachándose mientras empujaban, moviendo cosas fuera del camino hasta que consiguieron llevarlo hasta la pared del fondo.

—Miguel, ve y vigila a esos dos payasos —dijo Knowles, desbloqueando los cierres y levantando la tapa.

—Vale, hazlo rápido, ¿eh? —respondió Mendes, teniendo cuidado de no golpearse la cabeza con las vigas del escenario al salir.

Knowles introdujo un código numérico en el teclado de acero inoxidable integrado al lateral del dispositivo. La pantalla táctil LCD

de diez pulgadas se encendió sobre él. Pulsó el botón rojo etiquetado como *fuente de alimentación principal*. Una serie de servomotores abrieron las válvulas de los tanques de hidrógeno en la parte trasera del dispositivo. El botón se puso verde y el texto cambió a *célula de combustible preparada*. Knowles continuó a través del menú, introduciendo otro código para armar el dispositivo. Cuando la luz roja de *armado* se encendió, conectó un cable plano desde el teclado a un cable de teléfono móvil atado al lateral de la máquina.

Con el arma lista, Knowles sacó una bolsa de plástico con cierre hermético de su bolsillo. Extrajo dos trozos de cinta transparente, los separó y presionó el centro sobre la pantalla táctil. Al despegarla, pudo distinguir la huella digital del hermano de Abdel Belhadj, Jarrel, a través del brillo de la pantalla. Metiendo la mano en la bolsa de nuevo, sacó un pequeño sobre de papel. Dándole la vuelta, agitó tres cabellos de Jarrel dentro del estuche. Satisfecho, cerró la tapa y pasó un candado por cada cierre en el exterior de la caja. Asegurándose de que la bolsa, el sobre y el trozo de cinta estaban a salvo en su bolsillo, colocó cajas de adornos navideños delante del dispositivo y se marchó. Apagando la luz, cerró la puerta tras él e hizo un gesto con la cabeza a Mendes, que seguía vigilando, medio dentro y medio fuera de las puertas de entrada. Knowles dio una patada a la puerta para asegurarse de que estaba cerrada, y luego se dirigió al pasillo con Mendes. Caminaron tranquilamente hasta la recepción y encontraron al extraño dúo de seguridad sentado detrás del mostrador, mojando galletas de jengibre en grandes tazas de té.

—Hemos terminado, jefe —dijo Knowles.

—Ah, vale. Os acompañaré a la salida —dijo el guardia mayor, dejando su taza sobre la mesa y limpiándose las migas de galleta de su amplio vientre mientras se levantaba. Liderando el camino, presionó la barra de apertura de la puerta, les dejó pasar y luego cerró de golpe la puerta de la salida de emergencia tras ellos.

Junto a la furgoneta, Knowles miró a ambos lados antes de agacharse. Desatornilló la matrícula y la sustituyó por una nueva. Mientras se dirigía a la parte trasera para cambiar la de atrás, Mendes arrancó la señalización magnética de *ACM* y la arrojó a la

parte trasera de la furgoneta. Una vez terminaron ambos, volvieron a subir. Mendes arrancó la Transit y se perdieron en la noche.

—Se acerca el día de cobro, Miguel, hora de unas largas vacaciones —dijo Knowles con una sonrisa.

—*Sí*, amigo mío. Creo que ahora sería un buen momento para ver a mi familia en México.

—Un momento muy bueno, sin duda, colega. Venga, llevemos esta furgoneta al depósito y vayámonos a la casa segura.

TREINTA Y UNO

Con las sirenas aullando y las intensas luces azules parpadeando tras las rejillas, Tom aceleró el BMW por la carretera privada que bordeaba la alta valla del complejo, mientras el otro BMW les seguía pegado al parachoques. Zigzagueando entre los vehículos policiales y forenses en la puerta, Tom mostró su identificación del MI6 y entró por la verja, deteniendo el coche junto al Land Rover de Howard aparcado cerca de la garita. Observando su llegada, Howard salió y esperó a que Tom se reuniera con él.

—Buenas noches, Tomas, demos un paseo —dijo Howard, alejándose para que la policía y el CID que estaban fuera de la garita no pudieran oírles.

—¿No hay duda de que son ellos, jefe?

—Cinco hombres con rifles automáticos disparando munición perforante. ¿Te suena familiar? —dijo Howard mientras caminaban hacia otro grupo de policía forense con monos blancos de papel. Trabajaban metódicamente más allá de una zona acordonada, entrando y saliendo de una carpa blanca para escenas de crimen montada sobre el guardia abatido.

—Al menos eran cinco. Eso significa que Danny sigue teniendo su confianza —dijo Tom, aliviado.

—Eso parece, Thomas. Puede que sea el único factor atenuante aquí, especialmente porque acaban de robar un arma de pulso experimental con la capacidad de freír los cerebros de todos los que

estén en un edificio del tamaño del O2 —dijo Howard girando la esquina y guiando a Tom por la zona de carga hacia el interior del almacén.

—¿Tenemos alguna pista sobre el camión o la Transit?

—No, Edward tiene a todo el mundo buscando, pero hasta ahora no hay avistamientos en ninguna cámara de tráfico o circuito cerrado.

—Maldita sea, estos tíos son buenos —dijo Tom siguiendo a Howard hacia el fondo del almacén.

Howard abrió la puerta que daba al pasillo. Se hizo a un lado para que Tom pudiera ver a los dos técnicos asesinados tendidos en el suelo, con la sangre brillante y carmesí formando charcos sobre sus inmaculadas batas blancas.

—No tan buenos como deberían ser, muchacho. ¿Qué profesional masacraría a dos civiles desarmados? —dijo Howard con una cantidad inusual de ira en su voz.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? Un asunto bastante desagradable, si me permites decirlo —se oyó una voz detrás de ellos.

Howard y Tom se volvieron para enfrentarse al General Rufus McManus.

—General, no esperaba verle aquí —dijo Howard, volviendo a su habitual comportamiento afable mientras avanzaba y le estrechaba la mano.

—Bueno, si recuerdas, nuestro estimado Primer Ministro dejó el Proyecto Dragonfly totalmente operativo hasta que vuestro pequeño grupo de indeseables se ponga en forma. Creo que esta pequeña aventura entraría bajo mi jurisdicción de amenazas extremas a la seguridad nacional, ¿no crees? —dijo Rufus con una sonrisa presumida y un aire de arrogancia.

—Por supuesto, Rufus, hazme saber si puedo ser de alguna ayuda —dijo Howard con una sonrisa amistosa, sin picar el anzuelo.

—Dudo que sea necesario, pero gracias de todos modos —dijo Rufus girándose para marcharse. Se detuvo en la puerta y volvió a girarse—. ¿Asistirás al pequeño anuncio de prensa del Primer Ministro sobre la reforma de seguridad del lunes?

—No, me temo que tengo un compromiso previo —dijo Howard, manteniendo aún la compostura.

—Mmm —respondió Rufus con el ceño fruncido, antes de girar e irse sin decir nada más.

—Ese tío es un auténtico capullo —dijo Tom.

—Vamos, vamos, Thomas. El General es solo un dinosaurio que aún no sabe que está extinto.

El General salió del edificio y se dirigió hacia su coche. Subiendo a la parte trasera, cerró la puerta tras de sí.

—¿Ha informado ya Benton, Hugh? —le dijo a su conductor.

—Sí, jefe. Dijo que el paquete está en su lugar y los objetivos en camino. El equipo del Sr. West está in situ esperando su llegada.

—Bien, ¿y el equipo de entrega?

—Benton se está ocupando de ellos personalmente —dijo Hugh, arrancando el coche.

—Excelente, llévame al Club de Caballeros Britannia, por favor, Hugh. Creo que esto merece una copa para celebrar.

—Sí, señor.

Howard y Tom lo vieron marcharse mientras caminaban de vuelta hacia la garita.

—No me fío de ese tipo —dijo Tom en voz baja.

—Déjame que yo me ocupe del General, Thomas. Tú concéntrate en encontrar a Daniel y el arma de pulso desaparecida —respondió Howard, dirigiéndose a su coche.

—Sí, señor —dijo Tom e hizo una señal a su equipo que esperaba indicando que era hora de irse.

TREINTA Y DOS

La casa franca era en realidad un piso en el tercer piso de un bloque de los años cincuenta en Nelson Square, justo al lado de Blackfriars Road en Southwark, en el centro de Londres. Mendes y Knowles aparcaron la Transit en el garaje cerrado tal como Benton les había indicado. Recorrieron el corto trayecto por Blackfriars Road de buen humor, deteniéndose para comprar cervezas para celebrar y una selección de pizzas de Domino's. Pasaron junto al parque y las pistas de tenis rodeadas por los cuatro bloques de siete plantas. Cuando llegaron al que estaba en el extremo más alejado, su lenguaje corporal cambió. Incluso en ambiente festivo, avanzaron casualmente comprobando que no hubiera miradas indiscretas o alguna sombra acechándoles sin ser vista desde el parque. Al no detectar nada, dieron media vuelta y entraron en el vestíbulo. Subiendo las escaleras hasta el tercer piso, se movieron silenciosamente hasta la puerta de la casa franca. Sin hacer ruido, Knowles apoyó suavemente el oído en la puerta y escuchó. La tensión opresiva aumentó hasta que los latidos de su propio corazón parecían ser lo único que podía oír.

—Todo despejado —dijo en voz baja a Mendes.

Al girar la llave en la cerradura, entraron en el oscuro pasillo del piso. Mendes encendió la luz y llevó la cerveza y las pizzas a la cocina para buscar algunos platos. Knowles deambuló hacia el pequeño salón. Estaba oscuro y lúgubre, iluminado únicamente por

el resplandor anaranjado amarillento que se filtraba a través de las cortinas desde las farolas de abajo. Accionó el interruptor de la luz, frunciendo el ceño cuando el salón no se iluminó. Sus ojos, acostumbrándose a la penumbra, distinguieron una figura apenas visible sentada en el rincón más oscuro del salón. Al ver la silueta de la pistola con silenciador, Knowles se tensó, con la certeza de su destino grabada en la mente.

—Hijo de pu...

Tres rápidos disparos lo silenciaron donde estaba. Cayó de rodillas, con dos balas perfectamente colocadas en el pecho y una en la frente. Se mantuvo erguido durante un largo segundo antes de que los músculos de su cuerpo se dieran cuenta de que el cerebro estaba muerto y le permitieran caer con un suave golpe boca abajo sobre la alfombra.

En la cocina, Mendes estaba de espaldas a la puerta mientras servía pizza caliente en platos para él y Knowles. Tiró la espátula al fregadero y se quedó paralizado al ver el reflejo en la panera de acero inoxidable.

¡Mierda!

Nunca llegó a girarse. La bala entró por la parte posterior de su cabeza y salió por el frente, cubriendo la pared y las pizzas con una lluvia de sangre, huesos y sesos. Antes de que el cuerpo inerte de Mendes se desplomara en el suelo.

El pistolero estaba en la puerta, vestido de negro. Los bajos de sus pantalones estaban pegados con cinta americana a sus botas, y los puños de su chaqueta adheridos de manera similar a sus manos enguantadas de látex. Sus ojos ardían a través de los agujeros del pasamontañas que cubría su cabeza. Dejando la pistola silenciada sobre la mesa de la cocina, pellizcó la parte superior de la bolsa de plástico que cubría la empuñadura, la retiró suavemente y la guardó en su bolsillo. Dejando el arma donde estaba, se agachó y registró los bolsillos de Mendes. Tras recuperar las llaves del garaje y de la Transit, se puso de pie. Su mano temblaba ligeramente cuando las guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Retrocediendo hacia la puerta, echó una última mirada a Knowles tirado en el suelo del salón. Imágenes de pesadilla destellaron en su

cabeza y lo mantuvieron allí durante un rato, sus demonios internos clavándolo en el sitio. Finalmente, la tensión abandonó su cuerpo. Abrió la puerta del piso y asomó la cabeza al pasillo. Sin nadie a la vista, se quitó el pasamontañas y salió, cerrando la puerta tras de sí.

La cabeza de Benton estaba empapada de sudor. Se arrancó la cinta americana de las muñecas y los tobillos y se quitó los guantes, metiéndolo todo en el bolsillo de su chaqueta mientras caminaba con naturalidad hacia las escaleras. Se detuvo en seco al oír voces. Benton se asomó por la barandilla. Desde su ángulo superior podía ver una mano apareciendo en la barandilla, y un pie subiendo los primeros escalones. Las voces sugerían que eran un hombre y una mujer, a los que observó y escuchó mientras subían al siguiente tramo de escaleras. Benton se dirigió hacia el cuarto piso, no queriendo ser visto en el edificio. Antes de llegar, la mano y el pie desaparecieron y unos pasos resonaron alejándose por el pasillo del segundo piso.

Benton esperó hasta oír cerrarse la puerta de un piso antes de bajar las escaleras, aumentando el ritmo conforme descendía. Salió por la puerta principal y se alejó por la cobertura del parque momentos después. Tras una breve caminata, giró hacia Blackfriars Road e hizo una llamada.

—Soy yo. El equipo de entrega ha sido tratado. Voy para allá.

El receptor colgó sin responder. Benton guardó el teléfono y cruzó la calle. Comprobó la zona una y otra vez antes de subirse al Qashqai y marcharse

TREINTA Y TRES

Al otro lado de la ciudad, en East Barnet, al norte de Londres, Kristoff conducía entre las filas de casas adosadas y pareadas a lo largo de Hampden Way. Las luces de Brunswick Park aparecían periódicamente entre los huecos de las casas del final de la hilera. Continuaron por Osidge Lane y luego giraron hacia el aparcamiento vacío en la parte superior del parque.

—Esto no parece nada sospechoso, ¿verdad? —dijo Danny con sarcasmo.

—¿De qué hablas? —dijo Kristoff, frunciéndole el ceño.

—¡Dos hombres adultos sentados en un aparcamiento vacío, junto a un parque, en plena noche! ¡Esperando a otro hombre! Solo digo —comentó Danny con una sonrisa.

—No va a reunirse con nosotros aquí, idiota, está en la casa de enfrente —dijo Kristoff, señalando al otro lado de la calle.

Salieron del coche. Danny siguió a Kristoff, que llevaba el sobre acolchado, cruzando la calle. Subieron por el camino que conducía a una casa señorial eduardiana con ventanales. Danny vio que la puerta principal se abría frente a Kristoff. Intercambiaron unas palabras que no pudo oír, y luego Kristoff entró. Danny le siguió, cerrando la puerta tras de sí. Se giró hacia la sala de estar y se encontró cara a cara con Hamish Campbell. Estaba exactamente como Danny lo recordaba: barba pelirroja larga y descuidada, con un pelo igual de largo y rizado que había quedado sin tocar durante

tanto tiempo que formaba rastas. Su cara se descompuso al verle. Danny y Edward lo habían detenido por ayudar al terrorista Marcus Tenby en un ciberataque a Londres hacía unos años.

En un ataque de pánico, Hamish sacó una Glock 17 de la parte trasera de sus vaqueros. Temblando, dio un paso atrás, moviendo la pistola entre Danny y Kristoff.

—¡Joder, el MI6! No voy a volver a la cárcel. ¡Ahora echad para atrás, coño! —gritó, con los ojos muy abiertos saltando de un hombre a otro como si estuviera viendo un partido de tenis.

—¿De qué coño hablas, Hamish? Tenemos tu puto dinero. Ahora baja el arma antes de que te hagas daño —dijo Kristoff, lanzándole el sobre acolchado a Hamish.

—Es del MI6. Y lo sé bien, pasé cuatro años en Belmarsh por culpa de ese cabrón. Por lo que sé, tú también podrías ser un puto espía —dijo Hamish, agitando la pistola. Sostenía el sobre con la otra mano y agarró la parte superior con los dientes para poder rasgarlo. Cuando miró dentro, su rostro se contorsionó en un gesto de enfado. Lo puso boca abajo y sacudió los fajos de recortes de revista con forma de billetes.

—¿Qué cojones está pasando? —dijo Kristoff, mirando fijamente el papel en el suelo.

Un destello de un punto láser rojo apareció, luego desapareció, y volvió a aparecer en el lateral de la cabeza de Kristoff mientras se abría paso a través de las persianas entreabiertas.

—¡Kristoff, agáchate, YA! —gritó Danny. Una lluvia de disparos automáticos silenciados destrozó a Kristoff, lanzándolo por los aires antes de que pudiera reaccionar.

Danny instintivamente se lanzó hacia delante, placando a Hamish contra el suelo como en el rugby. La habitación explotó a su alrededor mientras las balas de varias armas silenciadas la destrozaban. Cristales y astillas de madera volaban por todas partes junto con el relleno del sofá mientras las balas lo atravesaban y se incrustaban en las paredes que los rodeaban.

—Dame la pistola —gritó Danny por encima del martilleo.

—No es real, es una réplica. No voy a pasar de cinco a diez años por llevar un arma de fuego.

—Joder, muévete. A la puerta trasera, a rastras —gritó Danny, empujando a Hamish hacia el pasillo.

Acababan de escabullirse hacia la cocina cuando una granada aturdidora explotó en el salón detrás de ellos.

—Están entrando. Si quieres vivir, quédate cerca de mí y haz lo que te diga. Ahora agáchate junto al fregadero —le gritó Danny a Hamish, que tenía la cara pálida y conmocionada.

Se puso de pie y tiró de la puerta trasera hacia dentro, pegándose contra la pared detrás de ella. Una ráfaga de balas incandescentes atravesó la abertura, sacudiendo el gran frigorífico de estilo americano que tenía enfrente mientras perforaban innumerables agujeros en sus puertas de acero cepillado. Danny apartó la mirada de la puerta y sus ojos se posaron en el bloque de cuchillos sobre la encimera de la cocina. Sacó los cuchillos uno a uno, arrojándolos a un lado hasta que encontró uno del tamaño y peso adecuados.

En el segundo en que hubo una pausa en el fuego, Danny asomó rápidamente la cabeza por la puerta y la volvió a meter. El tirador recargó y descargó a través de la ventana de la cocina, lanzando millones de cristales sobre Hamish mientras este se acurrucaba, temblando. Danny giró alrededor de la puerta y lanzó su brazo hacia delante con un poderoso movimiento. El cuchillo giró por el aire hacia el objetivo fijado, golpeando a la figura vestida de negro en la nuez de Adán. Soltando su rifle, el hombre giró salvajemente y cayó al suelo agarrando el mango del cuchillo de cocina enterrado hasta la empuñadura en su cuello.

—Vamos, sal. ¡SAL! —dijo Danny, agarrando la chaqueta de Hamish y lanzándolo por la puerta trasera.

—¡Salta la valla! —gritó Danny sobre el ruido de la puerta principal siendo derribada.

Dejó que Hamish fuera delante mientras él se agachaba junto al hombre en el suelo. Este estaba tosiendo sangre por la boca mientras luchaba por respirar. Danny sacó una pistola de su funda y recogió el fusil C8 del suelo. Girándose, descargó el cargador a través de la ventana de la cocina y por el pasillo, alcanzando a un tirador que entraba por la puerta principal.

Eso mantendrá a los cabrones con la cabeza agachada.

Dejando caer el arma vacía, Danny corrió tras Hamish, que estaba pasando la pierna por encima de la valla del jardín. Como el tiempo era esencial, Danny embistió la valla con el hombro, destrozándola en dos en una lluvia de listones de madera. Alcanzó a Hamish que tropezaba entre la maleza en la parte trasera de la casa detrás de la que acababan de abandonar.

—Vamos, muévete más rápido —gritó Danny.

Agarrando a Hamish por debajo del brazo y arrastrándolo fuera de los arbustos, Danny lo empujó hacia la parte delantera de una moderna oficina de jardín justo cuando las balas atravesaron la maleza y volaron astillas y trozos de su lateral. Una bala atravesó la chaqueta de Danny, trazando un surco en su brazo antes de que pudiera esconderse tras la seguridad del pesado edificio de madera. Mirando hacia atrás entre los disparos, Danny pudo ver a tres hombres saliendo de la cocina de la casa, todos vestidos con equipamiento de operaciones negras. Se movían en formación, profesionales, entrenados y dirigiéndose en su dirección.

¿Quiénes son estos tipos? Lo más importante es, ¿quién los envió?

TREINTA Y CUATRO

Protegido por el hombre que tenía delante mientras este recibía la mayor parte de la ráfaga de disparos de Danny, Lucas West se aplastó contra la fachada de la casa hasta que cesó el tiroteo.

—Lenny, Tucker, conmigo. Barnes, lleva el vehículo a la parte trasera de esta parcela, por Ferney Road —dijo West a través de los micrófonos de cabeza.

—Sí, jefe —respondió Barnes agarrando al muerto por las axilas y arrastrándolo lejos.

Los tres se metieron en la casa, registrando rápidamente el salón antes de dirigirse a la cocina.

—Kristoff ha sido eliminado; Pearson y Campbell están a la fuga —dijo West mientras los tres salían por la puerta trasera.

Se desplegaron y se arrodillaron. West activó la mira nocturna acoplada a su rifle. A través del resplandor verde y el agudo zumbido, divisó a Danny y Hamish junto a una edificación en el jardín de la propiedad trasera. Apretó el gatillo y el rifle automático con silenciador escupió una ráfaga de balas. Estas arrancaron trozos astillados del despacho del jardín en el espacio donde Danny había estado una fracción de segundo antes.

***

MIENTRAS CRUZABAN EL CÉSPED, el movimiento de Danny y Hamish activó las luces de seguridad exteriores adosadas a la casa.

—Joder, vamos a morir —dijo Hamish, con los ojos muy abiertos y atemorizados, girando constantemente la cabeza hacia atrás, esperando sentir el dolor de una bala ardiente en cualquier momento.

—No, no vamos a morir. Por allí, baja por el lateral de la casa —dijo Danny intentando no gritar.

La puerta de la cocina se abrió cuando pasaban. Reaccionando al ruido, Danny apuntó en un instante su pistola hacia el propietario que estaba en el umbral.

—L-l-les advierto, aléjense, he llamado a la policía —dijo débilmente, sacando pecho de manera poco convincente y poniéndose de puntillas mientras intentaba desesperadamente parecer más grande e intimidante de lo que realmente era.

—¡Vuelva a la puta casa, cierre la puerta y aléjese de las ventanas. ¡AHORA! —gritó Danny entre dientes, con una mirada oscura y amenazante.

El hombre se estremeció al ver la pistola y luego se desmoronó ante la mirada de Danny; el miedo y la confusión lo mantuvieron clavado en el sitio mientras los veía desaparecer por el lateral de la casa. Los ruidos procedentes del fondo del jardín le hicieron mirar. La visión de tres pistoleros vestidos de negro surgiendo de la maleza le impulsó a actuar. Cerró de golpe la puerta trasera, tomándose un segundo para cerrarla con llave con manos temblorosas. Corriendo hacia el pasillo, se acurrucó en las escaleras, aferrando un palo de golf contra su pecho.

—Norman, ¿qué es todo ese ruido? —preguntó su mujer desde el dormitorio.

—Quédese ahí, querida, no baje. Quédese ahí —dijo, casi llorando.

Al oír un coche que se aproximaba por la carretera frente a ellos, Danny aceleró el paso. Adelantó volando a Hamish, saltó el muro de ladrillos bajo en la parte delantera de la casa y aterrizó en la carretera bajo la iluminación del coche que se acercaba. Danny apuntó la pistola al parabrisas y levantó la otra mano para detenerlo.

Los neumáticos se bloquearon en el asfalto, haciendo que el brillante todoterreno negro se detuviera a escasos centímetros de las piernas de Danny.

Para sorpresa de ambos, Danny y Barnes se miraron fijamente. Mientras Hamish observaba desde la acera, Barnes pisó a fondo el acelerador, lanzando a Danny sobre el capó mientras el coche avanzaba a toda velocidad por la carretera. Agarrándose al limpiaparabrisas con una mano, Danny giró su pistola hacia la ventanilla del conductor y disparó tres veces en rápida sucesión. El cristal implosionó dentro del coche cuando las balas lo atravesaron, alcanzando a Barnes en la cabeza. Mientras el cuerpo de Barnes se desplomaba hacia un lado, el coche se desvió hacia la acera, estrellándose al chocar contra un montón de cubos de basura de plástico. La brusca parada catapultó a Danny fuera del capó hacia un jardín delantero. Rodó sobre el suave césped, usando el impulso para ponerse en pie de un salto. Corriendo de vuelta al coche, abrió violentamente la puerta del conductor y arrastró a Barnes hasta dejarlo en el suelo.

—¡Hamish, sube! —gritó hacia la calle.

Registrando a Barnes, Danny sacó dos cargadores completos de su chaleco táctico y los metió en sus vaqueros. Al subir al coche, puso la marcha atrás y lo sacó de los contenedores. Metiendo la primera, Danny aceleró. La luna trasera explotó cuando las balas silbaron entre ellos a velocidad supersónica, destrozando el retrovisor y perforando agujeros redondos y limpios en el parabrisas delantero al salir del vehículo.

Subiendo las marchas con el pie a fondo, Danny miró por el retrovisor lateral para ver a tres pistoleros salir de la carretera y fundirse en la oscuridad de los jardines delanteros. Deslizando el coche lateralmente al girar la esquina, Danny mantuvo la velocidad hasta que se adentraron entre las urbanizaciones residenciales. Satisfecho de que nadie les seguía, pisó el freno y se detuvo derrapando. Metiendo la mano por detrás, Danny sacó la pistola de su cinturón y apuntó a la cabeza de Hamish en un abrir y cerrar de ojos.

—Vas a contarme todo lo que sabes. Empezando por quién coño está intentando matarnos —dijo, con la voz elevada pero controlada y el rostro duro como el granito mientras miraba intensamente a Hamish.

—Eh, yo no sé una mierda. Mira, también intentaban matarme a mí, así que nos han jodido a los dos —respondió Hamish, encogiéndose contra la puerta del pasajero, intentando conseguir todo el espacio posible entre él y la pistola.

Ninguno de los dos se movió durante un rato, ambos repasando opciones en su mente; las de Hamish, subirse a un avión y desaparecer; las de Danny, averiguar quién le perseguía y matarlos.

—¿Para quién trabajas? —dijo finalmente Danny, bajando la pistola.

Relajándose un poco, Hamish se enderezó en su asiento. —No sé su nombre. Estaba cumpliendo una condena de diez años en Belmarsh después de que los tuyos me pillaran vendiendo armas a ese grupo de psicópatas que trabajaban para Marcus Tenby, cuando aparece este tipo trajeado, todo misterioso. Dice que trabaja para la seguridad del Reino Unido y que si trabajo para él, puede sacarme de allí.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Danny.

—Pelo rubio bien cortado, ojos azules. Un auténtico pijo, tipo Oxford. Un gilipollas arrogante.

—¿Cómo trabajabas para él?

—Me daba instrucciones por correo encriptado. Enviaban cualquier cosa que Benton necesitara a varios puntos de recogida de paquetes. Yo los recogía y los entregaba.

—¿Y la casa de allí? —dijo Danny, metiendo la pistola de nuevo en su cinturón.

—Solo me dijeron que te encontrara allí. La llave está bajo el felpudo, recoger el pago y marcharme —explicó Hamish encogiéndose de hombros.

—Vale —fue todo lo que dijo Danny. Puso el coche en marcha y condujo de forma más tranquila.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Hamish, todavía ansioso por escapar hacia el aeropuerto más cercano.

—Vamos a conseguir algunas respuestas —dijo Danny con una mirada que indicaba que la conversación había terminado.

TREINTA Y CINCO

En el corazón de Westminster, Benton bajó por la rampa que conducía bajo el moderno edificio de oficinas. Se detuvo frente a una barrera metálica, bajó la ventanilla y miró hacia la lente situada encima del interfono. La barrera se levantó en silencio sin que tuviera que pulsar el interfono. Al conducir el Qashqai por el aparcamiento de hormigón gris, las duras luces fluorescentes provocaban un efecto estroboscópico que le dañaba los ojos cada vez que pasaba por debajo de ellas.

Benton aparcó en una plaza al fondo del estacionamiento. Salió y se quedó junto al coche con una mano en la puerta, listo para cerrarla. Pero no lo hizo; permaneció paralizado por las cada vez más frecuentes pesadillas que le transportaban al maloliente sótano de tortura con detalles vívidos y abrumadores. La bombilla desnuda, golpeada por uno de sus torturadores mientras le golpeaban, se balanceaba desde el techo y cegaba sus ojos hinchados y entrecerrados. Luchando por volver a la realidad, Benton forzó su temblorosa mano izquierda contra el marco de la puerta. Con los dientes apretados, cerró de golpe la puerta del coche sobre su mano derecha. El intenso dolor ahuyentó los horrores, dejándolo jadeando en un sudor frío.

Cuando el dolor se atenuó hasta convertirse en una leve palpitación, Benton se acercó y miró a la cámara situada encima de una pesada puerta metálica. La luz cambió de rojo a verde cuando el

software de reconocimiento facial liberó la cerradura. Subió las escaleras de dos en dos, repitiendo el mismo reconocimiento por cámara para entrar en las ultramodernas oficinas del Proyecto Dragonfly.

—Bienvenido de nuevo, Comandante —dijo una guapa rubia en recepción.

Benton la reconoció con un seco asentimiento y se dirigió hacia el centro de mando al fondo de la oficina.

—Quiero un informe de situación sobre West y el equipo Alfa —ordenó, deteniéndose frente a una enorme pared de pantallas.

—Ah, Comandante, me alegro de verle. ¿Espero que no haya habido problemas por su parte?

Benton se giró para ver al General McManus caminando con paso firme hacia él por la oficina.

—Buenas noches, General. ¿A qué se refiere con problemas por mi parte?

—Parece que la reputación del señor Pearson de sus días en el regimiento no era exagerada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha matado a tres miembros del equipo Alfa y ha escapado en uno de sus vehículos —dijo Rufus haciendo un gesto a uno de sus subordinados detrás de un escritorio.

El hombre de aspecto friki deslizó los dedos por su teclado, activando una pantalla con una grabación de Ferney Road desde Brunswick Park. Ampliada y mejorada digitalmente, Benton observó cómo mostraba a Danny sobre el capó, disparando a Barnes antes de que el coche se estrellara. Sus ojos de halcón se oscurecieron mientras veía a Danny entrar en el coche mientras Hamish Campbell aparecía de entre las sombras para ocupar el asiento del copiloto.

—¿Dónde están ahora? —preguntó con frialdad.

—Hemos estado siguiendo el coche durante los últimos cuarenta minutos. No está lejos de aquí. El coche entró en Old Eye Street hace cinco minutos y ha permanecido estacionario desde entonces. El equipo Alfa va en camino, tiempo estimado de llegada dos minutos. He enviado otros tres equipos a la zona. Los tendremos pronto —dijo Rufus con su habitual confianza pomposa.

—Mmm, no subestimes a Pearson, es un cabrón duro de pelar. ¿Cuál es la situación en la casa?

—El Proyecto Nightingale ha tomado el control de la investigación. He advertido a la Policía Metropolitana y a los Servicios Secretos, y tenemos un equipo de limpieza en el lugar en este momento —dijo Rufus.

—Bien. Consígueme un coche, voy a salir al terreno. ¿A quién tenemos aquí?

—A Grimes y Newton —dijo Rufus girándose y ordenando a alguien que preparara un coche para Benton.

—Que alguien me traiga una radio y una pistola. Quiero estar en la carretera en tres minutos. Y encontrad a Pearson y Campbell, tienen que aparecer en algún sitio

TREINTA Y SEIS

—Gracias, Jarvis, cárgalo a mi cuenta —dijo Howard, pasándole discretamente un billete de veinte libras a Jarvis mientras se estrechaban las manos.

—Un placer, señor —dijo Jarvis, guardándose el billete en la chaqueta mientras Howard cogía el recibo de una pequeña bandeja plateada.

—Gracias, Howard. Ha sido una velada muy productiva —dijo el Ministro de Defensa William Pringle mientras Jarvis le ayudaba a ponerse el abrigo.

—Como siempre, estoy encantado de ayudar, William. Aunque no estoy tan seguro de que el General McManus vea con buenos ojos tus reformas de seguridad nacional.

—El General McManus es un cerdo arrogante. Cuanto antes le jubilemos a él y a su grupo de neandertales, mejor —dijo William, con el rostro pálido enrojeciéndose mientras se alteraba.

—Ah, bueno, eso, querido, es algo que tú debes solucionar —dijo Howard bajando las escaleras del Club de Caballeros Britannia. Esperó abajo a que Pringle se situara a su lado.

—¿Te veremos en la rueda de prensa de mañana?

—Mmm, el General McManus me preguntó lo mismo. Pero no. El Central Hall lleno de prensa es un poco más público de lo que preferiría. Demasiadas cámaras, demasiadas preguntas —dijo Howard, arqueando las cejas.

—Es comprensible.

—¿Puedo acercarte a algún sitio? —dijo Howard, haciendo una señal a su chófer aparcado calle arriba.

—No, gracias. Me quedaré en mi apartamento de Londres esta noche. Está a solo cinco minutos a pie y me vendría bien el aire fresco.

Se estrecharon las manos y se separaron. Howard esperó a que su coche se detuviera lentamente junto a él. Entró en la parte trasera sin levantar la vista, absorto en los mensajes de su teléfono.

—A casa, por favor, Frank.

Al no recibir respuesta, Howard levantó la vista para encontrarse con una pistola apuntando a su cabeza. El rostro de Danny, oscuro y amenazante, le observaba desde detrás del arma.

—Buenas noches, Daniel. Aunque me alegra moderadamente que sigas vivo, agradecería que no me apuntaras con una pistola a la cara.

—¿Es él? —preguntó Danny a Hamish sin apartar los ojos de Howard.

—No. No es él —dijo Hamish, con su barba desaliñada y su pelo pelirrojo con rastas cayéndole sobre la cara mientras se giraba desde el asiento del copiloto.

—Ahora que estáis convenientemente seguros de que no soy quien vuestro amigo con aspecto de vagabundo pensaba, me gustaría saber qué habéis hecho con mi chófer. Porque si le ha ocurrido algo, os haré matar —respondió Howard, con voz aún agradable y una actitud desdeñosa hacia los dos hombres de delante.

Danny continuó mirándole fijamente mientras evaluaba la situación.

—Frank está en el maletero —dijo finalmente Danny.

—Eh, Danny —llegó la voz nerviosa de Hamish.

—¿Qué pasa? —dijo Danny, girándose para ver a Hamish mirando por la ventana delantera.

—Creo que es hora de irnos —dijo Hamish lentamente.

Danny siguió la mirada de Hamish y vio dos Range Rover Sport con los cristales tintados aparcando a cierta distancia a ambos lados

de la calle. Permanecían allí con los motores en marcha, las luces brillantes e intensas, ocultando la visión de sus ocupantes.

***

—¿Puedo tener un informe de situación sobre las redes móviles? —bramó Rufus.

—Tenemos acceso. Estoy desactivando todos los transmisores que cruzan Westminster ahora, General —dijo un esbirro friki de pelo largo, subiendo sus gafas por la nariz mientras trabajaba furiosamente en su ordenador.

Rufus volvió a centrar su atención en el muro de pantallas. Las dos del centro mostraban la transmisión de la cámara del coche de West. Rufus frunció el ceño cuando vio a los objetivos en un BMW X7 plateado que le resultaba familiar.

—¿A quién pertenece ese coche? —le dijo al técnico a su derecha.

—El coche está registrado a nombre de Oxford Financial Consultants, señor —respondió tras algunos movimientos relámpago con los dedos en el teclado.

—Esa es la empresa tapadera de Howard, ¿por qué está allí Pearson? Es uno de los chicos de Howard. Astuto cabrón. ¿Dónde está el Comandante Benton? —bramó Rufus.

—A un minuto de distancia, se está acercando por la parte trasera del objetivo —dijo el controlador detrás de él.

—Bien, ponme en contacto con Benton y West.

—Está en línea, señor.

—Caballeros, habla el General McManus. La zona está contenida. Los sospechosos han establecido contacto con el Director de Operaciones Especiales Howard. Es imperativo que ninguno de estos hombres se comunique con el exterior. ¿Me he explicado con claridad?

—Cristalino, General —dijo Benton.

—Afirmativo —llegó la voz de West.

—Comandante, usted tiene el control —dijo Rufus quitándose los auriculares y volviéndose hacia los operativos en la sala—. Quiero saberlo todo sobre Daniel Pearson, todo. Quiero saber qué ha desayunado. YA.

***

DANNY ACELERÓ el potente motor biturbo de 4,4 litros del coche de Howard. Mientras lo ponía en marcha, vislumbró en el retrovisor un coche que se acercaba por detrás a toda velocidad.

—Agarraos —dijo Danny, pisando a fondo el acelerador.

El gran 4x4 salió disparado como un cohete. Danny lo dirigió directamente hacia los dos Range Rovers que tenía delante. Sus puertas se estaban abriendo mientras los miembros del equipo Alpha, vestidos de negro, salían para apuntar. Manteniendo el pie a fondo, el BMW X7 devoró la distancia entre ellos a un ritmo alarmante.

—¡Métete dentro! —gritó West desde su asiento junto a la acera.

El grito llegó demasiado tarde para su hombre al otro lado. Danny embistió la puerta del coche a cincuenta por hora. Se plegó y aplastó a un hombre armado contra el marco del vehículo, rompiéndole las espinillas y aplastándole el pecho contra el techo. El conductor del lado opuesto se lanzó de nuevo al interior mientras Danny pasaba, golpeando la parte trasera de su coche en el camino. Unos segundos después, Benton pasó como una exhalación tras ellos en acalorada persecución.

—¿Alguien querría explicarme quién intenta matarnos? —dijo Howard, tecleando en su teléfono móvil.

—Por un momento pensé que podrías ser tú —dijo Danny, alzando la voz por encima del rugido del motor.

—Siento decepcionarte, querido muchacho —dijo Howard frunciendo el ceño ante la falta de señal en su teléfono.

Antes de que pudiera hablar de nuevo, la ventana trasera implosionó. Danny miró por el retrovisor y vio a un tipo colgando de la ventanilla del pasajero del coche perseguidor, con una pistola

apuntando en su dirección. Al mirar hacia el lado del conductor, la sangre de Danny hirvió al ver a Benton devolviéndole la mirada.

—Han matado la señal móvil. Cruza el río hasta el edificio del SIS de MI6 —gritó Howard sobre el mayor ruido procedente de la ventana trasera rota.

—¡Agarraos! —gritó Danny por encima de los gritos del conductor de Howard desde el maletero. Giró el coche bruscamente en una curva a la izquierda. El vehículo se inclinó peligrosamente mientras los neumáticos chirriaban y luchaban por agarrarse. Cuando terminó de serpentear hasta ponerse en línea recta, Danny comprobó el espejo para ver el coche de Benton deslizándose por la esquina y rebotando contra el bordillo antes de acelerar tras ellos.

TREINTA Y SIETE

Fuera del Britannia Gentlemen's Club, Lucas West cruzó corriendo la calle hacia el otro coche.

—Llevad a Mills al hospital —gritó, sacando al conductor y saltando en su lugar—. Subid, subid. Vamos, en marcha —gritó, arrancando antes de que los demás hubieran cerrado las puertas.

—Comandante, soy West, ¿cuál es su posición?

—Vamos en dirección norte por Tufton Street, hacia Horseferry Road —respondió la voz de Benton por el auricular.

—Voy para allá. Equipo Delta, informe de situación.

—Dos minutos, jefe. Nos dirigimos hacia el este por el río en Grosvenor Road.

***

—Baja el asiento abatible y deja salir a Frank —gritó Danny a Howard.

Howard pulsó el botón y abatió el asiento hacia delante. La cara pálida de Frank con los ojos muy abiertos se asomó. Un bulto rojo del tamaño de un huevo sobresalía en su sien donde Danny le había golpeado con la pistola para meterlo en el maletero. Howard le ayudó a entrar en la parte trasera del coche y volvió a colocar el asiento en su sitio, permitiéndole sentarse aturdido en el asiento.

—Yo que tú me pondría el cinturón —dijo Danny al ver que Tufton Street llegaba rápidamente a su fin en un cruce en T. Pisando los frenos, Danny miró por el retrovisor y vio que el coche de Benton les pisaba los talones. El espejo explotó por un disparo justo cuando Danny volvía a mirar hacia delante. Derraparon lateralmente hacia Horseferry Road. Danny inmediatamente pisó el acelerador a fondo y se dirigió hacia el puente de Lambeth.

—Solo tenemos que cruzar el puente y estaremos a salvo —gritó Danny.

En cuanto las palabras salieron de su boca, pisó los frenos. El equipo Delta apareció a toda velocidad girando la esquina, haciendo un giro con el freno de mano para colocar el coche de lado y bloquear la entrada al puente de Lambeth. Las ventanillas bajaron y los cañones de las MP5 apuntaron al BMW. Deteniéndose a cincuenta metros de ellos, Danny se giró para ver a Benton parar a poca distancia detrás de él.

—Mierda. A la puta. Agarraos.

Danny puso el coche en marcha atrás y pisó el acelerador. El potente vehículo retrocedió bruscamente, cerrando la distancia entre él y Benton en segundos. Tensándose, Danny se preparó para el impacto. El grande y pesado 4x4 golpeó con fuerza el coche de Benton, doblando el capó y las aletas mientras la parte trasera del coche de Howard se hundía hacia dentro. Con humo saliendo de los neumáticos, Danny mantuvo el pie a fondo, empujando a Benton hacia atrás por la carretera hasta que pasaron el desvío hacia Thorney Street a su derecha. Metiendo la primera, se escuchó un chirrido de metal cuando los coches se separaron y Danny salió disparado fuera de la vista.

—¿Nos siguen? —dijo Howard desde atrás.

—No, creo que el coche de Benton está fuera de combate. Pero vendrán más. Necesito llegar a un sitio donde pueda enfrentarme a ellos en mis términos.

***

SALIENDO DEL COCHE DESTROZADO, Benton, Grimes y Newton se apretujaron en la parte trasera del 4x4 del equipo Delta y salieron disparados por Thorney Street tras Danny.

—West, nos dirigimos hacia el norte por Thorney Street, ¿cuál es tu posición? —dijo Benton por el auricular.

—Estamos en paralelo a vosotros por Marsham Street, Comandante —respondió West.

—Adelántanos y córtales el paso en Millbank.

—Recibido.

***

AL TOMAR un giro brusco cerca del final de Thorney Street, los brillantes faros de xenón le dieron a Danny la respuesta que buscaba. Frente a ellos había un alto edificio de oficinas rodeado de vallas mientras estaba en renovación. Al localizar las puertas de entrada de la obra, Danny se dirigió hacia ellas, embistiéndolas de lleno. La fuerza sobre la cadena con candado arrancó el borde metálico de una de las puertas mientras se abrían violentamente hacia dentro, produciendo un fuerte estruendo al plegarse sobre sí mismas y golpear contra las vallas de madera de la obra. Bloqueando los frenos, Danny se detuvo derrapando junto a las puertas de entrada. Saliendo del coche en un abrir y cerrar de ojos, Danny cubrió las puertas con su arma en alto y nivelada, sus ojos oscuros fijos e implacables a lo largo de la mira.

—Todos fuera, rápido, entrad —dijo, girándose para disparar una bala a través del gran panel de cristal de la puerta de entrada. El cristal templado explotó en un millón de piezas cristalizadas. Volviéndose, Danny cubrió la puerta de nuevo. Hamish, Howard y Frank pasaron a través del marco hacia el vestíbulo del edificio. Danny retrocedió, aún cubriendo la entrada hasta que llegó a la puerta, y entonces se metió dentro tras ellos. Las luces de la escalera y del vestíbulo estaban encendidas, al igual que las luces del panel indicador del ascensor.

Sin saber qué hacer, los demás esperaron a que Danny tomara la iniciativa. Él pasó junto a ellos y pulsó el botón del ascensor.

—Id a la última planta, encontrad un sitio donde esconderos y no salgáis hasta que venga a por vosotros —dijo mirando su pistola con el ceño fruncido—. Toma, llévate esto. Si aparece cualquier persona que no sea yo, dispara a matar —dijo entregándole a Howard la pistola y los cargadores de repuesto que tenía en el bolsillo del pantalón.

Howard sabía que era mejor no discutir con Danny, así que cogió la pistola y condujo a los demás al ascensor. Cuando las puertas se cerraron, Danny observó los números que subían por las plantas hasta llegar arriba, y luego se dirigió hacia las escaleras. Asomó la cabeza por las puertas del primer piso y luego del segundo. Estaban cerca de finalizar la reforma. Cuando llegó al tercer piso, aquello era más bien una obra en construcción. Un cable amarillo serpenteante colgaba de clavos y ganchos, con bombillas desnudas conectadas a intervalos que emitían una luz tenue por toda la planta. Materiales y sacos de yeso descansaban sobre un palé con una carretilla elevadora manual deslizada por debajo. Acercándose a la ventana, Danny miró hacia abajo y vio dos Range Rover Sport negros entrando por las puertas.

Aparcaron a poca distancia del coche de Howard. Las puertas se abrieron rápidamente y los hombres del interior se desplegaron con rifles en alto, cubriendo el vehículo de Howard y la entrada del edificio. Los ojos de Danny se entrecerraron al ver a Benton saliendo del vehículo.

Nueve hombres armados. No son buenas probabilidades.

Se giró para mirar el palé apilado con pesados sacos de yeso. Moviéndose rápidamente, agarró el mango de la carretilla elevadora y lo bombeó hasta que el palé se elevó del suelo. Poniendo todo el peso de su cuerpo en la pila, empujó con todas sus fuerzas. Las ruedas se movieron, ganando velocidad mientras empujaba la pila a través del hormigón liso. La lanzó contra la gran ventana de cristal. El peso de los sacos de yeso destrozó la unidad de doble acristalamiento mientras la carga se volcaba hacia el frío aire nocturno. Agarrándose al marco para evitar seguir la misma suerte,

Danny se asomó y observó a cámara lenta cómo los sacos de 25 kg se esparcían, acelerando hacia la velocidad terminal en su viaje descendente. Se estrellaron contra el suelo en atronadoras explosiones de polvo. Uno cayó directamente sobre la cabeza de uno de los hombres de Benton, rompiéndole el cuello y matándolo al instante mientras lo aplastaba contra el suelo en una enorme nube de polvo. Otro alcanzó a un hombre en el hombro, fracturándole la clavícula y dislocándole el hombro. Cegados por las nubes de yeso, los hombres se dispersaron, tosiendo y jadeando mientras se dirigían a la entrada del edificio. Cuando la fresca brisa nocturna despejó el polvo, un hombre permanecía en el medio, con la cabeza echada hacia atrás, mirando hacia arriba desafiante.

Los ojos de Benton se encontraron con los de Danny, ambos con rostros impasibles y decididos. Finalmente, Benton miró hacia delante y caminó hacia la entrada del edificio de oficinas.

Dos menos, quedan siete. Mejores probabilidades.

TREINTA Y OCHO

Volviendo a la acción, Danny exploró los alrededores y encontró una gran caja metálica con cerradura en la esquina. Tras fijarse en el pesado candado, continuó hacia la escalera trasera. Asomó la cabeza y miró por el hueco central hasta la planta baja. Podía ver las sombras de varios hombres moviéndose fuera de su vista y oír cómo se abrían puertas en la planta inferior.

Procedimiento estándar. Se ceñirán al entrenamiento y registrarán cada planta mientras suben.

Al darse la vuelta, vio un gran martillo de diez libras en la esquina de la habitación. Lo agarró y corrió de vuelta hacia la caja con cerradura. Tras un par de golpes, el cuerpo del candado saltó y rebotó por el suelo, dejando la parte superior en forma de U colgando del cierre. Al sacarlo, Danny abrió la caja y sonrió al ver herramientas eléctricas, tornillos y clavos en su interior. Sacó una gran caja de herramientas, la puso boca abajo y vació su contenido en el suelo. Volviéndola a colocar derecha, comenzó a llenarla con objetos de la caja metálica.

De vuelta en las escaleras, Danny miró con cautela por encima de la barandilla. Apenas podía distinguir las sombras de dos hombres que pasaban bajo las luces mientras subían. Echándose hacia atrás para ocultarse, Danny oyó cómo entraban por la puerta de la oficina en el piso inferior. Se los imaginó a ambos lados de la puerta, uno cubriéndose mientras el otro le seguía de cerca. Cuando estuvo

seguro de que habían avanzado, bajó las escaleras con pies ligeros y en silencio. Asomando la cabeza para ver a través del cristal de la puerta de la oficina, localizó a los dos hombres de espaldas a él mientras avanzaban comprobando las diversas habitaciones en la tenue luz que llegaba de la ciudad. Danny respiró hondo varias veces para controlar la adrenalina que bombeaba por sus venas, y luego se deslizó silenciosamente dentro de la oficina.

Cuando los cazadores están cazando, lo último que esperan es ser cazados.

Moviéndose agachado, Danny se dirigió hacia ellos, girándose hacia un largo despacho que corría paralelo a la sala principal justo cuando el hombre de atrás se volvió y miró hacia atrás. Avanzando tan rápido como podía sin hacer ruido, Danny llegó al punto paralelo a los hombres de Benton al otro lado del delgado tabique de pladur con estructura metálica. Balanceó la herramienta eléctrica que llevaba colgada a la espalda mediante un cable y la agarró. Colocando su oreja contra la pared, extendió la mano y golpeó suavemente el tabique, apenas lo suficiente para oírse. Con los ojos cerrados, sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Imaginó a los hombres del otro lado girándose para localizar la fuente del sonido. Volvió a golpear suavemente, sabiendo que uno se acercaría mientras el otro se quedaría atrás cubriéndole.

Ahí estaba. El roce de una bota en el suelo y el suave golpe del chaleco táctico del hombre tocando la pared al poner su oreja al otro lado del pladur. Levantando la herramienta eléctrica, Danny la situó a milímetros del tabique, calculando, apuntando a su objetivo.

Ahí, otro golpe del chaleco.

Empujando con fuerza contra la pared, Danny apretó rápidamente el gatillo de la pistola de clavos inalámbrica, impulsando un clavo tras otro a través del yeso blando. Un sonido sibilante y gorgoteante llegó desde el otro lado, seguido de un desplome en el suelo. Danny ya había desaparecido, lanzándose hacia la izquierda antes de rodar bajo una pesada mesa de conferencias de roble, preparado para lo inevitable. En cuanto estuvo debajo, ocurrió. Ráfagas de fuego automático atravesaron la pared donde había estado. En cuestión de segundos, el cargador del

tirador estaba vacío. Esperando ese momento, Danny volvió a moverse. Sacando un destornillador largo de uno de sus bolsillos y una sierra de calar del otro, cargó contra la pared acribillada, irrumpiendo por el otro lado en una furiosa exhibición de agresión animal. La velocidad de su ataque hizo que Grimes vacilara y forcejeara mientras intentaba introducir el nuevo cargador en su rifle. Danny le clavó el destornillador bajo la barbilla, hundiéndolo hasta el mango con una mano mientras enterraba la sierra de calar bajo su chaleco táctico, desgarrándole profundamente el estómago con la otra. Grimes tembló y se estremeció, con los ojos abiertos de terror agonizante. Danny empujó con más fuerza y el cuerpo de Grimes quedó inmóvil, cayendo hacia atrás como un árbol talado.

Danny recogió la pistola de Grimes y se la metió en los vaqueros. Girándose, agarró el rifle y la pistola del tipo que tenía varios clavos sobresaliendo de la cabeza y el cuello. Tenía un clavo enterrado en su auricular, así que Danny se dio la vuelta y cogió el de Grimes, ajustándolo en su sitio mientras se dirigía hacia las escaleras traseras.

—Grimes, Wilkinson, informad —sonó la voz de Benton por el auricular.

—Soy Newton, jefe. Harris y yo estamos entrando ahora en la segunda planta.

—Afirmativo, estamos en la escalera principal a punto de entrar en la tercera planta.

¡Mierda!

Danny corrió hacia la puerta de las escaleras traseras. Podía oír ruido desde el extremo más alejado de la oficina, lo que significaba que habían visto los cuerpos y a él. Corriendo a toda velocidad, Danny se lanzó al suelo y se deslizó los últimos cinco metros hasta la puerta. Ráfagas de disparos pasaron sobre su cabeza mientras abría la puerta de una patada y se lanzaba a través de ella. Cerrando de una patada la pesada puerta cortafuegos tras él, Danny abrió la tapa de una gran caja de herramientas y la colocó junto a la puerta. Cogiendo el soplete de gas de fontanero que había dentro, fijó la válvula en posición abierta con cinta adhesiva y lo colocó en el fondo de la caja, cubriendo el soplete sibilante con las cajas de clavos y

tornillos del baúl de herramientas. Cerró la tapa y pasó un alambre desde el gatillo de ignición de un segundo soplete, pegado con cinta adhesiva en el exterior de la caja de herramientas con la boquilla asomando hacia el interior, a través de un agujero que Danny había cortado.

—Grimes y Wilkinson han caído, estamos en persecución dirigiéndonos hacia las escaleras traseras —dijo Newton por la radio.

—Entendido, nos encontraremos en la tercera planta —respondió Benton.

Tensando el alambre, Danny lo enrolló alrededor del pomo de la puerta y se giró, subiendo las escaleras de tres en tres. Para ganar algo de tiempo, Danny se saltó la cuarta planta y se dirigió directamente a la quinta.

—Entrando en la escalera tras—

La voz de Newton se cortó de repente. El estruendo en el hueco de la escalera fue ensordecedor, seguido instantáneamente por el sonido de miles de clavos y tornillos afilados rebotando contra el hormigón, desgarrando ropa y carne blanda a su paso. Danny podía sentir el edificio temblar bajo sus pies mientras se deslizaba en la oficina de la quinta planta. Podía oír el grito agónico de Harris a través del auricular. Duró aproximadamente un minuto antes de convertirse en un quejido gorgoteante. Luego silencio.

Y entonces quedaron tres.

TREINTA Y NUEVE

—¡Cristo santo! ¿Qué demonios ha sido eso? —bramó el general Rufus McManus.

—Señor, hemos perdido las constantes vitales de Newton y Harris —dijo un técnico, señalando una de las grandes pantallas a su izquierda. Junto con Grimes, Wilkinson y los demás que Danny había matado, las imágenes de Newton y Harris aparecían recién difuminadas en gris con una línea plana y continua en la parte inferior donde debería estar su latido cardíaco. Solo los de Benton, West y Dexter seguían pulsando bajo sus nombres.

—Señor, hemos perdido el bloqueo móvil. Los proveedores de servicios han reiniciado los transmisores. Tardaremos diez minutos en volver a dejarlos fuera de servicio.

—Déjalo, para entonces tendrán refuerzos. ¿Dónde está El Halcón? —ordenó Rufus.

—El activo está en movimiento, General —respondió una voz desde detrás de él.

—Conectadme.

Con un chasquido de interruptor, el ruido de fondo de una motocicleta a toda velocidad y el viento rugiendo llenó la sala de control.

—Halcón, habla el General. La señal móvil está activa. Calculamos que solo tienes una ventana de oportunidad de diez minutos.

***

Subió por el bordillo y condujo hasta las puertas de entrada de un alto edificio de oficinas. Las luces brillantes y la visera tintada ocultaban cualquier rasgo identificable al guardia de seguridad nocturno que estaba dentro.

—Estaré en posición en tres —respondió desde dentro de su casco. Bajándose de la moto, hizo señas al guardia para que se acercara a la puerta. En cuanto la abrió, El Halcón sacó una pistola con silenciador de su chaqueta y disparó dos balas al centro del cuerpo y luego una a la frente del hombre sorprendido. Guardando el arma, El Halcón pasó por encima del guardia muerto y agarró un brazo, arrastrándolo detrás del mostrador de recepción. Sin detenerse, caminó hasta el ascensor y pulsó el botón del décimo piso. En cuanto se cerraron las puertas, se quitó la gran bolsa de lona de la espalda y comenzó a sacar y ensamblar los componentes del rifle de francotirador de alto calibre. No se quitó el casco; podría haber montado el rifle con los ojos vendados, y el ascensor tenía una cámara integrada en el panel de control.

Para cuando el ascensor sonó y las puertas se abrieron, el arma estaba lista y cargada. Moviéndose rápidamente hacia el lado sur de la oscura oficina, dejó el arma junto a la ventana y se quitó el casco. El Halcón metió la mano en la bolsa y sacó una ventosa y un cortador de diamante. Fijándolo en la ventana justo por encima de la altura del suelo, giró el cortador. Con un rápido golpe de la culata de su pistola, el disco de cristal salió con la ventosa. Repitió el proceso con el cristal exterior, sintiendo el frío aire nocturno que entraba por el agujero mientras retiraba el cortador. Comprobando su reloj, habían pasado tres minutos y quince segundos desde su llegada.

Nada mal.

Deslizando el cañón pulcramente en el agujero de la ventana, El Halcón se tumbó y colocó su ojo en la potente mira.

—Activo en posición, estoy localizando el objetivo ahora —dijo con una calma monótona. Intentaba mantener un acento neutral cuando hablaba, pero aún así se le escapaba en ciertas palabras.

Mirando la imagen en su teléfono junto a él, mostraba la foto recién enviada de su objetivo.

CUARENTA

En el tercer piso, los dos hombres miraron a Benton esperando instrucciones. Bajando su rifle, Benton les devolvió la mirada, su rostro adquiriendo una dureza de hormigón, las pupilas de sus ojos de halcón frías y dilatadas en la oscuridad de la oficina. Señaló su radio y la apagó. Los otros dos le imitaron y se quedaron esperando órdenes.

—Pearson —dijo Benton, pensando en voz alta—. Habrá cogido una radio; yo lo haría, así que él también. Querrá ganar tiempo para pillarnos desprevenidos, así que está dos, quizá tres pisos por encima, quinto o sexto. Dexter y yo subiremos en el ascensor hasta el séptimo y bajaremos hacia él, no se lo esperará. Un ascensor es indefendible, una trampa mortal. Tú sube por la escalera principal con mucho ruido por radio. Atráelo, ¿vale?

—Sí, jefe —dijeron Dexter y West.

Benton llevó la mano a su radio. Los otros le imitaron.

—Uno, dos, tres —dijo, dándoles la señal para encender las radios.

***

Arriba en el quinto piso, Danny escuchaba atentamente mientras pegaba con cinta americana la pistola de Grimes a uno de los

trípodes con focos que estaban distribuidos por el espacio vacío de hormigón de la oficina. La colocó detrás de una pila de cartón yeso y la alineó hacia la puerta de la escalera trasera. La puso en modo automático y cuidadosamente ató un alambre desde el pomo de la puerta hasta el gatillo sensible y se alejó. Dirigiéndose hacia la escalera principal, Danny se detuvo en seco cuando la radio cobró vida.

—West, ¿cuál es tu posición? —llegó la voz entrecortada de Benton.

—Subiendo por la escalera principal al quinto, cambio.

Danny se llevó la mano al auricular, apretándolo con fuerza contra su oreja para escuchar mejor.

—Estamos entrando al cuarto piso desde la escalera trasera, cambio —volvió a decir la voz de Benton.

¿Qué ha sido eso? Otro crujido de estática y la voz sonaba diferente. Sólida, sin el eco de un piso de oficinas vacío.

Miró hacia la puerta de la escalera principal delante de él. Su frente se arrugó y sus facciones se endurecieron. En un instante Danny se giró y corrió hacia las escaleras traseras.

—Ese cabrón astuto ha subido —se dijo mientras quitaba cuidadosamente el alambre de la pistola encintada y la arrancaba del foco. Salió sigilosamente de la oficina. Tras echar un vistazo rápido arriba y abajo por el hueco de la escalera, subió a toda prisa, de tres en tres escalones. Pasando el sexto piso, Danny continuó a toda velocidad hasta el séptimo. Se pegó a la pared junto a la puerta del espacio de oficinas, calmando su respiración y concentrando su mente.

—El cuarto piso está despejado. Mantén tu posición en el quinto, estamos subiendo —llegó la voz de Benton por su auricular, más clara esta vez con el eco que volvía del hueco de hormigón de la escalera.

El cuarto piso, y un cuerno.

Con el rifle colgado a la espalda, Danny se agachó y se deslizó por la puerta, con la pistola extendida frente a él. Alcanzó detrás y sacó la otra pistola de la parte trasera de sus vaqueros. Con ambas armas cubriendo el camino, Danny se dirigió hacia la puerta, con las

rodillas ligeramente flexionadas, moviéndose rápida y silenciosamente a través del espacio vacío de la oficina. Ignoró las sombras proyectadas por las estructuras metálicas de las habitaciones que esperaban su revestimiento de cartón yeso. Cuando llegó a la puerta de las escaleras principales y los ascensores, redujo la velocidad. Asomó la cabeza para ver a través del panel de cristal, captando las escaleras y el rellano principal en una fracción de segundo. No había nadie a la vista. Con un movimiento suave, lento y controlado, Danny abrió la puerta y se deslizó, manteniendo la mano en la puerta tras él para mantener la tensión hasta que se cerró silenciosamente contra el marco. Con ambas pistolas frente a él, se deslizó en silencio hasta la barandilla de la escalera y echó un vistazo por encima. Por un momento pareció despejado, pero en una segunda mirada Danny detectó un pie que sobresalía a la vista en las escaleras entre los pisos quinto y sexto.

Esperando para emboscarme al salir del quinto piso.

Danny se inclinó y apuntó a lo largo de la mira, con el brazo sólido y firme como una roca.

—Misión comprometida, evacuar el sitio inmediatamente. Vais a tener compañía en menos de cinco minutos. El activo está in situ y ha localizado el objetivo principal —sonó una voz por el auricular.

Danny ya había apretado el gatillo antes de que las palabras calaran. El sonido de la Glock 17 resonó en el hormigón mientras la bala perforaba un agujero limpio en la parte superior de la bota de Dexter, atravesando hueso, músculo y cartílago antes de hacer estallar una estrella sangrienta por la suela de su bota a través del hormigón. Dexter gritó y cayó hacia atrás en las escaleras. Su cabeza quedó a la vista mientras miraba directamente a Danny. Dolor, perplejidad y miedo se reflejaron en su rostro al darse cuenta de lo que ocurría. Sin un atisbo de emoción en la cara, Danny apretó el gatillo, dejando fija permanentemente aquella expresión en el rostro de Dexter cuando la bala entró en el centro de su frente. Rápido como un rayo, apareció la mano de Benton apuntando con su pistola hacia arriba por el hueco de la escalera. Vació el cargador salvajemente hacia Danny mientras descendía las escaleras.

Obligado a retroceder, Danny no tuvo más remedio que mantenerse atrás mientras West seguía el ejemplo de Benton, descargando su arma mientras Benton bajaba más y recargaba la suya. Repitieron el proceso, retrocediendo por las escaleras. Mientras las balas rebotaban a su alrededor, las palabras de su auricular finalmente se registraron en su mente.

Activo in situ, objetivo principal localizado.

En el segundo en que cesó el fuego, Danny subió las escaleras tan rápido como pudo. Con las piernas ardiendo y los pulmones ansiando oxígeno, irrumpió en el espacio de oficinas del piso superior, apenas logrando agacharse cuando Howard balanceó una barra de hierro hacia su cabeza.

—¡Eh, soy yo! ¡Al suelo, AHORA! ¡Tirad al puto suelo! —les gritó a Hamish y Frank, que estaban de pie en medio del espacio vacío de la oficina.

Los vio comenzar a agacharse como si fuera a cámara lenta. Se oyó un chasquido cuando la bala de gran calibre perforó un agujero limpio en la ventana de cristal, seguido de la extraña visión de Hamish y Frank volando hacia los lados cuando la bala impactó en el centro del pecho de Hamish, atravesó su cuerpo y derribó a Frank al desgarrarle el costado. Protegido por las pilas de equipos de construcción, Danny se deslizó por el suelo. Ignoró a Hamish, que ya estaba muerto antes de tocar el suelo. Quitándose la chaqueta, Danny la presionó contra la herida de Frank para detener la hemorragia. Mirando hacia atrás, vio a Howard de nuevo al teléfono pidiendo una ambulancia. Muy por debajo de ellos, las sirenas aullaban y las luces azules parpadeantes bailaban en el techo de la oficina.

CUARENTA Y UNO

Pasó un tiempo hasta que el caos y la confusión se calmaron. La policía, las ambulancias y los equipos de respuesta armada aparecieron; al ver el coche destrozado en el patio y a un hombre armado aplastado bajo un saco de yeso explotado junto a él, acordonaron el edificio. Solo después de que Edward Jenkins y media docena de agentes del MI6 llegaran, seguidos de cerca por Tom y el equipo de asalto, se aseguró el lugar y los médicos pudieron trasladar al conductor de Howard a una ambulancia.

Danny salió del edificio con la cabeza y la parte superior del cuerpo cubiertas de suciedad y polvo de pladur, las manos y los pantalones manchados con la sangre de Frank. Sonrió al ver a Tom y a Edward.

—¿Qué puñetera hora creéis que es esta para aparecer? —dijo, sacudiéndose el polvo de su pelo rebelde.

—No quería interrumpir tu noche de fiesta con nuevos amigos —respondió Tom, devolviéndole la sonrisa y señalando al hombre muerto en el suelo.

Las bromas cesaron cuando los hombres se abrazaron con una palmada rápida en la espalda y luego se separaron.

—En serio, ¿estás bien? —preguntó Tom.

—Sí, toda esta sangre es del conductor de Howard —respondió Danny, mostrando sus manos ensangrentadas.

—¿Alguna idea de quiénes son estos cabrones? —preguntó Tom, agachándose para mirar la cara del hombre muerto.

—Eso, Thomas, es exactamente lo que pretendo averiguar —dijo Howard, pasando junto a ellos en dirección a Edward.

—Lo más importante es dónde han puesto Knowles y Mendes el arma de pulso robada. Tenemos que encontrarlos a ellos o a Benton cuanto antes. Planean activar el arma el lunes —dijo Danny mirando su reloj, dándose cuenta de que ya era la madrugada del sábado. Con sus niveles de adrenalina bajando, el agotamiento le golpeó como una tonelada de ladrillos. Su cuerpo se desplomó y se tambaleó donde estaba.

—Ni Benton ni Hamish Campbell conocen tu dirección, Daniel. Así que sugiero que Tom te lleve a casa para que te asees y duermas unas horas —dijo Howard volviéndose hacia Tom—. Llévate a dos miembros del equipo de asalto y déjalos allí —dijo Howard, deteniéndose para mirar el cuerpo cubierto de Hamish mientras lo cargaban en una furgoneta forense—. Montaremos una sala de crisis en el cuartel general. Tom te recogerá por la mañana. Con suerte, tendremos las identidades de nuestros difuntos amigos para entonces.

—No pienso discutir, estoy hecho polvo —dijo Danny, encontrando otro trozo de yeso en su pelo.

Dejando a la policía y a los investigadores forenses del MI6 en el lugar, subieron al coche y se dirigieron lentamente hacia la salida. Tom se detuvo en la verja rota para dejar pasar a una motocicleta. El motorista redujo la velocidad al pasar, girando la cabeza para mirar dentro del coche a través de su casco con la visera oscura. Tom no le prestó mucha atención, pero incluso en su estado de agotamiento, a Danny se le erizó el vello de la nuca y su instinto para detectar problemas se activó. El paso solo duró una fracción de segundo antes de que el motorista mirara hacia delante, con una gran bolsa de lona balanceándose en su espalda mientras aceleraba en la oscuridad de la madrugada. Sin pensarlo, Danny sacó un bolígrafo de la consola central y anotó el número de matrícula en su mano.

—¿Qué ocurre? —dijo Tom al notarlo.

—Probablemente nada, tío, solo una corazonada.

—Conozco tus corazonadas, ¿qué es? —insistió Tom.

—Algo sobre ese motorista, la forma en que estaba examinando el lugar y a nosotros. Parecía más que simple curiosidad. Mira, olvídalo. Estoy agotado, necesito comer algo y dormir —dijo Danny, quitándole importancia.

—Vale.

—¿Y vosotros, queréis algo de comer? —dijo Danny girándose en su asiento para mirar a los dos miembros del equipo de asalto en la parte trasera.

—Sí, señor Pearson, estaría bien —dijo uno de ellos.

—Danny, por favor, llamadme Danny. ¿Y vosotros sois?

—Soy Curtis y este es Neil.

—¿Os va bien una pizza? Hay un sitio abierto 24 horas cerca de mi casa y tengo algunas cervezas en la nevera.

—Estará bien, señor P... Danny.

Con solo algunos trabajadores nocturnos de la capital y taxis llevando a los fiesteros a casa después de sus noches de copas, el trayecto a casa de Danny —incluida la recogida de tres cajas de pizzas— solo tardó cuarenta minutos, llegando a la puerta poco antes de las 2:30 de la madrugada.

Tom se marchó para dormir un poco, mientras Danny lanzaba una cerveza a cada uno, Curtis y Neil, y repartía la pizza. Alimentados y saciados, Danny les dijo que se sintieran como en casa mientras él subía al piso de arriba. Se desnudó, se duchó y se metió en la cama. Aunque conocía a muchos hombres afectados por los horrores que habían visto en acción, el sueño no era algo que se le resistiera. Mataba a gente mala que hacía cosas malas, y punto. Sacó su viejo móvil, no muy inteligente, del cajón de la mesita de noche, lo encendió y comprobó sus mensajes. Dos de su mejor amigo Scott; los gemelos Minelli querían la revancha. Eso le hizo sonreír. Uno de su hermano Rob invitándole a un asado dominical, y una llamada basura diciéndole que había tenido un accidente de coche y podía reclamar por lesiones personales. Borró el último, dejó el teléfono a un lado y apagó la luz. En cuestión de minutos estaba profundamente dormido, sin sueños.

CUARENTA Y DOS

—General, tengo un archivo de seguridad de nivel 5 sobre Pearson. Creo que debería echarle un vistazo —llegó una voz desde uno de los escritorios en el centro de mando del Proyecto Dragonfly.

Rufus se apartó de las pantallas y marchó hacia allí. Se situó detrás del operativo, revisando los archivos. Cuanto más avanzaba, más oscuro se volvía su humor. Cuando Benton y West entraron en la sala, sus ojos se desviaron por encima del monitor con una intensidad abrasadora. —Comandante, justo a quien quería ver. ¿Le importaría mirar esto por mí? —dijo Rufus, conteniendo apenas su ira.

Benton se colocó a su lado y observó el archivo, moviéndolo adelante y atrás para comprobar lo que estaba viendo.

—Contratado en privado por los servicios de inteligencia encubiertos de Howard. Eliminación de una familia de la mafia rusa, detalles clasificados. Misión antiterrorista conjunta con el MI6 y el FBI, que le valió la Medalla Presidencial de la Libertad del mismísimo Presidente de los Estados Unidos de América, detalles clasificados. Incluso evitó una guerra en Oriente Medio, por el amor de Dios. Lo único que acertaste sobre este tipo fue lo del SAS. Este es tu error, Rex, necesitas ocuparte de este tipo ahora, esta noche. Llévate el archivo, usa las direcciones, encuéntralo y mátalo.

Benton agarró el archivo sin decir palabra. Mantuvo la mano fija en el borde del escritorio para que el General no pudiera ver que temblaba. Mientras miraba la información en la pantalla, desenfocó la vista de la escritura y se centró en el reflejo del General en el cristal. El rostro comenzó a retorcerse y transformarse, intentando emerger la imagen de sus torturadores del sótano en su lugar. Benton reprimió el impulso de girar su arma hacia la sala y disparar hasta vaciar el cargador. Las imágenes se aclararon y giró para mirar al General a los ojos con férrea determinación. Asintió en señal de reconocimiento, se dio la vuelta y se marchó con West siguiéndole de cerca.

—¡Comandante! —bramó Rufus tras él.

Benton se detuvo y se giró para enfrentarlo.

—Fracasar no es una opción. Como la cagues, no hay vuelta atrás. ¿Nos entendemos?

—Sí, General —dijo Benton sin emoción.

Al salir de la sala, miró a West. —Necesitamos visitar la armería.

—Por supuesto —dijo West con una sonrisa.

—Cogeremos el Qashqai y nos desharemos de él después —le dijo Benton a West cuando llegaron a la entrada enrejada de acero.

—Sí, Comandante, ¿qué podemos hacer por usted? —dijo el guardia haciéndoles pasar por la puerta mientras cogía el registro para anotar cualquier arma que sacaran.

Quince minutos después, West y Benton cargaron dos pesadas bolsas de lona en el maletero del Nissan Qashqai, lo cerraron y subieron. Benton introdujo en el navegador el código postal de la última dirección conocida de Danny y salió del aparcamiento subterráneo en cuanto se cargó la ruta. Ya en la oscuridad de la madrugada, miró la hora, pasaban apenas las 3 de la mañana, y pisó el acelerador.

—Llegaremos en veinte minutos —dijo.

Moviéndose en su asiento, West sacó sus dos Glock 17 y las revisó. Al moverse, golpeó la caja metálica de munición que había en el hueco de los pies. La tapa se abrió sin que lo notaran, dejando visibles los teléfonos móviles del interior.

***

Sumido en un sueño profundo, Tom se removía inquieto. Un ruido percibido en su subconsciente perturbaba su descanso. Finalmente venció, obligándole a abrir los párpados. Algo le había despertado, pero ¿qué era? Un pitido de su móvil respondió a la pregunta. Se incorporó y lo agarró, sin dar crédito a sus ojos. La aplicación de rastreo del teléfono que le había dado a Danny estaba activa. Mostraba un punto rojo pulsante en un mapa de navegación. Saltando de la cama, abrió su portátil y lo visualizó en la pantalla más grande. Después de seguir la dirección del teléfono durante un par de minutos, sus ojos se abrieron de par en par.

—Mierda, mierda, joder, mierda —dijo en pánico, pasando frenéticamente por los contactos de su teléfono.

***

Curtis y Neil estaban sentados en el salón de Danny viendo La jungla de cristal en la tele.

—Venga ya. Ese tío es un mierdas —dijo Curtis apuntando con su pistola a la televisión en un disparo simulado.

—Solo es una película, colega, te tomas todo demasiado en serio —dijo Neil sonriéndole.

Sin que lo oyeran mientras vibraba silenciosamente sobre la encimera de la cocina, el móvil de Neil zumbaba frenéticamente con el número de Tom. Cuando saltó el mensaje del contestador, Tom colgó y llamó al único otro número que tenía.

Cuando sonó el teléfono de Danny, pasó de estar profundamente dormido a despierto y contestó en un segundo.

—¿Tom?

—Están ahí. Salid. Todos vosotros, salid ahora —dijo Tom rápida y urgentemente.

Danny no perdió tiempo en responder, ya se estaba poniendo los vaqueros. Cogiendo su pistola, metió los pies en unas zapatillas

deportivas y se dirigió a la ventana. Se puso una camiseta por la cabeza mientras apartaba la cortina lo justo para ver el exterior de la casa. La imagen de Benton y West parados detrás de un coche al otro lado de la calle, apoyando un lanzacohetes L2A1 ILAW sobre el techo mientras apuntaban hacia la casa, le impactó y le hizo reaccionar.

Joder.

Impulsándose desde la pared para ganar impulso, Danny sacó toda la fuerza de sus piernas y corrió hacia la ventana trasera. Al oír los fuertes pasos en el piso de arriba, Neil se levantó y miró por la ventana del salón. La visión del lanzacohetes disparando sobrecargó su mente, dejándolo paralizado en una visión fotograma a fotograma del cohete que se aproximaba. Atravesó la ventana y pasó sobre su hombro izquierdo, golpeando la pared del salón detrás de Curtis, donde explotó en una bola de fuego que lo consumió todo, con metralla explosiva y ladrillos. Al mismo tiempo, Danny estaba arriba descargando balas contra la ventana del dormitorio trasero, haciéndola añicos mientras se lanzaba con los pies por delante para atravesarla.

Las tablas del suelo estallaron hacia arriba en una bola de fuego, rodeada por una explosión de astillas de madera. La onda expansiva alcanzó a Danny justo cuando pasaba por la ventana sin cristales, propulsándolo hacia los abetos al final de su jardín. Atravesó las ramas blandas, engullido por los árboles, antes de estrellarse a través de la valla trasera y caer sobre el césped de la casa de atrás. Sin aliento, conmocionado y temporalmente ensordecido por la explosión, Danny yacía boca arriba, aturdido y respirando pesadamente.

Observando cómo se derrumbaba lo último del techo en una bola de fuego, Benton y West arrojaron el tubo lanzador en el maletero del Qashqai, se metieron y salieron a toda velocidad. Desaparecieron al doblar la esquina justo cuando los vecinos asustados, confusos y conmocionados entreabrían sus cortinas y se aventuraban tímidamente a salir por sus puertas delanteras, móviles en mano mientras los padres llamaban a los servicios de emergencia y sus hijos retransmitían el caos en sus plataformas de redes sociales.

CUARENTA Y TRES

—Comandante —dijo Rufus al contestar su teléfono, aún alerta y perspicaz a pesar de la hora temprana.

—General, el objetivo ha sido eliminado y el vehículo ha sido desechado. Espero nuevas instrucciones —fue la respuesta de Benton.

—Excelente. La casa franca en Knightsbridge está a tu disposición. Descansa un poco y preséntate aquí a las 1200 horas.

—Sí, General —dijo Benton finalizando la llamada.

Avanzando, Rufus se acercó a una pantalla grande adornada con fotografías tachadas. Recorrió con la mirada las filas, observando a todos desde Simon Tripp y Dennis Leman hasta Kristoff, Knowles y Mendes. Continuó con Nikolai Korentski y Bosko Pelik, terminando en Hamish Campbell y Daniel Pearson. Su boca se torció en una sonrisa que pasó inadvertida para los operativos detrás de él. Bajando la mirada hacia la línea inferior de fotos, su expresión se endureció ante las fotografías que esperaban ser tachadas: William Pringle, el Primer Ministro y una imagen de CCTV recién añadida de Howard.

—Lo siento, viejo amigo, daño colateral, tú lo entenderías —susurró para sí mismo.

—Bien, me marcho. Descansad un poco, caballeros, aún tenemos unos días muy ajetreados por delante —dijo Rufus caminando entre los escritorios, ignorando a sus subordinados mientras se iba.

CUARENTA Y CUATRO

Después de que los camiones de bomberos sofocaran las llamas y la policía acordonara la zona, Tom se quedó junto a Howard en la acera observando cómo los forenses sacaban dos bolsas para cadáveres con los restos de Neil y Curtis.

—¿Todavía no han encontrado a Daniel? —dijo Howard sin mostrar emoción alguna en su voz.

—No, aún no —respondió Tom, notablemente más sombrío que Howard.

—Mmm, ¿hemos aclarado todo con la policía local?

—Sí, los agentes están diciéndoles a los vecinos y a la prensa que fue una fuga de gas —dijo Tom con pesadumbre.

—Arriba ese ánimo, Thomas. Volvamos al cuartel general. Todavía tenemos que encontrar un arma de pulso bastante desagradable antes de mañana.

Tom rodeó el coche y se dejó caer en el asiento del conductor mientras Howard se sentaba cuidadosamente en el asiento del copiloto, quitándose una pelusa de los pantalones del traje antes de abrochar el cinturón de seguridad.

—Por el olor a pelo quemado, supongo que has escapado de la muerte una vez más, ¿no es así, Daniel? —dijo Howard, sorprendiendo a Tom.

—Dadas las circunstancias, pensé que sería buena idea seguir muerto —dijo Danny desde su posición, encajado en el hueco para

los pies detrás del asiento del conductor.

—Bueno, me alegro de que no lo estés, tío —dijo Tom, estirándose detrás del asiento para darle una palmada en el hombro a Danny.

—Gracias, ¿pero te importaría conducir? Estoy jodidamente incómodo aquí abajo.

—Claro —dijo Tom con una sonrisa. Condujo lentamente hacia delante, esperando a que el agente de policía levantara la cinta policial acordonada para que pudiera pasar por debajo. Una vez que se alejaron y quedaron fuera de vista, Danny se incorporó al asiento trasero.

—¿Y bien, qué ocurrió? —dijo Howard interrumpiendo la charla entre colegas.

—En cuanto Tom llamó, miré por la ventana y vi a Benton apuntando con un lanzacohetes hacia la casa. Mientras me lanzaba por la ventana trasera, el maldito artefacto me propulsó hasta el jardín de al lado. ¿Cómo sabías que venían? —preguntó Danny a Tom, mientras se tocaba el pelo chamuscado.

—El rastreador del teléfono que te di empezó a transmitir. Cuando revisé el maldito aparato, se dirigía directamente hacia tu casa. Dejé al equipo de asalto siguiéndolo después de llamarte. Encontraron el coche y el teléfono ardiendo a unos tres kilómetros de aquí, en Hackney Marshes. Los bomberos lo apagaron y llevamos los restos a la unidad forense.

—Joder, estos cabrones me están cabreando de verdad —dijo Danny, con un destello de ira recorriendo su rostro.

—Efectivamente. Me inclino a estar de acuerdo contigo —dijo Howard, marcando un número en su teléfono—. Buenos días, Edward. No, no, está muy vivo. Estamos de camino si pudieras despejarnos la entrada, por favor. Cuanta menos gente sepa que sigue vivo, mejor.

El resto del trayecto transcurrió en un incómodo silencio, cada uno de los tres hombres absorto en sus propios pensamientos, repasando mentalmente los acontecimientos de los últimos días, todos aún reflexionando sobre la incógnita de quién estaba detrás de todo aquello. Cruzaron el Támesis por el puente de Vauxhall, con

el impresionante edificio del SIS y las sedes del MI5 y el MI6 frente a ellos. Rodearon la parte trasera del edificio y descendieron por la rampa hacia el aparcamiento subterráneo. La seguridad los estaba esperando y bajó la barrera antiatraco. Tom continuó conduciendo y aparcó en la plaza indicada por dos hombres de Edward que los aguardaban. Los escoltaron hacia dentro y en el ascensor, evitando la recepción y el registro. Por una vez, Danny no protestó por coger el ascensor; simplemente se quedó al fondo, cabizbajo. Cuando la puerta se abrió, Edward estaba allí para recibirlos. Condujo a los hombres hasta la sala de crisis recién instalada, deteniéndose para extender la mano a Danny mientras este salía del ascensor.

—Me alegra que sigas con nosotros —dijo con una sonrisa.

—Gracias, Ed. ¿Hemos descubierto algo nuevo? —preguntó Danny, siguiéndole hasta la sala.

—Estaba a punto de llamar a patología para ver si han identificado los cuerpos del edificio de oficinas. Sírvete té o café, pareces necesitar una taza —dijo Edward, dejando a Danny mientras se dirigía a un escritorio con teléfono.

Danny se preparó un café cargado y caminó hacia una fila de pizarras portátiles. Estaban llenas de fotos sujetas con masilla adhesiva: Benton, Kristoff, Knowles y Mendes a un lado, con flechas que conectaban los rifles Pentic robados al terrorista Abdel Belhadj y a unos traficantes de armas rusos, Nikolai e Ivan Korentski.

Un conjunto de imágenes en un lado llamó su atención. Mostraban a un guardia de seguridad nocturno muerto, una ventana de oficina con un agujero circular cortado en ella, y una imagen de CCTV de una figura en motocicleta. La imagen del motorista con casco pasando junto a ellos cuando salían del solar de construcción cruzó por su mente. Todavía estaba estudiándola cuando Edward exigió la atención de todos.

—Bien, escuchad todos. Silencio —gritó, haciendo callar a la sala —. Hace una hora, un equipo de hombres haciéndose pasar por agentes del MI6 entró en nuestra unidad segura de patología y retiró los siete cuerpos de la morgue junto con su ropa, armas y cualquier objeto que llevaran. Presentaron identificación del MI6 y una orden firmada por mí para liberar los cuerpos. Esto, junto con el ataque

con cohetes a la casa de Daniel Pearson, que resultó en las muertes de Neil y Curtis, continúa indicando una organización criminal seria que va mucho más allá de las habilidades y capacidades de cualquier célula terrorista conocida que estemos monitorizando. El reloj está corriendo, caballeros. Tenemos un arma de pulso desaparecida colocada en un destino aún desconocido, programada para algún momento de mañana —dijo Edward, moviéndose hacia las pizarras. Señaló una borrosa imagen de CCTV de la furgoneta Transit con *ACM Event Management* rotulado.

—Tenemos un departamento entero examinando grabaciones de CCTV para encontrar adónde fue esta furgoneta después de salir de la unidad industrial en Guildford. Necesitamos urgentemente encontrar a los conductores, Peter Knowles y Miguel Mendes. Por último, después de encontrar el arma de pulso, la siguiente prioridad es encontrar el único vínculo que tenemos con la organización detrás de todo esto, el Comandante Rex Benton —dijo Edward golpeando la foto de Benton.

—Bueno, podéis olvidaros de Knowles y Mendes, están muertos. Estaban limpiando la casa cuando vinieron a por mí, Kristoff y Campbell. Benton no comete errores; los habrá matado después de la entrega —dijo Danny desde el fondo de la sala.

Todas las miradas de la sala se volvieron hacia él.

—Bien, considerando el marco temporal, concentraremos nuestros esfuerzos en rastrear los movimientos de la furgoneta, encontrar a Benton y a quien le da las órdenes —dijo Edward, rodeando a Benton con un rotulador.

—Mierda. Órdenes. Hamish dijo que recibía sus órdenes de un misterioso pijo de mediana edad, por correos electrónicos encriptados. ¿Dónde vivía Hamish? —dijo Danny moviéndose al frente junto a Edward.

—Liberaron a Hamish Campbell bajo licencia a la dirección de su hermana Alice en Stratford —llegó la voz de Howard desde la mesa del café.

—Déjame llevarme a Scott y ver si podemos conseguir los correos electrónicos y averiguar quién los envió —dijo Danny, repentinamente lleno de energía y ansioso por partir.

—No, enviaremos un equipo y a los técnicos —dijo Edward con desdén.

—Venga ya, Ed. Tus chicos no le llegan ni a la suela de los zapatos a Scott y lo sabes. Tú mismo lo has dicho, el tiempo es esencial —dijo Danny insistiendo en el punto.

—Daniel tiene razón —dijo Howard interviniendo.

Edward permaneció en silencio un momento mientras pensaba en las opciones. Finalmente cedió.

—Vale, coge a Scott y ve. Tom, ve con ellos, y tened cuidado con la hermana de Hamish. La policía local acaba de comunicarle la noticia de que su hermano está muerto.

Apenas esperando la respuesta de Edward, Danny ya estaba al teléfono marcando a Scott.

—Ante cualquier señal de problemas, avisad —gritó Edward tras él.

Danny agitó la mano en el aire en señal de reconocimiento mientras caminaba hacia la salida, seguido de cerca por Tom. Intentó esquivar a un nervioso Christopher Swash que se interponía en su camino, pero el tipo entró en pánico, se movió en la misma dirección y luego se detuvo. Danny le frunció el ceño. Swash tembló físicamente, apartándose lo más rápido que pudo. Danny salió, y la sala volvió al murmullo de actividad. Con un hilo de sudor nervioso corriendo por el lado de su cara, Christopher Swash se escabulló por la puerta sin que nadie lo notara.

CUARENTA Y CINCO

Rufus solo llevaba durmiendo unas pocas horas cuando sonó su línea privada. Se despertó y contestó en menos de dos timbrazos.

—¿Sí?

—Siento molestarle, General, hemos recibido un mensaje de Christopher Swash.

—Mmm, ¿qué quiere ese pequeño idiota quejica? —gruñó Rufus, molesto por haber sido despertado por culpa de Swash.

—Dice que Daniel Pearson sigue vivo y que se dirigen a la dirección de la hermana de Campbell para descifrar los correos electrónicos encriptados que usted le envió —dijo, bajando la voz hacia el final del mensaje mientras se preparaba para la reacción de Rufus.

—¿Qué? ¿Cómo demonios sigue Pearson con vida? Da igual. Los correos tienen encriptación de nivel militar, ¿verdad? Me aseguraron que no se pueden romper, ¿correcto? —bramó Rufus, afirmando más que preguntando al nervioso hombre.

—Eh, normalmente diría que sí, pero al parecer han conseguido la ayuda del experto informático de renombre mundial, Scott Miller.

—Cristo, estoy rodeado de idiotas. ¡Trae al Comandante y a West, YA! Estaré allí en quince minutos —gritó Rufus, colgando el teléfono de golpe sin esperar respuesta.

CUARENTA Y SEIS

Danny no pudo evitar sonreír cuando Scott salió de su apartamento y se apresuró hacia el coche, con una sonrisa entusiasmada en la cara y una bolsa para portátil colgada al hombro.

—Buenos días, colegas. ¿Vamos a atrapar a algunos malotes? —dijo Scott, saltando al asiento trasero.

—Tranquilízate, detective. Solo necesito que encuentres unos correos electrónicos —dijo Danny con una risita.

—Ah sí, pero son correos electrónicos encriptados, amigo. Por eso un cavernícola como tú necesita a un genio informático como yo —dijo Scott con cierta presunción.

—Vale, vale, todos estamos de acuerdo en que eres la hostia. ¿Podemos continuar con esto, por favor? —dijo Danny, indicando a Tom que condujera.

—Estamos un poco sensibles hoy, ¿eh? ¿Y qué le ha pasado a tu pelo? Un lado parece un estropajo.

—Lo siento, Scott, no dormir durante dos días y ser volado por los aires tiende a ponerme un poco gruñón —dijo Danny con sarcasmo mientras intentaba aplanar su pelo chamuscado.

—Disculpa aceptada —dijo Scott, sin captar en absoluto el tono, lo que hizo sonreír a Danny.

—Bien, ¿adónde vamos, Tom? —dijo Danny, volviendo al asunto que tenían entre manos.

—A Stratford, 7 Gibbins Road, llegaremos pronto. ¿Cuál es el plan?

—Entramos, enseñamos la placa del MI6, tú ofreces tus más sinceras condolencias —siendo el tipo blando y sensible que eres— mientras Scott hace lo suyo y yo husmeo entre las cosas de Hamish —dijo Danny en un tono exageradamente jovial, lanzando una sonrisa forzada hacia Scott.

—¿Así sin más? —dijo Tom.

—Sí, así sin más.

—Vale —dijo Tom siguiendo el navegador hacia la parte trasera de Stratford.

Condujeron a través de la extrema mezcla de grandes edificios modernos de cristal y acero construidos durante y después de la regeneración de la zona para los Juegos Olímpicos de 2012, y las viejas casas municipales y unidades industriales de décadas pasadas. Giraron en Gibbins Road, flanqueada por casas adosadas cuadradas de los años 60. Divisando el número siete, aparcaron detrás de un coche patrulla de la policía y salieron. Tom tomó la delantera, ya que parecía más creíble como agente del MI6 que el más rudo y ligeramente desaliñado Danny. Después de llamar, la puerta se abrió y una oficial de enlace familiar de mediana edad, que no llegaba al metro sesenta, los miró fijamente.

—Buenas tardes, Oficial... —dijo Tom, mostrándole su identificación.

—Cole señor, Brenda Cole, enlace familiar —dijo ella mirando más allá de Tom hacia Danny con el pelo chamuscado y Scott con su pelo desgreñado y traje Armani.

—Bien, Brenda, soy el Agente Trent y necesitamos hacerle algunas preguntas a la señorita Campbell sobre su hermano.

—Vale, deja que hable primero con ella —dijo volviendo hacia el interior de la casa. Regresó un minuto después y les indicó que la siguieran.

Tom entró primero, con Danny y Scott justo detrás. Siguió a Brenda hasta el pequeño salón donde Alice Campbell los observaba desde el sofá. Unos ojos verdes inyectados en sangre se fijaron en ellos a través de una larga masa de pelo rojo fuego con rizos

apretados. Incluso en su estado de angustia, Danny pensó que era una mujer impresionante.

—Lamento su pérdida, señorita Campbell. Soy el Agente Trent, del MI6. Estos caballeros son los Agentes Pearson y Miller. Sentimos molestarla tan pronto después del fallecimiento de su hermano, pero tenemos motivos para creer que hay información en el ordenador de su hermano que contiene la clave sobre quién lo mató. Mis colegas solo necesitan ver la habitación de su hermano —dijo Tom, manteniendo un tono suave y comprensivo.

—Sabía que el muy imbécil estaba metido en algo turbio, con todas esas salidas a horas intempestivas y los diferentes móviles. Le dije que no se metiera en líos —soltó ella, con los ojos llenándose de lágrimas de nuevo—. Arriba, la habitación de la derecha —añadió después de unos segundos.

Danny y Scott dejaron a Tom y a Brenda cuidando de ella y subieron. Aparte de un improvisado escritorio para ordenador hecho con un antiguo tocador, la habitación de Hamish era sencilla y austera. Tenía un pequeño armario con apenas un puñado de ropa, y una cómoda con ropa interior y un neceser. Scott se sentó frente al tocador y encendió los dos ordenadores diferentes y el portátil que adornaban la superficie.

—Tres ordenadores, colega, podríamos estar aquí un buen rato.

—¿No sería más fácil llevárnoslos? —dijo Danny, apartando la mirada de los cajones.

—Mmm, déjame intentarlo primero. Si no consigo nada en una hora nos los llevaremos a la sede.

—Haz lo que puedas, Scotty, el tiempo no es algo que nos sobre —respondió Danny sacando completamente los cajones para comprobar si había algo debajo. Gruñó frustrado y volvió a colocarlos, luego continuó registrando los bolsillos de la ropa en el armario.

—Vamos, Hamish, siempre tenías algo escondido en algún sitio para cubrirte las espaldas —murmuró para sí mismo.

—¿Hablando solo otra vez, Daniel? Es el primer síntoma de locura, ¿sabes? —dijo Scott por encima del hombro mientras tecleaba furiosamente en tres teclados diferentes.

Danny estaba a punto de contestar cuando su mano tocó algo duro en el bolsillo de una chaqueta. Cuando lo sacó, era una pequeña llave plateada con el número 197.

—Bingo —dijo, mirando fijamente la llave.

—¿Qué es? —dijo Scott, con el interés despertado.

—Parece la llave de una taquilla —respondió Danny, aún rebuscando en el armario. Al no encontrar nada más, sacó una bolsa deportiva del fondo del armario. Colocándola sobre la cama, Danny la abrió y sacó zapatillas de deporte, pantalones cortos y otro equipo de gimnasio. Estaba a punto de rendirse y devolverla al armario cuando encontró un recibo de una bebida proteínica en un bolsillo lateral. Al desdoblarlo, aparecieron las palabras *Gymbox, Chestnut Place, Westfield*. Su mente comenzó a trabajar mientras sostenía la llave en una mano y el recibo en la otra.

Ha escondido algo en una taquilla del gimnasio.

CUARENTA Y SIETE

Howard se sentó en la parte trasera de la sala de operaciones del MI6. Llevaba bastante tiempo allí, analizando todos los tableros e información mientras reflexionaba sobre los posibles sospechosos. Finalmente, Edward se acercó a él.

—Un penique por tus pensamientos —dijo, sacando una silla y sentándose a su lado.

—No estoy seguro de que te guste la respuesta —respondió Howard, inusualmente serio.

—Ponme a prueba.

—Por lo que veo, hay tres escenarios. Uno, Abdel Belhadj, o una de sus células escindidas, está recibiendo ayuda de un grupo muy organizado o de un gobierno, quizás los rusos o los chinos. O dos, todo esto está orquestado por otro país por razones que aún desconocemos —Howard hizo una pausa momentánea, con el ceño fruncido.

—¿Y tres? —dijo Edward, animándole a continuar.

—Tres, querido muchacho, es que una de nuestras propias agencias está trabajando con su propia agenda —dijo Howard levantándose de su asiento—. Discúlpame, Edward, necesito hacer una llamada.

—Sí, por supuesto —dijo Edward, viéndole marchar. Al volver su atención hacia el frente, se dio cuenta de que Christopher Swash le

observaba desde el otro lado de la sala. Cuando se percató de que Edward le había visto, giró nerviosamente la cabeza e hizo un pobre intento de parecer absorto en su pantalla de ordenador. Edward lo registró en su mente como algo extraño, y volvió a centrar su atención en las pizarras blancas del frente de la sala.

En el pasillo, Howard comprobó que estaba solo antes de hacer una llamada.

—Howard, qué placer inesperado.

—Buenas tardes, Rufus. Iré directo al grano. Estoy seguro de que has oído todo sobre el revuelo en la capital anoche.

—Por supuesto. No dirigiría una organización antiterrorista muy eficaz si no lo hubiera hecho, ¿verdad? —dijo el General con un aire de arrogancia.

—Exacto. Debido a la lista reducida de sospechosos con la capacidad para un ataque tan bien equipado y organizado, creo que deberíamos reunirnos. Después de todo, esto es tan embarazoso para el Proyecto Dragonfly como para los Servicios Secretos —dijo Howard, dejando las palabras flotando en el aire para ver cuál sería la reacción de Rufus.

—Mmm, me inclino a estar de acuerdo —dijo finalmente el General—. Tengo una reunión de emergencia con el Primer Ministro y Pringle justo después de su rueda de prensa en el Central Hall mañana, ¿por qué no te unes a nosotros allí? —continuó tras una pausa.

—Gracias, Rufus, nos veremos entonces.

—Bien. Después de todo, estamos en el mismo bando, ¿verdad, viejo amigo? —dijo Rufus colgando sin esperar respuesta.

—En el mismo bando. Mmm, no estoy tan seguro de eso —murmuró Howard para sí mismo. Caminó por el pasillo pensando durante un minuto o dos, y luego hizo otra llamada.

—¿Qué quieres, Howard? —respondió la voz áspera de Danny.

—Cuidado con el sentimentalismo, Daniel, la gente pensará que te importo —dijo Howard con humor impasible.

—Lo repetiré, ¿qué quieres, Howard? —fue la respuesta de Danny, tan áspera como la primera.

—¿Ha descubierto Scott algo ya?

—Espera —dijo Danny.

El teléfono quedó en silencio. Segundos después se oyó el tono melodioso de Scott.

—Howard, viejo amigo, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Habéis encontrado algo en casa de Campbell?

—Me temo que no. Los dos ordenadores no contienen nada de interés y la encriptación del portátil va a llevar tiempo descifrarla.

—Vale, traed el portátil y volved al cuartel general, mejor trabajáis en ello aquí.

—Como digas. Ah, Daniel quiere hablar contigo —dijo Scott, devolviéndole el teléfono a Danny.

—Escucha, he encontrado una llave de taquilla y un recibo de gimnasio entre las cosas de Hamish. Creo que el muy escurridizo ha escondido algo en su taquilla del gimnasio —dijo Danny.

—De acuerdo, envía a Scott de vuelta con Tom. Tú ve y sigue esa pista, a ver adónde te lleva —dijo Howard, haciendo una pausa en la conversación cuando Christopher Swash salió arrastrando los pies de la sala de incidentes y pasó lentamente junto a él en dirección a los aseos.

—Recibido —fue toda la respuesta de Danny, antes de colgar.

Howard deslizó el teléfono en su bolsillo, sin apartar la mirada de la puerta del aseo. Finalmente se dio la vuelta, volvió a la sala de incidentes y se dirigió a la máquina de café. Captó la atención de Edward, quien se acercó despreocupadamente hacia él.

—¿Alguna novedad? —dijo, cogiendo una taza y uniéndose a Howard.

—Nada en casa de Campbell. Tom trae de vuelta a Scott con un portátil que hay que descifrar, y Daniel ha ido al gimnasio.

—¿Eh? ¿Qué? No es momento para ponerse en forma —dijo Edward, con cara de sorpresa.

—No, ha encontrado una llave de taquilla en casa de Campbell y cree que puede haber escondido algo allí —dijo Howard con una sonrisa poco característica en su rostro.

—Mmm, no es mucho. Tenemos que darle la vuelta a esto, se nos acaba el tiempo.

—Cierto. Tengo una reunión de emergencia con el Primer Ministro, el Ministro de Defensa y el General McManus en Central Hall mañana por la mañana. Me gustaría mucho poder decirle que hemos encontrado el arma de pulsos desaparecida y tenemos a un sospechoso bajo custodia. Algo se nos escapa, Edward, la respuesta nos está mirando a la cara y no la ve— ¿Quién es ese? —dijo Howard, siguiendo con la mirada a Christopher Swash mientras volvía arrastrando los pies a la sala y se escurría hasta su escritorio.

—Christopher Swash, analista de datos. Tipo extraño —dijo Edward con curiosidad—. ¿Por qué?

—Si fuera un hombre suspicaz, juraría que me está espiando.

—Howard, eres un hombre suspicaz —le respondió Edward.

—Sí lo soy, Edward. Hazme un favor, vigila a ese.

CUARENTA Y OCHO

—Os veré a los dos en el cuartel general —dijo Danny despidiéndose de Tom y Scott desde la puerta de los Campbell.

Volvió a entrar y pasó junto a Brenda, la oficial de enlace, para hablar con Alice.

—Señorita Campbell, ¿su hermano utilizaba un gimnasio llamado Gymbox? —dijo Danny con toda la suavidad que pudo.

—Eh, sí, los dos íbamos, está en el Centro Westfield, justo al otro lado de la pasarela en Jupp Road —dijo ella mirándole con unos penetrantes ojos verdes mientras se echaba hacia atrás su larga melena pelirroja rizada y señalaba hacia la parte trasera de la urbanización.

—Eh, perdón. ¿Utilizabais alguna taquilla? —balbuceó Danny, desconcertado por su aspecto. Ella pareció percibir su interés y le dedicó una tímida sonrisa.

—No, pero Hamish sí. Te dan una con la membresía oro; yo solo tengo la plateada, así que no tenía.

—Vale, muchas gracias. Os dejo con Brenda —dijo Danny, dándose la vuelta.

Un movimiento al otro lado de la calle captó su atención a través de la ventana del salón. Brenda estaba diciendo algo detrás de él mientras observaba a dos figuras que se escondían en la esquina de la casa de enfrente. Iban vestidos como policías armados, pero

Danny estaba seguro de que no lo eran. Giró rápidamente la cabeza hacia el otro extremo de la hilera de casas adosadas para ver a otros dos en aquella esquina, con rifles semiautomáticos MP5 levantados y las gorras bajadas hasta las gafas de sol, por lo que no podía ver sus rostros con claridad. Con los sentidos en alerta, Danny tuvo la fuerte sensación de que Benton y West estaban ahí fuera. Levantándose la camisa por detrás, sacó su Glock 17 de la funda del cinturón.

—Tenemos que irnos, ahora —dijo a las mujeres sorprendidas.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué ocurre? —balbuceó Brenda girándose y acercándose a la ventana.

—No, no te acerques...

Las balas silenciadas atravesaron el cristal con un ping y un pop, alcanzando a Brenda en el pecho y derribándola como si la hubiera jalado una cuerda invisible. Estaba muerta antes de tocar la alfombra.

—Por la parte de atrás, ¡ahora! —gritó Danny, agarrando a Alice del brazo y sacándola a rastras del salón mientras ella chillaba.

Dirigiéndose a la puerta trasera, Danny vio una sombra oscura a través del cristal esmerilado. Al girarse, la forma borrosa de un rifle era claramente visible. Sin dudar, Danny disparó tres balas a través del cristal, acertando a la sombra en el centro de la cabeza. Abrió la puerta mientras el cuerpo caía hacia él. Viendo a un segundo tirador a su izquierda, atrapó al hombre muerto, haciéndole girar hacia su compañero cuando este abrió fuego. El cuerpo se sacudió con el impacto, el chaleco antibalas impidiendo que las balas lo atravesaran completamente hasta alcanzar a Danny.

Balanceando el brazo con la pistola bajo la axila del hombre, Danny se asomó por encima de su hombro para apuntar y disparó una bala en la frente del segundo tipo. Dejando caer a su escudo humano, Danny estiró el brazo y agarró la muñeca de Alice, arrastrando su cuerpo tembloroso y conmocionado hacia la puerta.

—¿Cómo salimos de aquí? ¿Dónde está la pasarela? —dijo Danny con firmeza, asegurándose de mantener contacto visual para que entendiera bien la pregunta.

—Dios mío, Dios mío. Eh, por la verja y a la izquierda cruzando Jupp Road —dijo ella, nerviosa.

Tirando de ella hasta casi levantarla del suelo, Danny se precipitó hacia la puerta del jardín. Al abrirla, asomó rápidamente la cabeza para echar un vistazo al callejón, mientras el sonido de la puerta principal siendo derribada a sus espaldas le obligaba a continuar. El callejón estaba despejado, así que se dirigió a la izquierda, aún sujetando con fuerza a Alice.

—¡Ay, me estás haciendo daño! —gritó ella, deteniéndolo en seco.

—Lo siento. Mira, tenemos que ir a un sitio público, con mucha gente. ¿Vale? —dijo Danny, esforzándose por sonar suave y paciente mientras buscaba con la mirada a los asesinos armados.

—¿Quiénes son? ¿Por qué te disparan? —preguntó ella, confundida.

—Nos disparan a nosotros, Alice. Mataron a tu hermano y quieren matarnos a nosotros por si nos contó algo. Te lo explicaré todo más tarde. Ahora tenemos que irnos —dijo Danny mirándola directamente. Sus facciones cambiaron cuando el instinto animal de supervivencia se activó y su fuerza interior creció.

—Vale —dijo ella con un gesto de asentimiento.

—Bien, mantente cerca detrás de mí y haz exactamente lo que te diga. Vamos.

Con eso, Danny avanzó por el callejón caminando rápido, casi trotando. Girando la cabeza hacia atrás, esperaba ver a un pistolero saliendo por la puerta del jardín en cualquier momento. Redujo la velocidad, listo para echar un vistazo furtivo desde el callejón hacia Jupp Road. A dos pies de la salida, el cañón de un rifle seguido por otro pistolero con un uniforme falso de policía apareció. Danny apartó el rifle a un lado con su mano armada mientras el hombre apretaba el gatillo, enviando una bala silenciada zumbando junto a su oreja. Avanzando con toda su fuerza y peso corporal, Danny le dio un puñetazo directo en la nuez de Adán, aplastándole la tráquea. El hombre cayó, soltando todo para agarrarse el cuello con sus manos enguantadas en un intento fútil de volver a abrir su vía respiratoria.

Danny se agachó y cogió la Glock del hombre de su funda, deslizándola en la funda de su cinturón. Exploró Jupp Road pero no

pudo ver a ninguno más. Girándose, Danny le hizo señas a Alice para que se acercara. Mientras ella se movía, vio una figura detrás de ella asomando la cabeza por la puerta del jardín. Extendiendo el brazo, Danny disparó un par de veces para mantenerlos a raya mientras cruzaban la calle. Subieron corriendo por el puente peatonal metálico con las vías del tren debajo que iban hacia y desde la estación de Stratford. La entrada al Centro Comercial Westfield estaba justo más allá de la estación, a cincuenta metros. Mirando detrás de él antes de bajar por la rampa del otro lado, Danny pudo ver a dos hombres siguiéndoles mientras los otros metían los cuerpos en furgonetas, cerraban las puertas de golpe y salían a toda velocidad de la urbanización.

Darán la vuelta e intentarán cortarnos el paso en una zona de muerte.

—Tenemos que movernos —dijo Danny metiendo la pistola en la parte trasera de sus vaqueros junto a la que llevaba enfundada, cubriendo ambas con su camisa. Danny echó a correr, y al acercarse a la estación comprobó que Alice le seguía, complacido de ver que mantenía el ritmo sin esfuerzo. Era ágil y atlética y obviamente una de esas personas que realmente usa su abono del gimnasio. Corrieron alrededor de la terminal de autobuses y pasaron la entrada de la estación de tren. Redujo la velocidad al comenzar a subir las escaleras, mezclándose con el flujo de compradores mientras se dirigían a la entrada del Centro Comercial Westfield. Danny miró hacia atrás al puente peatonal que acababan de cruzar. Una de las furgonetas se detuvo y los dos hombres que les habían seguido se metieron en la parte trasera. Girando la cabeza hacia el otro lado, Danny vio la otra furgoneta. Sus puertas se abrieron y bajaron tres hombres. Se habían quitado la armadura corporal, los gorros y los rifles en favor de chaquetas ligeras y gafas de sol. Incluso desde esa distancia, el ojo entrenado de Danny pudo detectar las pistolas enfundadas. Al llegar a lo alto de las escaleras, se volvió nuevamente hacia la primera furgoneta y vio la misma escena: dos tipos bajando, con chaquetas y gafas de sol. Benton y West.

—Vamos —le dijo a Alice.

Se dieron la vuelta y caminaron con calma hacia la entrada del Centro como cualquier otro comprador. Alice se acercó a su lado y, inesperadamente, le agarró la mano mientras caminaba pegada a él. Él le sonrió para tranquilizarla, ocultando sus sentidos en máxima alerta y la adrenalina que recorría su cuerpo. Al pasar por la entrada, Danny los condujo hacia el mostrador de información y cogió un plano del Centro.

CUARENTA Y NUEVE

Rufus arrebató el auricular que uno de sus subordinados le ofrecía con timidez. Colocándoselo en la cabeza, recorrió con la mirada las imágenes de las cámaras intervenidas que rodeaban el moderno centro comercial de Stratford.

—Comandante, infórmeme, ¿qué demonios está pasando? —exigió.

Un ruido estático seguido de algo de viento y respiración crepitó a través de los altavoces antes de que la voz entrecortada del Comandante se abriera paso.

—Pearson ha escapado con la hermana de Campbell, van a pie y acaban de entrar en el Centro Comercial Westfield. Estamos en su persecución —dijo Benton, obviamente en movimiento.

—No tengo por costumbre repetirme, Comandante, así que le diré esto por última vez. Mate a Pearson y recupere todo lo que haya conseguido de la casa de Campbell —dijo el General, algo más calmado.

—¿Y la chica?

—Mátela.

—Sí, señor —respondió Benton sin titubear.

—Y, Comandante, hágalo rápidamente. El Proyecto Dragonfly no puede intervenir y cerrar la seguridad en un lugar público de ese tamaño. Habría demasiadas preguntas y una investigación. Estáis por vuestra cuenta.

—Sí, General —fue la respuesta inexpresiva de Benton.

Rufus dio la espalda a las pantallas, se quitó los auriculares y se los devolvió bruscamente al hombre, haciéndole saltar. Dirigiéndose hacia el fondo de la sala y lejos de oídos indiscretos, realizó otra llamada. Respondieron al segundo tono.

—Sí.

—Pearson y la hermana de Campbell han escapado. El Comandante se ha convertido en un lastre. Proceda según lo planeado, y Hawk, asegúrese de recuperar cualquier información que hayan conseguido de Hamish Campbell. ¿Está claro?

—Cristalino, General. ¿Ubicación? —dijo Hawk sin acento ni emoción perceptibles.

—Están en Stratford, Centro Comercial Westfield.

—Estaré allí en siete minutos —concluyó Hawk, con el rugido de su motocicleta ahogando cualquier otro sonido antes de colgar.

El General permaneció un momento de pie, con la mente acelerada, evaluando y reevaluando la misión. Seguía considerando altas sus probabilidades de éxito.

Howard, el Primer Ministro y ese idiota de Pringle serán eliminados por el arma de pulso mañana. La culpa recaerá completamente sobre Jarrel Belhadj. Una vez que Pearson sea neutralizado y el Comandante Benton sea retirado, enviaré a Hawk para que se ocupe del último cabo suelto, ese imbécil llorón de Swash.

Estimulado por su propia charla mental motivadora, Rufus marchó hacia el frente de la sala y chasqueó los dedos al tipo de los auriculares, quien volvió a la acción de un salto y se los entregó.

—Informe de situación, por favor, Comandante.

—West y yo hemos entrado en el Centro por la entrada principal. Fisher y Martel se dirigen a la entrada por el hotel Holiday Inn, mientras que Butler cubre la entrada más alejada, junto a John Lewis.

—Excelente, estamos conectando con el sistema de CCTV del Centro ahora mismo. Le actualizaré en cuanto tenga una

identificación positiva y ubicación —dijo Rufus, ganando confianza por momentos.

—Recibido, a la espera de instrucciones.

CINCUENTA

Tras un rápido estudio del plano del Centro, Danny tomó la mano de Alice y caminó relajado y con confianza por las tiendas y entre los compradores como lo haría cualquier pareja. Su confianza se contagió un poco a Alice, quien se aferró a su brazo mientras avanzaban. Le habría gustado que el Centro estuviera abarrotado de gente para poder desaparecer entre la multitud, pero solo estaba medio lleno; aun así, había suficientes compradores como para saber que los hombres de Benton no abrirían fuego en las zonas públicas. El pasillo principal recorría todas las tiendas en una larga curva con una planta inferior y otra superior. Justo antes de avanzar demasiado por el pasillo, donde su forma les impediría ver la entrada, Danny metió a Alice en la entrada de Skechers y estiró el cuello hacia atrás. Sus ojos se movieron rápidamente, escaneando de rostro en rostro en milésimas de segundo, confiando en que sus sentidos identificarían a cualquiera de los pistoleros. Los localizó enseguida: Benton y West. Estaban completamente inmóviles escrutando a la multitud, con rostros vacíos de emoción, calculadores. Benton se llevó la mano al auricular para escuchar y luego, como atraído por un imán, miró directamente a Danny.

—Vámonos —le dijo a Alice, tirando suavemente de ella para volver entre la multitud y alejarse de Benton. Danny mantenía la mirada fija en el punto medio de la curva, donde un pasillo se

desviaba hacia la izquierda, conduciendo a una salida hacia el hotel Holiday Inn, los restaurantes y la entrada al Parque Olímpico. También era la dirección de Gymbox y la taquilla de Hamish. Una rápida mirada hacia atrás le confirmó que Benton y West les seguían a unos cincuenta metros. Al llegar a la intersección de los pasillos, Danny giró para dirigirse hacia Gymbox. Antes de que pudiera avanzar más de medio metro, vio a Fisher y Martel entrando por la puerta que tenían delante. La boca de Fisher se movió mientras se comunicaba con la voz al otro lado del auricular; igual que Benton, sus ojos encontraron a Danny demasiado rápido. Haciendo girar a Alice, volvió sobre sus pasos. Una mirada a su derecha le confirmó que Benton se acercaba y, con una mirada a la izquierda, distinguió los movimientos metódicos de Butler aproximándose desde la entrada más alejada. Danny no miró hacia atrás. Sabía que Fisher y Martel se estaban acercando. Al levantar la vista hacia las cámaras de seguridad con domo negro de 360 grados, confirmó sus temores.

Están conectados al circuito cerrado del Centro. Pero no tendrán acceso a las cámaras individuales de las tiendas.

Sin dudar, Danny llevó a Alice al interior de la tienda Primark. Se abrió paso entre las filas de ropa de hombre y mujer, bolsos y zapatos. En la zona de asientos de la sección de calzado, Danny hizo girar a Alice y la sentó.

Inclinándose hacia ella, le susurró al oído:

—Quédate aquí, volveré en un minuto.

Cuando ella le agarró del brazo con los ojos abiertos de pánico, Danny le sonrió y se inclinó de nuevo.

—Tranquila, voy a igualar las probabilidades. Volveré, te lo prometo.

Le dejó ir a regañadientes. Él le guiñó un ojo y se dio la vuelta. Caminando ligeramente encorvado, Danny mantuvo la mirada justo por encima de los estantes de ropa mientras localizaba a Fisher, Martel y Butler entrando en la tienda. Se separaron a medida que avanzaban en la tienda, en una formación de barrido predecible. Benton y West no entraron en la tienda. Danny no se sorprendió, probablemente bajarían para entrar por la planta inferior. Al pasar por un estante de gorras de béisbol y sombreros para el sol, Danny

cogió una gorra de béisbol y se la puso, bajándola hasta casi tapar sus ojos. Desde su posición, no verían lo suficiente para identificarle. Mirando el soporte del que colgaban las gorras, Danny tiró una fila de ellas al suelo y desenganchó la varilla de acero dentada de treinta centímetros de su ranura en la pared de estanterías. Colocó la parte plana en la palma de su mano y cerró el puño, con la varilla acanalada sobresaliendo entre sus dedos corazón e índice como una navaja improvisada.

Dirigiéndose hacia Fisher en el extremo izquierdo, Danny se hundió por debajo de la parte superior de los percheros como un tiburón depredador sumergiéndose bajo la superficie del agua. Cuando Fisher se acercó a unos tres metros, Danny retrocedió entre una fila de abrigos, desapareciendo hacia el fondo. Cuando vio a Fisher a través de su estrecha franja de visión, Danny se lanzó hacia adelante, clavando la barra metálica en la cara interna del muslo de Fisher. Sujetada firmemente en su puño, la barra desgarró la carne, seccionando la arteria femoral de Fisher. Al sacar la barra, desató un río imparable de sangre. Mirando hacia abajo con sorpresa, miedo y confusión, Fisher se agarró la herida en pánico. Danny soltó la barra y agarró la parte superior de la ropa del debilitado Fisher, arrastrándolo entre los abrigos. Tapándole la boca con una mano, Danny sujetó a Fisher con fuerza. Forcejeó un poco, pero la pérdida de sangre fue tan rápida que su presión arterial cayó en picado y se desmayó. Dejando a Fisher en medio de los abrigos, Danny retrocedió y arrastró todo el perchero hacia él lo suficiente como para ocultar el charco de sangre que se formaba.

Echó un vistazo rápido por encima del expositor y localizó a Butler en el lado opuesto, junto a los probadores. Haciendo un amplio arco más allá de la entrada, Danny mantuvo un ojo en la espalda de Martel y el otro en Butler, que había entrado en los probadores. Cogiendo un par de camisas florales horrendas, Danny se deslizó dentro de los probadores sosteniéndolas en alto para ocultar su rostro.

—Disculpa, colega, ¿puedo probarme estas? —dijo Danny con su mejor imitación de cliente impaciente.

Butler salió de un cubículo y se giró sin alarmarse. Lanzando las camisas hacia delante sobre la cabeza de Butler, Danny estrelló su puño contra la cara de Butler, destrozándole la nariz a través de las prendas y haciéndole retroceder hacia un cubículo. Cuando Butler cayó de espaldas, Danny tomó carrerilla y le pateó los testículos con todas sus fuerzas, deslizándolo por el suelo laminado hasta que chocó contra el espejo. Sacando la pistola de sus vaqueros, Danny utilizó la dura culata metálica para golpear repetidamente a Butler en la cabeza hasta que dejó de moverse. Quitándole las camisas de encima, Danny retrocedió cerrando la puerta del cubículo tras él. Hurgando en su bolsillo en busca de una moneda, la introdujo en la ranura del cerrojo exterior y la giró para asegurar el cubículo. Una dependienta había regresado a la entrada de los probadores cuando él salía. Le dedicó una de sus mejores sonrisas, leyendo su placa identificativa mientras se acercaba.

—¿Todo bien? —dijo ella, devolviéndole la sonrisa.

—Tengo mis momentos, Sandra. Pero me temo que las camisas no me quedaban bien —dijo Danny, haciendo que se sonrojara mientras le entregaba la ropa.

De vuelta en la planta de la tienda, vio a Martel acercándose a la sección de zapatos y a Alice. Moviéndose lo más rápido que pudo sin correr, Danny zigzagueó entre los percheros. Cuando se acercaba a Martel, un grito resonó por toda la tienda cuando un cliente descubrió el cuerpo ensangrentado de Fisher. Todos, incluido Martel, se giraron para mirar en dirección al ruido. Aprovechando la distracción, Danny se acercó lo suficiente para agarrar a Martel por el cuello antes de que descubriera a Alice sentada frente a él. Con un giro de poder monumental, le rompió el cuello, dejándolo sin vida entre sus brazos. Deslizándolo sobre el asiento, Danny lo apoyó contra un estante de zapatos y lo dejó allí. Alice se había llevado una mano a la boca y miraba a Danny, temblando.

—Está bien, no dejaré que te pase nada. Ahora tenemos que salir de aquí —dijo tendiéndole la mano.

Temblorosa, la tomó y se movió con Danny mientras él se dirigía hacia las escaleras mecánicas. Mientras el alboroto crecía alrededor

del cuerpo de Fisher, Danny y Alice desaparecieron silenciosamente de la vista en la escalera mecánica hacia el piso inferior.

CINCUENTA Y UNO

Danny localizó a Benton y a West fácilmente en la entrada del nivel inferior de la tienda. Les dio la espalda y agachó la cabeza para evitar que vieran a Alice mientras descendían los últimos escalones de la escalera mecánica. Mirándole hacia arriba, Alice deslizó su mano por el lateral de su cara. Ignorando la confusión de Danny ante su gesto, continuó hacia arriba y le quitó la etiqueta de la gorra de béisbol robada. Sosteniéndola frente a él, sonrió dulcemente, sus ojos verde esmeralda fijos en los suyos. Danny luchó contra la atracción que sentía por ella; ahora no era el momento.

—Va a haber una estampida, así que mantente cerca y sigue mi ejemplo —dijo, aliviado al ver que Alice mantenía la compostura mientras asentía.

Bajaron de la escalera mecánica y Alice siguió a Danny por un lateral hasta un punto donde una columna, los percheros y el lateral de la escalera mecánica les ocultaban de la vista de los compradores, las cámaras y la entrada.

—Prepárate —dijo Danny. Sacó la Glock que había quitado al hombre en Judd Road y descargó todo el cargador contra la pared de enfrente, dejando caer el arma vacía cuando terminó.

El efecto fue instantáneo. Tras los ensordecedores disparos, los compradores soltaron todo y echaron a correr. Las familias agarraron

a sus hijos, y los gritos y alaridos resonaron por toda la tienda. Danny salió de detrás de la columna con Alice a remolque.

—¡Salid, AHORA! Hay un tipo ahí atrás con una pistola. Salid, salid —gritó Danny a pleno pulmón.

Extendiendo la mano hacia atrás, sintió el reconfortante agarre de la mano de Alice en la suya. Firmemente unidos, se metió en medio del embotellamiento de gente presa del pánico y se abrieron paso hasta la salida de la tienda y hacia el pasillo de la planta baja. Danny no podía ver a Benton; habría sido obligado a retroceder o quizás hubiera abortado la misión.

El centro comercial estaría plagado de policías armados en menos de diez minutos. Danny localizó a West no muy lejos delante de él; intentaba abrirse paso entre la multitud hacia las escaleras mecánicas y la salida. Empujando hacia delante, Danny apartó a los compradores y se lanzó contra West, tomándolo completamente por sorpresa. Agarrándolo de la chaqueta, Danny estrelló su frente contra el puente de la nariz de West, aplastando hueso y cartílago que cedieron y comenzaron a sangrar profusamente. Mientras West caía, Danny le propinó una fulminante combinación de puñetazos en el cuerpo y la cabeza. Cayó al suelo con fuerza, aturdido y confuso mientras Danny abría la cremallera de su chaqueta para exponer su pistola.

—¡Rápido, ayudadme a sujetarle, es el hombre armado! —gritó Danny a pleno pulmón. La mayoría les dio un amplio margen, temerosos de involucrarse, pero según pasaban los segundos, dos tipos y un guardia de seguridad del centro agarraron a West y se arrodillaron sobre él, inmovilizándolo.

Tan rápido como había atacado a West, Danny retrocedió entre la multitud. Agarró la mano de Alice y la condujo hacia las escaleras mecánicas. En cuestión de segundos, giraron por el pasillo y salieron por el Holiday Inn. Los ojos de Danny recorrieron la multitud de izquierda a derecha buscando a Benton o a sus hombres. Al no aparecer ninguno, guio a Alice hacia el gimnasio.

Las sirenas sonaban en el aire, haciendo que los clientes de cafeterías y restaurantes miraran hacia las hordas de compradores que abandonaban el centro en pánico. Lejos del caos, Danny echó

un último vistazo alrededor antes de seguir a Alice al interior del gimnasio. Componiendo su mejor sonrisa amistosa, Danny se acercó a la recepción dispuesto a engañar para entrar. Alice se adelantó antes de que llegara y sonrió al joven musculoso que estaba en el mostrador.

—Hola, Reese. Me he dejado el monedero en la taquilla de mi hermano y llevo el pase del gimnasio dentro. ¿Puedes dejarme pasar para cogerlo, por favor? —dijo dulcemente con ojos inocentes y abiertos.

—Sí, pasad —dijo Reese, obviamente interesado en ella, ya que no pudo abrir la barrera lo suficientemente rápido.

Danny la siguió por un pasillo hasta una fila de taquillas fuera de los vestuarios. Con la llave en la mano, siguió los números que iban en ascenso hasta llegar al 197 escrito en la llave.

—He aquí el momento de la verdad —dijo introduciendo la llave en la cerradura. Giró, y la taquilla se abrió. Tras una rápida mirada a ambos lados, Danny metió la mano y sacó una pequeña mochila negra. La abrió y encontró una carpeta de manila y media docena de memorias USB. Sacando la carpeta, Danny la abrió y echó un vistazo rápido. Estaba llena de fotos y fotocopias de correos electrónicos, así como copias de billetes de avión y pasaportes. Pasando más páginas, encontró las identificaciones falsas de ACM Event Management para Knowles y Mendes, y una orden de trabajo para una entrega en Central Hall, Westminster. Al caer en la cuenta, Danny la cerró y la guardó en la mochila. Se la colgó del hombro con una sola correa y cerró la taquilla.

—Vamos a llevarte a un lugar seguro —le dijo a Alice.

—¿Dónde es eso? —respondió Alice con expresión preocupada.

—Tengo que llevar esto al cuartel general del MI6 inmediatamente y arreglaremos todo lo demás desde allí, ¿de acuerdo?

Ella asintió y siguió a Danny fuera del gimnasio. Él ignoró a la multitud y a la policía que quedaban atrás en el centro comercial, mientras acordonaban la zona para que un equipo de respuesta armada se ocupara de los cadáveres en Primark, arrestando a West y al semiconsciente Butler para llevarlos a un interrogatorio.

Caminando en dirección opuesta, Danny y Alice giraron por Westfield Avenue y pararon el primer taxi que pasó.

CINCUENTA Y DOS

Scott y Tom llegaron al cuartel general del MI6. Pasaron el control de seguridad y subieron en el ascensor hasta la sala de crisis. Indicaron a Scott la dirección de los jóvenes técnicos de Edward, entusiasmados por la oportunidad de trabajar con Scott Miller, el mundialmente reconocido experto en informática. Scott, por su parte, se deleitaba con la atención.

—Buenas tardes, caballeros, ¿podríais facilitarme algo de espacio en una mesa, un par de monitores y un teclado con ratón, por favor? —dijo sonriendo mientras se apartaba el flequillo de pelo color arena de los ojos. Los técnicos se levantaron inmediatamente de sus sillas y cumplieron con las peticiones de Scott.

—Excelente. ¿Os gustaría aprender cómo romper una contraseña cifrada de 128 bits en menos de veinte minutos?

Colocando el portátil de Hamish sobre la mesa, Scott conectó el suyo y varios teclados y monitores. Apenas había tenido tiempo de empezar cuando comenzaron a sonar teléfonos por toda la sala. Antes de que Howard y Edward pudieran averiguar qué estaba ocurriendo, sonaron también sus móviles. Scott observó cómo la gente colgaba y descolgaba teléfonos, y empezaba a entrar y salir de la sala con determinación.

—Dime, Edward, viejo amigo. ¿Qué está pasando? —preguntó Scott, tocando el brazo de Edward.

—Hay informes de disparos en la dirección de Campbell y tiroteos en el Centro Comercial Westfield. Lo siento, Scott, tengo que irme —dijo Edward, despachando a Scott y dirigiéndose hacia Howard.

—¡Escuchadme todos! Las unidades de respuesta armada están en camino. Quiero tres equipos de agentes allí abajo, como ayer mismo. ¡Vamos, moved el culo! —gritó Edward a la sala.

—¿Alguna noticia de Daniel o la señorita Campbell? —preguntó Howard a Edward.

—No, los primeros informes indican que hay al menos dos cadáveres en el centro comercial. Aún sin identificaciones positivas.

—Mmm, ve tú para allá, Edward. Yo me quedaré aquí para ver si localizan la furgoneta desaparecida de ACM Transit, y averiguar qué puede hacer el señor Miller con el portátil de Hamish. Después de todo, el tiempo se agota y todavía tenemos un arma letal desaparecida programada para detonar mañana —dijo Howard con ligereza como si estuviera discutiendo planes para el almuerzo.

El rostro de Edward se descompuso cuando el recordatorio llevó la gravedad de la situación al frente de su mente.

Mientras estaban allí parados, Christopher Swash pasó junto a ellos, con el abrigo puesto pues se marchaba por la noche. Al notar que Howard y Edward le miraban, nerviosamente les dio las buenas noches.

—Buenas noches —respondió Edward mientras Christopher desaparecía por la puerta.

—¿Encontraste algo sobre nuestro amigo? —preguntó Howard.

—Sí, parece que está demasiado familiarizado con las casas de apuestas —dijo Edward arqueando las cejas.

—¿Cuánto de familiarizado?

—Unos veinte mil libras de familiarizado —dijo Edward con sequedad.

—Mmm, un objetivo perfecto para la manipulación. Vamos a mantener una pequeña charla con el señor Swash por la mañana.

—De acuerdo, me voy a Stratford. Te mantendré informado —dijo Edward mientras salía por la puerta.

CINCUENTA Y TRES

Benton salió del Centro en cuanto oyó disparos y vio las multitudes de compradores aproximándose. Ya había cruzado el puente peatonal y bajado las escaleras junto a la estación de tren de Stratford cuando sonaron las sirenas de la policía anunciando su inminente llegada. Una de las furgonetas ya había evacuado la zona mientras la otra aguardaba nerviosa, esperando a que algún miembro del equipo saliera antes de que llegara la policía. Asomándose por la ventanilla, el conductor divisó a Benton y le hizo señas para que se acercara.

—Date prisa, tenemos que largarnos de aquí —dijo con urgencia mientras Benton subía al asiento del copiloto.

Nada más cerrarse la puerta, la furgoneta arrancó. Benton podía sentir un malestar en el vehículo. El conductor y Tillman en la parte trasera parecían tensos, inquietos en sus asientos.

—El General quiere que volvamos a la base —dijo finalmente el conductor.

La mano de Benton se crispó y luchó contra las imágenes del sótano provocadas por la atmósfera y el confinamiento de la furgoneta. Había fracasado en matar a Pearson y obtener cualquier información que Hamish hubiera escondido. El General había ordenado su eliminación. Podía sentirlo. Lo llevarían a algún lugar tranquilo y lo ejecutarían. Moviendo los ojos pero no la cabeza, miró de reojo al espejo lateral. La segunda furgoneta se había colocado

detrás de ellos, la idea del General de tener un respaldo. El olor fantasma llenó sus fosas nasales, el amoniaco rancio y ardiente de su propia orina y excremento. Desvió la mirada al espejo central del parabrisas. La imagen de uno de sus torturadores del ISIS ocupó el lugar de Tillman. Benton tuvo que apretar los ojos para ahuyentarla. Al abrirlos, vio a Tillman mirando la parte posterior de su cabeza, con la mano dentro de su chaqueta agarrando la culata de su pistola.

La furgoneta se dirigió hacia una zona industrial deteriorada, el escenario perfecto para el asesinato. Sin hacer movimientos alarmantes, Benton rodeó su cintura con el brazo empuñando su propia pistola. Ajustó sutilmente el ángulo hacia atrás y disparó tres veces. Las balas atravesaron el respaldo del asiento, alcanzando a Tillman en medio del pecho. Benton ya tenía su arma en la sien del conductor antes de que Tillman se desplomara en el suelo de la furgoneta. El conductor abrió la boca para decir algo, pero a Benton no le interesaba nada de lo que pudiera decir y apretó el gatillo. La bala atravesó la cabeza del conductor, volando un gran trozo del otro lado al salir, destrozando la ventanilla del lado del conductor. Agachándose, Benton tiró del freno de mano y se preparó mientras las ruedas traseras de la furgoneta se bloqueaban, haciendo que se detuviera en seco. Saltando a la parte trasera, cogió uno de los rifles carbine semiautomáticos MP5 del equipo y corrió hacia las puertas traseras. Pateó el tirador de apertura, haciendo que las puertas se abrieran de golpe mientras saltaba fuera. Lo último que vio el equipo de la furgoneta que les seguía fue a Benton saliendo disparado por las puertas traseras con el rifle levantado y apuntando antes de vaciar un cargador entero contra su vehículo.

Benton permaneció inmóvil durante un segundo, con el rifle aún en alto, mientras un hilo de humo escapaba del cañón. La liberación de la furgoneta confinada al aire fresco proyectó imágenes de su escape del sótano a la brillante luz del sol de Afganistán. Dejando caer el arma, Benton apretó los ojos y cerró su temblorosa mano en un puño hasta que las imágenes desaparecieron.

—Pearson —se dijo a sí mismo entre dientes. Recomponiéndose, se giró y cerró las puertas de la furgoneta, luego caminó hacia la

puerta del conductor. Abriéndola, arrastró el cuerpo del conductor hasta el suelo y subió. Arrancando el motor, se alejó con calma, saliendo de la zona industrial para incorporarse a la carretera principal, respetando escrupulosamente el límite de velocidad mientras avanzaba.

CINCUENTA Y CUATRO

Cuanto más se alejaba el taxi del centro comercial, más disminuían los niveles de adrenalina de Danny. La intensa concentración y el esfuerzo físico del combate se nutrían de la adrenalina, pero una vez que esta desaparecía, el alivio y la fatiga se instalaban rápidamente. De repente, se dio cuenta de que Alice le sujetaba el brazo con fuerza, con su larga y rizada melena pelirroja apoyada en su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó él con suavidad.

—Creo que sí —respondió ella en voz baja, seguido de una larga pausa—. Gracias —dijo finalmente.

—¿Por qué? —replicó Danny, desconcertado.

—Por salvarme la vida —dijo ella, mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla.

—Ah, eh, vale —respondió Danny, avergonzado por el sentimiento pero extrañamente contento por la cercanía.

Continuaron conduciendo hacia el centro de Londres. Una serie de diferentes vehículos de emergencia pasaron rugiendo junto a ellos en dirección al Centro Comercial Westfield, disminuyendo hasta desaparecer cuanto más se alejaban.

—Joder, ¿qué hace este maldito payaso? —resonó la voz con marcado acento cockney del taxista. Delante de ellos, un camión había girado bruscamente para evitar un coche que estaba girando y había chocado contra los semáforos de un paso de peatones,

bloqueando la carretera mientras otros conductores tocaban el claxon y gritaban por las ventanillas de sus coches.

—Agarraos fuerte, voy a cortar por la calle Montague para rodearlos —dijo tocando el claxon con fuerza, obligando al coche de delante a avanzar para poder cruzar la carretera y tomar su desvío.

Por suerte, la carretera estaba despejada y tranquila. Circularon por la calle suburbana flanqueada por árboles, disminuyendo la velocidad ante los badenes colocados periódicamente a lo largo del camino. El taxista acababa de pasar uno junto a una calle a su derecha, cuando un camión rojo de Royal Mail se precipitó hacia ellos. Les embistió de lleno en un lateral sin frenar. El impacto dejó inconsciente al conductor y reventó las ventanillas mientras empujaba el coche lateralmente fuera de la carretera y a través de la acera. El golpe los detuvo en seco, dejándolos firmemente encajados entre un muro por un lado y la parte delantera del camión por el otro.

Tratando de sacudirse el zumbido de los oídos, Danny apartó a una Alice que chillaba para poder alcanzar la pistola en su funda detrás de él. La puerta del conductor del camión se abrió y la imagen de El Halcón con casco apareció en la parte delantera del taxi, entre el capó y el frontal del camión. Danny logró poner sus dedos sobre la culata de la Glock cuando El Halcón le apuntó al pecho con una delgada pistola de gas comprimido. Apretó el gatillo dos veces, movió el arma un par de centímetros y volvió a apretar. Danny sintió dos pinchazos agudos en el pecho y se dio cuenta de que Alice había dejado de gritar abruptamente. Sacando su pistola de la funda, la llevó frente a él. La cabeza le daba vueltas y, por más que lo intentaba, la Glock parecía haberse convertido en un objeto inamovible de enorme peso. Apretando los dientes, Danny lo intentó de nuevo. Su visión se volvió borrosa y su cuerpo se desplomó mientras perdía el conocimiento.

CINCUENTA Y CINCO

Tras aparcar la furgoneta en una tranquila calle residencial a un kilómetro de su casa en Hounslow, Benton se reclinó y esperó una hora hasta que se puso el sol. Hizo un recorrido que conocía bien, a través de urbanizaciones y callejones que conectaban hasta llegar a una calle paralela a la de su casa. Caminando hasta alcanzar la casa cuyo jardín colindaba con el suyo, Benton miró discretamente alrededor en busca de observadores. No había nadie a la vista. Atravesó con confianza la puerta lateral de la casa y se dirigió al jardín trasero. La luz de la cocina estaba encendida, pero con el jardín en penumbra, Benton dudaba que alguien del interior pudiera ver más allá del reflejo de su propia luz en la ventana.

Con una pequeña carrera previa y un ligerísimo impulso, Benton saltó en silencio la valla de dos metros, cayendo en cuclillas frente a la parte trasera de su casa. Permaneció inmóvil, oculto entre las sombras, observando y escuchando. Tácticamente era una estupidez, pero Benton necesitaba su bolsa de emergencia con dinero, pasaportes falsos, ropa y varias identificaciones. Estaba a punto de moverse cuando el olor y las imágenes de él colgado en el sótano de Afganistán relampaguearon en su mente. Benton mordió con fuerza su antebrazo; el dolor ahuyentó las imágenes mientras se hacía sangre. Había ocultado a todos su empeorante psicosis postraumática. El General le habría expulsado del Proyecto Dragonfly

de haberlo sabido. Pero ahora que estaba fuera, Benton tenía que afrontar que el problema estaba fuera de control y necesitaba ayuda.

Concentrado nuevamente en la casa a oscuras, se acercó a la puerta trasera y se agachó. Encendiendo la linterna del móvil, Benton revisó la parte inferior de la puerta. Frunciendo el ceño, iluminó el suelo y recogió la pequeña cuña de goma que siempre colocaba en el hueco inferior de la puerta para comprobar si alguien había entrado durante su ausencia. Apagando rápidamente la luz, colocó suavemente la oreja contra la puerta y escuchó. Nada, ni un sonido. Deslizándose por la pared trasera, Benton estiró el cuello y miró por la ventana de la cocina. Nada, todo oscuro y silencioso. Sacó un cuchillo comando de la funda de su cinturón y lo introdujo con fuerza en el sello de la ventana cerrada. Moviendo la afilada hoja, la empujó hacia el interior y maniobró para levantar el cierre, abriendo la ventana. Quedándose inmóvil como una estatua, Benton permaneció escuchando de nuevo. Satisfecho, dio un salto y se subió al fregadero antes de bajarse silenciosamente al suelo de la cocina. Encendiendo de nuevo la luz del teléfono, la dirigió hacia el interior de la puerta trasera. Un trozo de explosivo plástico con un detonador de mercurio le devolvió la mirada. Su mano tembló ligeramente mientras apagaba la luz. Se movió con cautela hacia el pasillo y comprobó la puerta principal para encontrar más plástico. Ignorándolo, continuó subiendo las escaleras y se deslizó sigilosamente en su dormitorio. Manteniéndose bien atrás en las oscuras sombras, Benton examinó la calle exterior. Distinguió la furgoneta azul aparcada un poco más arriba. Mientras observaba, apareció un pequeño punto rojo de un cigarrillo siendo aspirado. Un segundo después, una bocanada de humo salió por la ventanilla lateral abierta. Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de su boca.

Aficionados.

Manteniéndose en el centro de la habitación, Benton se dirigió al espejo de la pared. Deslizó su mano por el lateral y presionó un pequeño pestillo. El espejo estaba articulado por un lado y se abrió hacia la habitación revelando una gran caja fuerte empotrada. Al

abrirla, Benton cogió su bolsa de emergencia, más dinero en efectivo y un montón de teléfonos desechables. Metiéndolo todo en la bolsa, partió su antiguo móvil en dos y lo tiró dentro de la caja fuerte. No se molestó en cerrarla. No tenía sentido. Nunca volvería a este lugar.

De vuelta a la cocina, estaba a punto de salir por la ventana cuando se detuvo y se dirigió a la puerta. Desconectando el detonador del explosivo plástico y el disparador de mercurio, Benton retiró el dispositivo y salió por la puerta. Después de volver a saltar la valla, hizo una pequeña desviación antes de recorrer el kilómetro hasta su furgoneta robada. Arrancándola, condujo deliberadamente hacia su casa, reduciendo la velocidad al pasar junto a la furgoneta azul para lanzarles una mirada de reojo antes de acelerar. Observando por los retrovisores, Benton vio encenderse las luces de la furgoneta mientras arrancaban. La furgoneta se impulsó hacia delante en su persecución, antes de abrirse como una lata en una enorme bola de fuego al activar el interruptor de mercurio del trozo de explosivo plástico que Benton había deslizado bajo su parte trasera al salir. Mientras desaparecía en la noche, Benton repasó sus opciones.

Llamar a mis contactos y salir del país por la mañana, eso es lo que debería hacer. Pero antes tengo una deuda que saldar.

CINCUENTA Y SEIS

El Range Rover negro y grande del General entró silenciosamente por la puerta abierta del almacén abandonado. Salpicó al pasar por los charcos y serpenteó entre las columnas de hormigón antes de detenerse en el centro, orientado hacia la entrada. Permaneció allí esperando, con los brillantes faros de xenón proyectando sombras amenazadoras a través de las ondulantes nubes de humo del tubo de escape. Sin previo aviso, el sonido de un potente motor de moto retumbó contra las paredes, y un único faro atravesó la oscuridad desde la esquina más alejada del almacén. Se desplazó por el lateral del edificio antes de dar un rodeo y detenerse junto a la ventanilla trasera tintada del Range Rover.

Mirando hacia el coche, The Hawk observó a través de su propio visor negro y esperó pacientemente. La ventanilla del coche se deslizó suavemente hasta que apareció el rostro de Rufus. The Hawk levantó su visor lo justo para hablar, pero no tanto como para exponer más que su boca.

—Buenas noches, señor Hawk. ¿Tiene algo para mí? —dijo Rufus con un humor más jovial de lo habitual.

The Hawk bajó la cremallera de su chaqueta de motociclista de Kevlar y sacó el archivo de la taquilla de Hamish. Se lo entregó y volvió a subir la cremallera de la chaqueta.

—Espléndido, ¿y Pearson y la chica? —preguntó Rufus, con la mirada más penetrante mientras observaba fijamente el visor del casco, intentando vislumbrar al hombre que había dentro.

—Eliminados —respondió The Hawk secamente.

—Excelente. El pago estará en su cuenta dentro de una hora. Tengo otro trabajo si le interesa. El comandante Benton se ha convertido en un problema y está resultando un poco difícil jubilarlo.

—Londres está demasiado caliente ahora mismo y mis servicios son requeridos en el extranjero. Me temo que tendré que declinar esta vez —respondió The Hawk, con voz neutral e inexpresiva, ocultando su nacionalidad serbia.

—Muy bien, no se haga el extraño. Siempre puedo utilizar a un hombre con sus talentos —dijo Rufus mirando hacia delante sin esperar respuesta mientras pulsaba el botón para subir la ventanilla.

The Hawk bajó el visor del casco y aceleró delante del Range Rover. Salió del almacén justo por delante del coche del General y aceleró la moto a fondo, alejándose a toda velocidad en la distancia antes de que el coche hubiera abandonado la entrada.

CINCUENTA Y SIETE

Aturdido, Danny pudo sentir el movimiento antes de abrir los ojos, una suave vibración rítmica, baja y reconfortante. Con la cabeza embotada, se obligó a abrir los ojos, esperando encontrar alivio de la oscuridad y una respuesta a la pregunta de dónde estaba. Lo único que obtuvo fue confusión, ya que la negrura total se encontró con más negrura total.

Con sus sentidos y concentración reactivándose, Danny palpó a su alrededor. Estaba sobre algo grande y blando envuelto en plástico. Al mover la mano más allá, se echó hacia atrás bruscamente al tocar algo cálido y suave. Un murmullo le llevó a la conclusión de que era Alice. Tanteando el borde de aquello sobre lo que estaban tumbados, dedujo que debía de ser un colchón. Hubo una sacudida, una vibración y un tirón hacia un lado, lo que hizo que rodara hacia Alice. Ella respondió con un murmullo semiconsciente y pasó el brazo sobre él, abrazándolo con fuerza.

Ya con todas las neuronas funcionando, Danny dedujo que estaban en la parte trasera de un camión. Sin apartarse, rebuscó en sus bolsillos. Su pistola había desaparecido, lo cual no le sorprendió, pero encontró su móvil en el bolsillo interior de la chaqueta. Lo sacó y buscó a tientas el botón lateral para encenderlo. La pantalla se iluminó, lastimándole los ojos en la oscuridad. Cuando terminó de iniciarse, activó la linterna e iluminó el interior de un contenedor metálico. Al girar la luz, Danny pudo ver que estaban sobre un

montón de colchones nuevos rodeados por docenas y docenas de colchones más, también nuevos. Dirigió la luz hacia Alice. Su largo pelo rojo y rizado le ocultaba media cara mientras se acurrucaba contra su cuello. Con delicadeza, alargó la mano y le apartó el pelo para descubrir su rostro. Era hermosa, con la piel pálida y pecas en las mejillas. Como si fuera una señal, ella abrió los ojos, sus grandes pupilas oscuras contrayéndose ante la intrusión de la luz, dejando que los iris verde esmeralda brillaran mientras se enfocaban en Danny.

—Mmm, ¿estamos muertos? —dijo adormilada.

—Parece que no —dijo Danny con una sonrisa.

—Oh, bien. ¿Dónde estamos? —dijo, bostezando mientras los restos del tranquilizante desaparecían.

—En la parte trasera de un camión, rumbo a Manchester.

—Vale. ¿Qué? ¿Manchester? ¿Cómo lo sabes? —preguntó, sonrojándose al darse cuenta de que lo estaba abrazando.

Danny giró la luz mientras Alice se incorporaba. Había una gran etiqueta de entrega en el montón de colchones con las palabras Sleepwell, Tienda de Manchester escritas en ella.

—¿No podemos simplemente llamar pidiendo ayuda? —dijo mirando su teléfono.

—No, estamos dentro de un contenedor metálico, no hay cobertura. Tendremos que esperar hasta que se detenga y hacer mucho ruido. Si no, nos quedaremos aquí hasta que descarguen en Manchester.

—¿Por qué ese tipo no nos mató? —dijo frotándose los ojos.

—No tengo ni idea —respondió Danny, colocando el teléfono sobre el colchón y recostándose con las manos detrás de la cabeza —. Mejor nos ponemos cómodos, podríamos estar aquí un buen rato.

Alice lo miró con una sonrisa tímida. —Bueno, me alegro de que estés aquí conmigo —dijo, inclinándose y besándolo inesperadamente.

Sus labios eran suaves, cálidos e invitadores. Danny se descubrió respondiendo mientras la rodeaba con sus brazos. Pasó los dedos

por su largo cabello, sintiendo su cuerpo esbelto mientras se abrazaban.

CINCUENTA Y OCHO

Edward llegó al cuartel general del MI6 alrededor de las seis y media. Aunque vestía de traje como de costumbre, después de solo dos horas de sueño, las oscuras ojeras y la sombra de barba le delataban. Cuando entró en la sala de crisis, Howard le saludó desde la máquina de café. Llevaba el mismo traje que ayer, lo que llevó a Edward a creer que había estado allí toda la noche. En contraste con Edward, Howard de alguna manera se veía fresco como una rosa y misteriosamente seguía bien afeitado.

—Buenos días, Edward. El día del juicio ha llegado, querido muchacho —dijo todavía animado.

—En efecto. ¿Algo nuevo?

—Me temo que no. Scott descifró el portátil de Hamish y no encontró nada de interés. Se fue a casa hace un rato. Tenemos algunas imágenes de cámaras de tráfico que captaron la furgoneta de ACM la noche del robo antes de que desapareciera. Están en una ruta principal a través de Londres, lo que nos deja con dos opciones. Una, cambiaron las matrículas y quitaron la rotulación, saliendo de Londres por una de seis direcciones diferentes. O dos, entregaron el dispositivo en Londres y escondieron la furgoneta —dijo Howard, llevando a Edward hacia dos pizarras llenas de nombres de lugares.

—¿Cómo nos ayuda esto? —dijo Edward desconcertado.

—No nos ayuda, querido muchacho. Logística ha estado trabajando en ello toda la noche. Estamos en plena temporada de

conferencias y eventos, y hay 148 posibles objetivos en todo el país. No tenemos forma de cubrir todos los lugares ni evidencia discernible para exigir un cierre nacional.

—Básicamente, estamos jodidos entonces —dijo Edward, frotándose la frente.

—No es exactamente mi forma de expresarlo, pero sí, tenemos un problema grave. Tengo una reunión de emergencia en Central Hall con el Primer Ministro, el Ministro de Defensa y el General Rufus McManus dentro de unas horas. Por mucho que me duela decirlo, espero que el General tenga alguna perspectiva que nos ayude. En fin, supongo que no hay noticias de Daniel —dijo Howard, mirando a Edward con una rara expresión de esperanza.

—Me temo que no. Creo que debemos asumir lo peor.

—Mmm, me temo que puede que tengas razón. ¿A qué hora llega Christopher Swash? —dijo Howard, cambiando de tema.

—Debería estar aquí a las siete y media. ¿Por qué tanto interés en Swash? —dijo Edward, desconcertado por el repetido interés de Howard en Swash.

—Porque empezando con la muerte del Sargento Simon Tripp, tengo la constante sensación de que partes desconocidas nos han llevado la delantera en todo momento. Y por lo que tengo entendido, nadie fuera de los miembros de este departamento sabía sobre Tripp o nuestra visita a la residencia de Hamish Campbell. Esto me indicaría que tenemos una filtración en este departamento, ¿no estarías de acuerdo?

Edward meditó la pregunta durante unos segundos. —Sí, creo que sí.

***

BAJANDO RÁPIDAMENTE por las escaleras hacia la estación de metro de Edgware Road, Christopher Swash pasó su tarjeta Oyster por el lector y se apresuró a través de las barreras. Se dirigió hacia el extremo más alejado del andén de la línea Circle, como hacía cada mañana, y se quedó cerca del borde sobre la línea amarilla. El tren

era más tranquilo en la parte trasera. Esperó al siguiente metro, que según el panel informativo llegaría en 2 minutos. Tenía los nervios destrozados y ya podía sentir el ácido subiendo en su estómago. Metiendo la mano en su bolsillo, sacó una botella de Gaviscon líquido y dio un buen trago.

Solo un par de días más. Mantén la compostura, el General pagará tus deudas y podrás seguir con tu vida.

Casi convenciéndose a sí mismo, se sintió un poco mejor cuando el rumor del tren que se aproximaba resonó por el andén. Las dos luces aparecieron por la esquina y el conductor se hizo visible en su cabina. Lo que Christopher no vio fue la figura detrás de él, con una gorra de béisbol bajada y una sudadera con capucha encima. Cuando el metro estaba a unos cinco metros de él, la figura se colocó cerca de su espalda, con la mano enguantada flotando detrás de la base de la columna vertebral de Christopher. Un segundo después, estaba cayendo hacia adelante. No hubo tiempo para gritar o comprender su situación; tan pronto como cayó, golpeó contra el frente del tren con un espantoso golpe sordo y desapareció debajo. No supo mucho de ello. El impacto lo dejó inconsciente antes de que fuera electrocutado por el tercer raíl y aplastado por las ruedas. Los gritos resonaron en el andén mientras los frenos de emergencia chirriaban y se bloqueaban. La figura encapuchada ya había abandonado el andén y salido de la estación antes de que el tren se detuviera por completo.

CINCUENTA Y NUEVE

Rufus marchó por las oficinas del Proyecto Dragonfly. Vestía impecablemente con un traje azul marino hecho a medida en Savile Row. Se había cortado el pelo, afeitado y escogido el traje especialmente para celebrar este gran día. Había sido una misión difícil, y había perdido a muchos buenos hombres, pero su hora de gloria estaba a punto de llegar. Con la excepción del Comandante Benton, todos los cabos sueltos estaban atados. Benton nunca podría acudir a las autoridades; le acusarían de múltiples asesinatos y sabía que Rufus lo mandaría matar antes de que pudiera llegar a un acuerdo. No, abandonaría el país; probablemente ya se había marchado.

No había nada que pudiera conducir hasta él o hasta el Proyecto Dragonfly. En dos horas ejecutaría el plan más ambicioso de su carrera. Una vez que el Primer Ministro, Pringle y Howard fueran eliminados, Anthony Burrows asumiría el cargo de Primer Ministro, Martin Trimley sería el Ministro de Defensa, y el Proyecto Dragonfly sería reactivado como la principal unidad antiterrorista del Reino Unido. Caminó hasta el frente de la sala con las filas de grandes pantallas y saboreó el momento.

—Dadme las transmisiones internas del Central Hall, por favor —dijo Rufus, con más educación de la que el equipo estaba acostumbrado.

—Y las vistas de la calle —dijo señalando a los monitores de la izquierda.

Una a una, las transmisiones de las cámaras de CCTV desde el interior del edificio aparecieron hasta que las doce cámaras se mostraron en las pantallas centrales. Segundos después, varias imágenes del exterior del edificio surgieron de las propiedades cercanas cuyas cámaras habían sido hackeadas. El General sonrió para sí mismo al ver a los ingenieros montando los micrófonos y podios para la conferencia de prensa en el Gran Salón. En las cámaras exteriores detectó a los equipos de seguridad vestidos de civil con sus perros rastreadores de explosivos realizando las comprobaciones finales antes de asegurar el edificio.

—Hoy no encontraréis nada, muchachos —susurró para sí mismo, satisfecho por la belleza de su planificación.

Miró su reloj y revisó su teléfono por centésima vez para verificar el número que activaría el arma de pulso.

Dos horas más. Paciencia, Rufus. Paciencia.

Girando sobre sus talones, marchó hacia la cantina para tomar un café.

SESENTA

Con un coche nuevo y un conductor provisional, Howard se acercó al alboroto que rodeaba el Central Hall. Pidió al conductor que le dejara a la vuelta de la esquina del lugar y recorrió el resto del camino a pie. Colocándose discretamente detrás de la prensa y los medios, mostró su identificación a seguridad mientras entraba en el edificio. Incómodo en presencia de personas de las que había pasado toda su carrera intentando permanecer en el anonimato, Howard se quedó en la parte más alejada de la sala. Por primera vez en mucho tiempo se sentía inseguro. Había sufrido días de terror y caos por toda la capital, había un arma letal preparada para detonarse en algún lugar del país, y no tenía absolutamente ninguna prueba de quién estaba detrás de todo.

El Primer Ministro apareció en el escenario con Pringle a su lado. Howard buscó en el escenario y entre la multitud a Rufus, pero el General no se veía por ninguna parte. Quizás había reservado una de las salas más pequeñas para la reunión y estaba esperando allí. El Primer Ministro dirigiéndose a la multitud devolvió su atención al escenario.

SESENTA Y UNO

A pesar de su situación, Danny se sentía bastante bien. Gracias a los sedantes había dormido bien, nadie había intentado matarle durante al menos ocho horas, conocía la ubicación del arma de pulso y había conocido a Alice. Era divertida, sexy e interesante, y le provocaba sentimientos que no se había atrevido a experimentar desde que un asesino conocido como el Chino mató a su novia hace algunos años.

Se tumbaron y hablaron en la oscuridad total, para ahorrar batería del móvil, durante lo que pareció una eternidad. El ruido constante del motor y las vibraciones de fondo sugerían que estaban en un largo trayecto por la autopista. Finalmente, el sonido y el movimiento cambiaron; paradas y arranques y movimientos que les hacían rodar de izquierda a derecha. Esto solo podía significar que el camión había entrado en la ciudad y se acercaba a su destino. Danny encendió la luz del teléfono para ver la cara sonriente de Alice tumbada junto a él, parpadeando ante la repentina intrusión de luz.

—¿Qué pasa?

—Creo que nos estamos acercando al destino —dijo Danny mientras el camión giraba y se detenía, luego cambiaba de dirección al dar marcha atrás.

—Vamos —dijo Danny poniéndose de pie. Bajó la mano, tomó la de Alice y la ayudó a levantarse. Sosteniendo la luz frente a ellos, apretó y guió a Alice entre las pilas de colchones hasta que se

situaron en el pequeño hueco entre la puerta de carga y su cargamento de colchones.

Los segundos se arrastraban. Danny podía oír voces débiles fuera, lo que solo le hacía sentirse más impaciente. Necesitaba salir y llamar a Edward, y necesitaba hacerlo ya.

—¿Por qué no golpeamos y gritamos? —dijo Alice, levantando el puño.

Danny la agarró del brazo y negó con la cabeza.

—Si lo hacemos, lo más probable es que nos dejen aquí dentro y llamen a la pasma local para que se ocupe de nosotros. Para cuando lleguen, podría ser demasiado tarde.

Su paciencia dio frutos cuando el traqueteo y el chirrido de las puertas metálicas del contenedor anunciaron su inminente apertura. Cuando se abrieron, Danny las empujó, haciendo que el rechoncho conductor del camión, de mediana edad, retrocediera asustado.

—¡Eh! ¿Quiénes sois vosotros? ¿Solicitantes de asilo? Quedaos ahí, voy a llamar a la policía —dijo, ganando confianza mientras aparecían el encargado de la tienda y los empleados del almacén.

—Llámalos. Hazlo ahora, necesito que me lleven de vuelta a Londres —dijo Danny con una mirada con la que no convenía meterse.

Se alejó de ellos, paseando de un lado a otro en la zona de carga mientras esperaba que su teléfono captara señal. Finalmente, las barras de señal cobraron vida, seguidas rápidamente por los pitidos de llamadas perdidas y mensajes de Edward, Howard y Scott. Ignorándolos, Danny llamó a Edward. Le dedicó a Alice una sonrisa tranquilizadora mientras esperaba que se estableciera la conexión.

—Joder, Danny, ¿dónde demonios has estado? —sonó un aliviado Edward.

—En Manchester. No preguntes. Escucha con atención, Ed, el arma de pulso está en Central Hall, Westminster. Lo has oído, Central Hall —dijo Danny por encima del alboroto del conductor del camión y el personal de la tienda.

—Mierda. Howard y el Primer Ministro están allí para una rueda de prensa. Te llamaré luego —dijo Edward, colgando inmediatamente.

Danny podía imaginar a Edward marcando lo más rápido posible mientras gritaba órdenes por toda la sala de crisis. Se volvió para mirar al encargado de la tienda. Sus ojos se entrecerraron y su rostro se endureció como el granito mientras su complexión musculosa se tensaba. El pequeño grupo frente a él quedó en silencio, sin saber si desafiarlo o huir.

—¿Habéis llamado ya a la policía? —gruñó Danny lentamente.

—Estoy a punto de... —dijo el encargado de la tienda antes de que Danny lo interrumpiera.

—Lo haré yo mismo —dijo poniendo el teléfono en la oreja.

SESENTA Y DOS

El teléfono de Howard vibró en su bolsillo. Deslizándose fuera de la sala, lo sacó y respondió.

—Howard, soy Rufus. Me temo que me he retrasado un poco. ¿Ya estás ahí con el PM? —dijo Rufus, con un tono inusualmente jovial.

—Sí, estoy aquí, el PM ha pasado a la sesión de preguntas y respuestas con la prensa.

—Excelente. Ten paciencia, llegaré tan pronto como sea posible —dijo Rufus colgando sin esperar respuesta.

***

—Maldita sea —dijo Edward cuando el teléfono de Howard comunicaba—. Tom, situación —gritó al otro lado de la habitación.

—La respuesta armada llegará en cinco minutos. Los artificieros en veinte —fue el grito de Tom por encima de los agentes al teléfono y los cuerpos que corrían de un lado a otro.

—Vamos, vamos, vamos —murmuró Edward para sí mismo mientras volvía a marcar.

—Edward —respondió la bienvenida voz de Howard.

—Sacad a todo el mundo, Howard. Está ahí, el arma de pulso, está allí en Central Hall. Tengo agentes de camino, ¡salid AHORA!

***

—Es hora de librar a este país de estos débiles humanitarios bienhechores por el bien de la nación —murmuró Rufus para sí mismo mientras pulsaba el botón de marcación para activar el arma de pulso. Levantó la mirada hacia las pantallas para observar la sesión de preguntas y respuestas del Primer Ministro y a Howard al teléfono en el pasillo.

***

La pantalla del arma de pulso se iluminó y las células de energía de hidrógeno sisearon cuando el reactor se puso en marcha.

—Todo está bien, apágalo —dijo Miko Donovich a su técnico.

El agente del Servicio de Inteligencia Exterior de Rusia sonrió emocionado. —Excelente, lo has hecho muy bien, amigo mío. Rusia te lo agradece —dijo girándose hacia el delgado serbio que estaba a su lado.

—Mientras tu agradecimiento valga tres millones de euros, lo acepto —dijo este, manteniendo sus ojos negros como la tinta fijos en los de Miko.

—Por supuesto, dame tus datos bancarios, por favor —dijo Miko sonriendo sin dejarse intimidar.

El serbio le entregó un papel con los detalles y observó cómo Miko repetía la información en ruso por teléfono a sus superiores.

—Está hecho —dijo, bajando el teléfono dos minutos después.

El serbio tranquilamente cogió su teléfono. Habló en inglés, proporcionando datos de identificación al director del banco de Grand Cayman. El más leve atisbo de sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios cuando se confirmó la transferencia de fondos.

'Ha sido un placer hacer negocios con usted, señor Donovich.

—No ha sido ningún problema, aunque parece que usted no es ajeno a los problemas, amigo mío —dijo Miko señalando las

cicatrices que se extendían desde el pómulo del serbio, cruzando su cara y bajando por el cuello.

—¿Esto? Esto es antiguo. Me pilló un bombardeo durante los conflictos en Bosnia. Tuve suerte. Un soldado de las Fuerzas Especiales inglesas me sacó de entre los escombros y me llevó a cuestas durante tres kilómetros hasta un hospital. Me salvó la vida —dijo tocándose las profundas cicatrices con los dedos.

—Afortunado, sin duda. Supongo que le debes una gran deuda —comentó Miko mientras su técnico terminaba de asegurar la caja de vuelo sobre el arma de pulso.

—Es una deuda que ha sido saldada recientemente. Adiós, Miko, que tengáis un vuelo seguro de regreso —dijo, estrechándole la mano antes de salir del hangar. Rodeó el avión de carga ruso Antonov An-12 hasta llegar a su motocicleta. Mientras cogía el casco del manillar, se detuvo al sentir que el teléfono en su bolsillo sonaba. Sacándolo con la cinta y el cable plano aún adheridos, respondió.

—Hoy no, General —dijo El Halcón, colgando con calma. Partió el teléfono en dos y lo arrojó sobre el asfalto. Se puso el casco con la visera oscurecida, arrancó la potente motocicleta y aceleró hacia la puerta de salida.

***

APARTANDO el teléfono de su oreja, Rufus se quedó mirándolo fijamente. Levantó la vista hacia las pantallas. Todos estaban vivos y bien, y en movimiento. El Primer Ministro y William Pringle estaban siendo escoltados por el personal de seguridad, y Howard coordinaba la llegada de los agentes de respuesta armada para despejar el edificio. Miró el teléfono de nuevo, con incredulidad y confusión dando vueltas en su mente. Mientras pasaban los segundos, los técnicos de su oficina se miraron entre sí y luego al General, sin saber qué hacer a continuación. Como alcanzado por un rayo, Rufus volvió a la vida.

—¡Escuchadme todos! Activad el protocolo de liquidación. Vamos, gente, quemadlo todo —bramó por toda la sala.

La sala estalló en actividad. La gente corrió a cada terminal y tecleó el código de confirmación para el protocolo de liquidación, acertadamente llamado así por las ventas de productos dañados por incendios donde todo debe desaparecer. Los discos duros y archivos de los servidores se borraron instantáneamente, y las grandes pantallas en la parte delantera de la sala comenzaron a quedarse en negro una tras otra. Rufus estaba de nuevo al teléfono, alejándose de su personal para que no pudieran escucharlo.

—Acabo de iniciar el protocolo de liquidación. Se requiere vuestra asistencia —dijo dirigiéndose hacia los ascensores.

—Estamos subiendo, señor —fue la respuesta inexpresiva.

Empujando las pesadas puertas que conducían fuera de la oficina, Rufus se movió hacia la zona de escaleras y ascensores. Cuatro hombres armados vestidos con armadura táctica negra y pasamontañas estaban allí para recibirle. El líder asintió a Rufus mientras pasaba, dirigiendo a su equipo hacia la oficina. El General caminó hasta el ascensor y pulsó tranquilamente el botón de llamada. No se inmutó al oír el fuego automático silenciado y los gritos mientras su personal de oficina era abatido. Ya estaba justificado en su mente; sabían demasiado y eran daños colaterales.

El juego había cambiado. Pero él aún no estaba fuera.

SESENTA Y TRES

Mostrando su identificación, Edward pasó junto al cordón policial y esquivó la cinta del incidente. Entró en Central Hall, pasando junto a los equipos armados de respuesta y de desactivación de bombas que estaban recogiendo su equipo, y se dirigió hacia Howard.

—¿Alguna novedad, Howard?

—Los chicos han hecho un barrido completo, el dispositivo no está aquí —dijo Howard, empezando por fin a mostrar signos de cansancio y estrés después de los últimos días.

—No lo entiendo. Danny dijo que estaba en la carpeta de Hamish.

—He dicho que el dispositivo *no está* aquí, no que *no estuviera* aquí.

—¿Cómo dices? —preguntó Edward, confundido.

—Ese caballero de mediana edad con el uniforme de seguridad que le queda grande describió perfectamente a Mendes y Knowles, la furgoneta Transit y un maletín del tamaño del arma de pulsos. Los entregaron la noche del robo —dijo Howard, señalando al guardia de seguridad del recinto que estaba siendo entrevistado por un agente del MI6.

—Bueno, si estuvo aquí, ¿dónde demonios ha ido a parar?

—Esa, Edward, es la pregunta del millón. ¿Dónde está Daniel, por cierto? —dijo Howard, frunciendo el ceño al ver entrar al General

Rufus McManus en el edificio.

—En algún punto de la M1. La policía de Mánchester le está trayendo a él y a la hermana de Hamish ahora mismo.

—Bien, necesito hablar con él cuando regrese. ¿Me disculpas un momento, Edward? —dijo Howard dirigiéndose hacia Rufus, que andaba por el lugar como si estuviera al mando.

—Rufus, qué amable por tu parte aparecer —comentó con cierto sarcasmo.

—¿Qué diablos ha estado pasando aquí? —dijo Rufus, ignorando el comentario de Howard.

—Recibimos un soplo de que el arma de pulsos robada estaba aquí y programada para detonarse —dijo Howard mirando fijamente a Rufus, observando su lenguaje corporal y esperando ver su respuesta.

—Deduzco por la falta de cadáveres que no es el caso —respondió Rufus con excesiva seguridad.

—Eso parece.

—Bueno, mala suerte, viejo amigo. Supongo que con el Proyecto Dragonfly desmantelado, este desastre cae directamente sobre tus hombros —dijo Rufus, mostrando una renovada arrogancia.

El General se dio la vuelta para marcharse y comenzó a alejarse cuando Howard le llamó.

—Hablé con el Primer Ministro antes. No tenía conocimiento de la reunión de emergencia.

El General se detuvo en seco. Se giró a medias para mirar a Howard. —Extraño. Lo organicé con su secretaria, debe haber cometido un error. Adiós, Howard —dijo, marchándose por la puerta.

Si Howard había tenido dudas sobre sus sospechas antes, ahora estaba seguro de que involucraban al General Rufus McManus.

SESENTA Y CUATRO

Tras un viaje de cuatro horas, Danny se despidió de los agentes de policía de Manchester en la recepción del edificio del SIS. Las veinticuatro horas transcurridas desde que salió de allí para ir a casa de Hamish le parecían una semana. La cercanía y los sentimientos que tenía por Alice le parecían de otra vida. Tom bajó y les saludó. Les registró en seguridad y les acompañó arriba hasta la sala de incidencias.

—¿Qué ha estado pasando, Tom? ¿Llegaste a tiempo al Central Hall? ¿Cuántos muertos hay? —Danny bombardeó a Tom con preguntas en cuanto se alejaron de la recepción.

—Vaya, espera, colega, ¿nadie te lo ha contado?

—¿Contarme qué? —dijo Danny con brusquedad, su paciencia agotándose.

—El arma de pulso no estaba allí. No, espera. Permíteme reformularlo. El arma de pulso sí estuvo allí, pero alguien la retiró después de la entrega —respondió Tom, manteniendo la puerta de la sala abierta para que Alice pasara.

—¿Qué? Pero, ¿quién? Joder —fue todo lo que Danny logró decir.

Edward les vio entrar desde el otro lado de la habitación y les hizo señas para que se acercaran. Las pizarras habían cambiado por completo desde la última vez que Danny las vio el día anterior. La foto del General Rufus McManus estaba en el centro de la pizarra,

pero no había vínculos que lo asociaran con los sospechosos que lo rodeaban.

—¿Quién es el trajeado del centro? Su foto estaba en la carpeta de Hamish.

—Ese es el nuevo principal sospechoso, el General Rufus McManus, Director Senior del Proyecto Dragonfly —llegó la voz de Howard desde detrás de ellos.

—¿Qué? ¿La unidad especial antiterrorista? ¿Por qué?

—Por las razones habituales, poder y dinero. El Primer Ministro y el Ministro de Defensa lo están cerrando y parece que el General tenía otros planes —dijo Howard, moviéndose hacia el frente.

—Bueno, ¿dónde está? ¿Le habéis detenido? —dijo Danny con su habitual impaciencia.

—Ah, el General Rufus McManus es un hombre muy cuidadoso, Daniel. No tenemos pruebas, nada.

—Pero ¿qué hay de Benton y los hombres que maté en Stratford? ¿Los tipos del centro comercial, el que dejé inconsciente en los probadores y al que la multitud se le echó encima? —dijo Danny frustrado por el rumbo que tomaba la conversación.

—Los cuerpos han desaparecido, todos. Nuestro amigo inconsciente de los probadores con una pistola cerca no dijo nada. Un abogado caro apareció y consiguió su liberación ya que no había pruebas que sugirieran que la pistola fuera suya. El ex paracaidista Owen West fue arrestado y puesto en las celdas de la comisaría de Stratford. Lo encontraron muerto esta mañana, colgado en su celda con un trozo de cable eléctrico. Sin visitas y las cámaras de seguridad del edificio se apagaron durante quince minutos a las tres de la madrugada.

—Mierda, ¿por qué está este tipo en la pizarra? Lo vi aquí el otro día —dijo Danny señalando la foto de Christopher Swash en la pizarra.

—Ese es uno de nuestros agentes. Sospechábamos que estaba proporcionando información sobre nuestra investigación a quienquiera que estuviese detrás de esto. Lo empujaron bajo un tren del metro cuando iba al trabajo esta mañana —dijo Edward uniéndose a la conversación.

Alice había estado escuchando junto a Danny. Sus ojos se movían entre las fotos del tablero y los hombres mientras repasaban los callejones sin salida. Con todo lo que había sucedido en los últimos días, tardó un rato en conectar los puntos. Cuando lo hizo, la ira creció dentro de ella.

—¿Este cabrón es el que mató a mi hermano e intentó matarme a mí, y me estáis diciendo que no podéis hacer nada al respecto? —gritó frustrada.

—Lo siento, querida, simplemente no tenemos ninguna prueba —dijo Howard, avergonzado por no poder ofrecerle ninguna esperanza de justicia.

La ira de Alice se transformó en emoción y sus ojos se llenaron de lágrimas. Danny se giró para consolarla justo a tiempo para que ella hundiera la cabeza en su pecho y sollozara incontrolablemente. La rodeó con sus brazos y la alejó suavemente. Howard se volvió hacia el tablero, apretó los dientes y golpeó con fuerza contra él. El gesto sorprendió a Edward. Era la primera vez que veía a Howard perder la compostura en todos los años que le conocía.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Sí, gracias, Edward. Si pudieras darme un minuto —dijo Howard quedamente.

Edward asintió y dejó a Howard atender a su personal. Respirando profundamente, Howard recuperó la compostura. Se ajustó el traje y se peinó. Estaba a punto de alejarse del tablero cuando la foto de Ivan y Nikolai Korentski llamó su atención. Despegándola del tablero, la observó detenidamente. Deslizando la foto en el bolsillo de su chaqueta, miró fijamente la imagen de Rufus. Una pequeña sonrisa cruzó su rostro, visible apenas un segundo antes de que se diera la vuelta y se dirigiera con confianza hacia la salida.

—Quítalo todo, Edward, no hay caso y el Primer Ministro no financiará una investigación basada en lo poco que sabemos —dijo Howard, saliendo furioso de la habitación sin mirar atrás.

—De acuerdo —respondió Edward girándose para ver las puertas cerrarse. Una mano atrapó una y la empujó para abrirla de nuevo mientras Scott entraba en la sala. Dedicó una gran sonrisa a Edward,

quien le devolvió la sonrisa y señaló hacia Danny que estaba de espaldas a ellos.

—Eh, oye, Daniel, viejo amigo —dijo una voz que Danny se alegró de oír.

—Scott, justo el hombre que quería ver —dijo, girándose para mirar a Scott con una Alice de ojos hinchados.

—Sí, bueno, como imprudentemente has conseguido que vuelen tu casa por los aires, pensé en ofrecerte el uso de mi otro apartamento. Oh, hola, querida —dijo Scott al ver a Alice.

—Scott, eres un salvador, gracias, tío.

—¿Y yo qué hago? —preguntó tímidamente Alice.

Danny se volvió y la miró. Su rostro se suavizó y sonrió tranquilizadoramente. —La verdad es que esperaba que quisieras quedarte conmigo un tiempo.

Ella levantó los brazos y los colocó alrededor de su cuello. Sus ojos esmeralda brillaron y sonrió antes de ponerse de puntillas y besarle apasionadamente en los labios.

—Vaya, Daniel, muy hábil, viejo amigo. Venga, mi carruaje nos espera —dijo Scott riéndose para sí mismo.

SESENTA Y CINCO

Una semana después del incidente en Central Hall, el general Rufus McManus salió con paso enérgico de su oficina en Whitehall y giró hacia Marsham Street. Manteniendo la espalda recta y la cabeza alta como en un desfile militar, se movía entre la gente con un aire de desdén hacia su insignificancia. Al llegar a su destino, mostró su identificación y entró por la moderna fachada metálica del edificio del Ministerio del Interior. Pasando por el detector de metales, Rufus comprobó la hora en su reloj mientras lo recogía de la bandeja de la máquina de rayos X junto con su cartera, teléfono y calderilla. Cuando llegó a la sala de reuniones, entró sin llamar.

—Buenos días, caballeros —dijo en voz alta, ocupando el único asiento dispuesto frente a los tres hombres al otro lado.

—Buenos días, Rufus —dijeron al unísono el Primer Ministro, William Pringle y Howard.

La reunión transcurrió rápidamente. Howard estaba inusualmente callado, respondiendo solo cuando era necesario mientras William Pringle, el Ministro de Defensa, repasaba la transición del Proyecto Dragonfly a los servicios de inteligencia encubierta de Howard. El general Rufus McManus colaboraba con una actitud excesivamente confiada. Miró a Howard con aire de suficiencia cuando el Primer Ministro le ofreció un puesto recién creado de Asesor Especial de Seguridad Nacional para el Gabinete a modo de consuelo.

El orden del día avanzaba, se firmaron documentos y la reunión llegó a su fin. Todos se levantaron de sus asientos y siguieron el protocolo habitual de estrecharse las manos antes de marcharse. Howard ocultó su repugnancia hacia Rufus y le estrechó la mano. Agarrando con fuerza la de Howard, Rufus se inclinó y le susurró al oído.

—Los primeros ministros van y vienen, amigo mío, y cuando su tiempo termine, acabaré lo que empecé.

Howard respondió al apretón de Rufus con uno propio como una tenaza y le susurró: —Cuida tu espalda, General, el mundo es un lugar peligroso.

Se separaron y se sonrieron falsamente. Se despidieron en presencia del Primer Ministro y Pringle por guardar las apariencias, y luego se marcharon. Rufus fue el primero en salir por las puertas principales del edificio del Ministerio del Interior. Marchó hacia su oficina en Whitehall, caminando directamente hacia los peatones, intimidando a sus inferiores para que se apartaran de su camino.

Howard se quedó en la acera observándolo alejarse. Un Range Rover Sport con cristales tintados se detuvo suavemente junto a él. Howard abrió la puerta trasera y entró.

—A mi club, por favor, Frank.

—Por supuesto, señor.

—¿Y Frank?

—¿Sí, señor?

—Es bueno tenerte de vuelta —dijo Howard, sonriendo a los ojos que lo miraban desde el retrovisor.

—Es bueno estar de vuelta, señor —respondió Frank.

Tras señalizar, el Range Rover se incorporó suavemente al tráfico. Cincuenta metros más adelante, los ojos de Howard atravesaban el cristal unidireccional mientras seguían a Rufus marchando por la acera.

—¿Es él, señor? —dijo Frank desde el asiento delantero.

—Efectivamente, Frank. Efectivamente.

SESENTA Y SEIS

Danny miraba por la ventana del dormitorio del apartamento de Scott, valorado en dos millones de libras, con sus codiciadas vistas al Támesis y los rascacielos de Canary Wharf al fondo. Estaba sentado en la cama con uno de los albornoces de Scott —demasiado pequeño para él— y Alice acurrucada a su lado. Ella disfrutaba del té y las tostadas de una pesada bandeja de plata; la idea de Danny de un desayuno romántico en la cama.

—Mmm, podría acostumbrarme a esto —dijo ella dándole una palmadita en la pierna.

—No te acomodes demasiado, en un par de semanas los obreros habrán terminado con mi casa y nos iremos de aquí —dijo Danny alcanzando una rebanada de tostada.

—Eh, esta es mi sorpresa de desayuno. Entonces, ¿qué ocurrirá cuando nos vayamos de aquí? —preguntó, estirando el cuello para mirarle.

—Bueno, estaba pensando que quizá te gustaría... —Se detuvo a media frase. Los pelos de la nuca se le erizaron y todo su lenguaje corporal cambió. Su rostro se endureció como el granito y sus ojos se volvieron oscuros y alertas. Alice comenzó a decir algo, pero Danny la detuvo.

—Ve al baño y cierra con llave. Llama a Edward. Dile que envíe a alguien aquí inmediatamente —dijo Danny, ya levantándose de la

cama.

Alice quería preguntar qué estaba pasando, pero la expresión de Danny era igual que aquella en el centro comercial cuando fueron atacados. Se bajó de la cama, agarró el teléfono y se encerró en el baño de la suite. Él había oído el clic de la puerta del apartamento al cerrarse, estaba seguro. La única otra persona con llaves era Scott, y él no conocía el significado de ser silencioso.

Mirando a su alrededor, Danny maldijo el albornoz y la falta de armas. Se movió con ligereza hacia la puerta y echó un vistazo al pasillo vacío. Avanzando en silencio, entró en la cocina de planta abierta y el área del salón. Antes de que pudiera moverse, Benton apareció girando desde el pequeño vestíbulo cerca de la puerta principal. Tenía una Glock con silenciador apuntando al pecho de Danny.

Benton apenas era reconocible. Tenía círculos negros bajo sus ojos nerviosos e insomnes, y una espesa barba incipiente en la cara. Su mano temblaba violentamente mientras apuntaba con el arma.

—Tranquilízate Re...

Antes de que pudiera terminar, Benton le disparó dos balas en el pecho, derribándolo y haciéndolo desaparecer tras la isla de la cocina. Respirando erráticamente, Benton luchaba por recuperar el sentido de la realidad. El albornoz de Danny se había transformado en su mente, cambiando su apariencia por la de su torturador afgano. Mientras se acercaba a la isla para comprobar que Danny estaba muerto, Benton se golpeó el lado de la cabeza con la pistola para disipar las imágenes.

Al asomarse por encima de la encimera, se sorprendió al ver una gruesa bandeja de plata con dos marcas de balas. Al mismo tiempo, Danny surgió desde el lado opuesto de la isla, blandiendo un rodillo como un bate de béisbol. Golpeó la mano armada de Benton con un sonoro crujido, enviando la Glock volando hacia el salón. Intentó seguir con un golpe a la cabeza de Benton, pero sus reflejos fueron demasiado rápidos. Benton levantó el antebrazo para bloquear el golpe y asestó un puñetazo en las costillas de Danny. Se oyó un crujido seguido de un dolor ardiente cuando la costilla se fracturó.

Doblándose hacia un lado, Danny quedó expuesto a un gancho de izquierda en el lateral de su cabeza. Luchando por mantenerse erguido, Danny metió la mano en la entrepierna de Benton, agarrando sus partes nobles con todas sus fuerzas. Ignorando el dolor en su costado, levantó a Benton del suelo y cargó hacia delante, estrellándolo contra la encimera de la cocina. Dejando escapar un gruñido doloroso, Benton miró a Danny con una mirada loca y vidriosa. Su cara se puso carmesí mientras luchaba por respirar.

Fieles a su entrenamiento, ambos vivían bajo las mismas reglas. Cuando las vidas están en juego, luchas y sigues luchando. Benton sacó fuerzas y le dio un rodillazo a Danny en las costillas fracturadas, haciendo que retrocediera tambaleándose de dolor. Ambos se incorporaron lentamente en extremos opuestos de la cocina, sus miradas cruzándose en el pequeño espacio.

Benton estaba inhalando grandes bocanadas de aire para controlar el dolor en su entrepierna; Danny permanecía con una mano en la encimera de la cocina para mantener el equilibrio. Respiraba pesadamente, esperando que el dolor candente en su costado disminuyera.

Los segundos parecían horas hasta que Benton finalmente rompió el punto muerto alcanzando hacia abajo y sacando un cuchillo comando de 15 centímetros de su funda. Con una sincronización perfecta, Danny se estiró y sacó un cuchillo de cocina del bloque sobre la encimera. Ambos mantuvieron los brazos a la altura del hombro, tensos y preparados mientras avanzaban centímetro a centímetro.

Cuando ocurrió fue explosivo, metal contra metal mientras se acometían, cortaban y bloqueaban mutuamente. Con cada bloqueo, intentaban asestar un puñetazo, una patada o un rodillazo al otro. El afilado cuchillo de sierra de Benton cortó la manga de la bata de Danny, cortando profundamente la palma de su mano que sostenía el cuchillo. La descarga eléctrica de dolor cuando la hoja tocó terminaciones nerviosas hizo que Danny soltara el cuchillo de cocina. Cayó con estrépito al suelo entre ellos mientras se separaban hacia lados opuestos de la cocina. Se quedaron un segundo inmóviles, con

la sangre brotando del puño cerrado de Danny y corriendo por su brazo.

El segundo asalto llegó rápido. Benton se abalanzó hacia delante, con el cuchillo por delante. Danny se agachó hacia un lado y agarró la tetera de acero inoxidable, estrellándola —agua incluida— contra la cabeza de Benton, haciéndolo tambalearse. Manteniendo el ataque, Danny plantó su pie descalzo en el abdomen de Benton, expulsándolo limpiamente de la cocina para que cayera de espaldas en el salón. Con la adrenalina anulando el dolor de sus costillas rotas, Danny saltó sobre Benton, agarrando la muñeca de su mano armada para apartarla. Todavía sosteniendo la abollada tetera, Danny fue a golpear a Benton en la cabeza con ella. En lugar de apartarse, Benton lanzó su cabeza hacia delante y la desvió con un cabezazo, luciendo una sonrisa maníaca en su rostro. Lo siguió con otro golpe demoledor a la costilla rota de Danny, doblándola hacia dentro para perforarle el pulmón.

Danny se desplomó en el suelo con agonía, incapaz de respirar. Mirando hacia arriba, todo lo que podía ver era la cara enloquecida de Benton observándole. Sus ojos estaban distantes y murmuraba algo en árabe o farsi afgano. Levantó el cuchillo comando, sujetándolo con las dos manos con la hoja hacia abajo, listo para hundirlo en el corazón de Danny.

Herido, sin aliento y débil, no había nada que Danny pudiera hacer para detenerlo. Sintió una extraña calma apoderarse de él, la aceptación del destino que siempre supo que acabaría con él algún día. Mientras veía la hoja descender a cámara lenta alterada por su mente, el cuerpo de Benton se sacudió y tembló mientras tosía una gran nube de sangre por su boca y se desplomaba de bruces en el suelo junto a él. Alice estaba en el lugar de Benton sosteniendo su Glock con silenciador, con humo aún saliendo del cañón, haciendo que su rostro pálido y conmocionado pareciera borroso. Dejó caer el arma y corrió a su lado.

—Creo que te dije que te quedaras en el baño —resolló Danny mientras intentaba sin éxito incorporarse.

—Sí, y mira dónde te ha llevado eso —le espetó ella, arrojándose de rodillas y acunando su cabeza.

—Gracias a Dios que no me hiciste caso —dijo Danny riéndose y arrepintiéndose al instante.

—Quédate quieto, la ayuda está en camino.

Como si fuera una señal, la puerta principal se abrió de golpe cuando policías armados y agentes del MI6 irrumpieron en el apartamento. Se tomaron un segundo para asegurar la escena antes de que Edward y los paramédicos entraran.

—¿Estáis bien los dos? ¿Sin heridas de bala? —dijo Edward, corriendo hacia ellos.

—Sin heridas de bala, pero ¿te parece que estoy bien, joder? ¿Por qué vosotros siempre aparecéis después de que me hieran? Solo por una vez sería agradable que llegarais antes de que alguien intente matarme —dijo Danny con jadeos entrecortados mientras los paramédicos se arrodillaban a ambos lados desabrochando sus bolsas de material.

—Sí, está bien —se rio Edward.

Miró a Alice en su bata. —¿Quieres vestirte, Alice? Puedes ir con él al hospital. Yo me encargaré de todo aquí —dijo ayudándola a levantarse.

Ella asintió y caminó descalza hasta el dormitorio, cerrando la puerta para cambiarse.

—Parece que has encontrado una buena —dijo guiñando el ojo a Danny.

Danny gruñó mientras los paramédicos lo deslizaban a una camilla, subiéndola hasta la altura de la cintura para poder sacarlo. En un instante, Alice estaba a su lado, vestida con vaqueros y un jersey, con el pelo recogido en una gran coleta pelirroja y rizada. Le tomó la mano y lo miró con sus magníficos ojos esmeralda y una sonrisa perfecta.

Danny se volvió hacia Edward y sonrió a través del dolor.

—Tienes razón en eso. Gracias, Ed.

SESENTA Y SIETE

En el piso superior de su casa londinense, el general Rufus McManus miró su Rolex. Se acercó a las ventanas correderas blancas y contempló la calle. Su Range Rover negro se detuvo frente a su casa, estacionado perfectamente recto, con las ruedas a quince centímetros del bordillo.

Puntual como siempre, Hugh. Buen hombre.

Mientras se ponía la chaqueta del traje, se ajustó la corbata frente al espejo y retrocedió para admirarse.

Esos imbéciles tendrían que madrugar muchísimo para engañarme.

Bajó las escaleras con pasos ligeros y abrió la puerta principal. Después de cerrarla con llave, se detuvo en lo alto de los tres escalones blancos que daban a la acera. Mirando por encima del hombro, esperó a que pasara un grupo de estudiantes desaliñados antes de dirigirse al coche. Abrió la puerta y se deslizó en el amplio asiento trasero de cuero.

—Al club, por favor, Hugh —dijo, levantando la mirada solo después de haber comprobado su reloj.

—No lo creo, General —dijo Ivan Korentski girándose desde el asiento del copiloto, con una Glock con silenciador en la mano.

—¿Quién demonios es usted? —exigió Rufus, indignado por la intrusión y apenas percatándose de la enorme corpulencia de Gregor Krulsh en el asiento del conductor.

Ivan sonrió mientras Gregor incorporaba suavemente el Range Rover al tráfico.

—Soy Ivan Korentski. Usted mandó matar a mi hermano Nikolai en el puerto de Durrës —dijo Ivan, con el rostro carente de emoción.

—Los traficantes de armas rusos. ¿Qué queréis, dinero? —gruñó Rufus, hablándole a Ivan con arrogancia desdeñosa.

—No, no, General, esto no se trata de dinero. Se trata de vengar la muerte de mi hermano.

—Señor Korentski, todo se trata de dinero. Ahora dígame su precio —dijo Rufus, manteniéndose sereno.

—Tengo un mensaje que darle de parte de un amigo común. Dice que el mundo es un lugar peligroso, General, que debería cuidarse las espaldas.

El rostro del General se puso blanco como el papel cuando cayó en la cuenta y comprendió la gravedad de su situación.

—Lo que sea que ese cabrón de Howard os haya pagado, yo lo doblo. Podría utilizar a un par de buenos hombres como vosotros —dijo Rufus, con una arrogancia que aún le hacía pensar que podía darle la vuelta a la situación.

—Ya nos utilizaste, pedazo de imbécil. Nos utilizaste, luego mataste a mi hermano e intentaste matarme a mí. No hay suficiente dinero en el mundo para salvarte ahora. Voy a hacerte daño, General. Voy a hacerte tanto daño que me suplicarás que te mate.

La mente del General empezó a trabajar a toda velocidad mientras intentaba encontrar una salida.

—Si me matáis, mis hombres os cazarán como a perros. Detened esto ahora y todavía podéis salir ganando.

—Ja, este estúpido hijo de puta todavía no lo entiende, Ivan —dijo Gregor, clavando su mirada en Rufus a través del retrovisor.

Ivan inclinó ligeramente el arma hacia abajo y apretó el gatillo. La bala destrozó la rótula de Rufus, desgarrando la articulación antes de alojarse en el hueso. El General aulló de dolor. Se retorció en el asiento trasero agarrándose la rodilla, mientras el cuero color crema se manchaba de un rojo brillante con la sangre resbaladiza.

—Ahora lo entiende, Gregor —dijo Ivan a su leal amigo.

—Por Nikolai —dijo Gregor.

—Sí, por Nikolai.

SESENTA Y OCHO

El camión militar ruso Ural-4320 avanzaba ruidosamente por Moscú. Iba escoltado por dos blindados Typhoon 4x4, uno delante y otro detrás. Al final de su trayecto de cuarenta minutos desde la base aérea militar de Chkalovsky, se detuvo en una instalación militar de máxima seguridad. Los guardias armados les esperaban, saludando mientras abrían la puerta. Dirigiéndose a la parte trasera del edificio, el camión retrocedió hasta un muelle de carga donde aguardaba un grupo de oficiales del ejército. Cuando Miko Donovich bajó del camión, el coronel Stephan Aliyev se acercó a él, todo sonrisas y con la mano extendida para saludarle.

—Miko, me alegro de verte.

—Gracias, coronel, es bueno estar en casa —dijo Miko estrechándole la mano.

—¿Es eso? —preguntó el coronel, señalando la caja de transporte que estaban descargando del camión con una carretilla elevadora.

—Sí, coronel.

—Excelente, excelente, recibirás una condecoración por esto —dijo Stephan con júbilo.

—Gracias —respondió Miko mientras observaban cómo la carretilla elevadora desaparecía en el interior de la cavernosa instalación.

Condujo por uno de los pasillos entre las estanterías que llegaban del suelo al techo, repletas de cajas, contenedores y artefactos de

guerra, girando finalmente sobre sí misma para elevar sus horquillas en el aire. Con habilidad bien practicada, el conductor colocó suavemente la caja de transporte en el estante superior. Bajó las horquillas y se alejó. Tras aparcar la carretilla elevadora, se dirigió hacia la puerta de salida y, con un giro del interruptor industrial, sumió el almacén en la oscuridad al marcharse.

SESENTA Y NUEVE

—¿Estás seguro de que puedes con esto, viejo? —dijo Scott desde el asiento del conductor de su Porsche.

—Me sentiría mucho mejor si hubieras traído un coche en el que pudiera entrar y salir —dijo Danny desde el asiento del copiloto, sujetándose el dolorido costado mientras Scott conducía con energía.

—No te quejabas cuando ibas apretujado en la parte de atrás con una de las gemelas Minelli —respondió Scott con una risita.

—Ah sí, ¿y quiénes son las gemelas Minelli? —dijo Alice, asomando la cara entre los asientos mientras se inclinaba hacia delante.

—Ignórale, está siendo un idiota —dijo Danny volviéndose hacia ella.

Los ojos de Alice brillaban. Mostró una sonrisa que podría iluminar una habitación oscura, y se acercó para besarle.

—Por Dios, ¿no podéis parar ni un minuto? —dijo Scott pisando el freno con demasiada brusquedad, haciendo que Alice cayera de nuevo en su asiento trasero.

—Ups, lo siento, querida —dijo Scott con una risita.

—Eres un capullo —dijo Danny riéndose y sujetándose el costado cuando sus costillas en proceso de curación protestaron.

—¿Qué pasa, Scott, te sientes excluido? —dijo Alice desde atrás.

—Definitivamente no, querida. La última vez que estuve tan enamorado el divorcio me costó una pequeña fortuna y una casa muy bonita. Creo que me quedaré con mis superficiales y autocomplacientes aventurillas, si no os importa. Oh, esperad, ya hemos llegado —dijo Scott deteniéndose frente a la casa de Danny.

Todavía estaba rodeada de andamios y el revoque necesitaba una mano de pintura, pero aparte de eso, la casa parecía bastante intacta. Scott salió primero, plegó el asiento hacia delante y tendió una mano para que Alice saliera de la parte trasera. Ambos se acercaron a la puerta del copiloto e intentaron ayudar a Danny mientras este salía dolorosamente del asiento bajo.

—Estoy bien, no os preocupéis, puedo hacerlo yo —dijo con aspereza.

—Vale, cavernícola, sal tú solo entonces —dijo Scott apartándose para mirar la casa.

Después de muchos resoplidos y jadeos, Danny estaba de pie junto a ellos.

—Lo siento —dijo finalmente.

—Disculpa aceptada —dijo Alice tomándole de la mano y sonriéndole.

—No sé por qué nos molestamos en venir ahora, la casa está reconstruida pero todo lo de dentro quedó destrozado. Tengo que conseguir alfombras, muebles y una cocina nueva antes de que podamos volver a instalarnos.

—Venga ya. Solo quiero verla —dijo Alice, arrastrándolo hasta la nueva puerta principal.

—Vale, vale —dijo Danny metiendo la mano en el bolsillo para sacar las nuevas y relucientes llaves que le había enviado la compañía de seguros.

Al entrar en el vestíbulo, Scott cerró la puerta tras ellos. Los sentidos de Danny se agudizaron y las alarmas sonaron en su cabeza. Había alguien más en la casa, podía sentirlo. Se colocó delante de Alice, apretando el puño mientras se preparaba para un ataque. Lentamente, abrió la puerta del salón.

—¡Sorpresa! —gritaron su hermano Rob y su esposa Tina.

Su sobrina Sophie, de tres años, se tambaleó hacia él con los brazos abiertos mientras reía emocionada.

Cogiéndola por su lado bueno, Danny sonrió a pesar del dolor y la abrazó mientras ella le rodeaba el cuello con sus brazos.

—¿A qué viene todo esto? —dijo, percatándose por primera vez de la alfombra, los muebles y el gran televisor—. ¿De dónde ha salido todo esto?

—Cortesía del Gobierno de Su Majestad por los servicios prestados —dijo una voz detrás de él.

Danny se giró y vio a Edward y Tom.

—No me mires a mí, Howard se encargó de todo. Salón, cocina, todo. Échale un vistazo —dijo Edward apartándose.

Danny dejó a Sophie en el suelo, avanzó por el pasillo y entró en la cocina con sus nuevos y brillantes armarios y la encimera de granito. Abrió el frigorífico de estilo americano, sorprendido al ver que estaba completamente abastecido, con un amplio suministro de cerveza. Se volvió para mirar a Alice, sonriendo.

—¿Alguien quiere una cerveza? —gritó.

POR FAVOR, POR FAVOR.

DEJA UNA VALORACIÓN PARA VIVO HASTA QUE MUERA

Como autor independiente autopublicado, no puedo enfatizar lo suficiente lo importantes que son vuestras reseñas de Amazon para dar a conocer mi trabajo.

Me encanta escribir estos libros para vosotros, lleva meses de arduo trabajo crear cada uno. Así que, por favor, tomad unos minutos para hacer clic en el enlace del libro, desplazaros hacia abajo hasta las reseñas y dejar una breve reseña o simplemente calificarlo con estrellas.

Muchas gracias

Stephen Taylor

Pulsa para reseñar Vivo Hasta Que Muera

ELIGE TU PRÓXIMA NOVELA

Sangre Sobre Londres

La mafia londinense choca con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentan, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson tiene que acabar con la guerra, antes de que mueran más miembros de la familia…

Ejecución de La Fe

Terroristas y asesinos mercenarios conspiran para cambiar el equilibrio del poder mundial. ¿Podrá Danny Pearson detenerlos o será esta su perdición...

Quién Ostenta el Poder

Mientras una organización secreta mata, corrompe e influye en su camino hacia la dominación global. Danny Pearson debe detenerlos a ellos y a su letal asesino chino en su aventura más peligrosa hasta la fecha...

Vivo Hasta Que Muera

Cuando los recortes gubernamentales amenazan al proyecto Dragonfly. El General Rufus McManus toma medidas directas para asegurar su futuro. Infiltrado en las profundidades con su vida en juego, ¿podrá Danny sobrevivir lo suficiente para llevarlo ante la justicia…

Deporte de Reyes

Cuando el viejo compañero del SAS de Danny desaparece, la unidad de Danny se reúne para encontrarlo. Cuando siguen el rastro de Smudges se encuentran en el lado equivocado de una operación internacional de contrabando de drogas y el deporte de reyes, una cacería exclusiva de naturaleza mortal...

La Sangre Corre Hondo

Hace cinco años (Vodka Sobre Londres) la mafia londinense chocó con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentaron, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson acabó con la guerra, o eso pensó…

Orden de Matar

Cuando el multimillonario australiano Theodore Blazer se aprovecha del mundo hiperconectado de hoy con intenciones siniestras, Danny viaja al otro lado del mundo para evitar que el mundo se desmorone.

Sin Límite Superior

El periodista David Wallace es asesinado cuando intenta descubrir la identidad de un traficante de armas conocido como el Lobo, la unidad del SAS de Danny Pearson también está intentando impedir que el Lobo venda armas a los talibanes. Cuando se acercan, el Lobo desaparece para siempre, o eso pensaban…

No Dejar Nada al Azar

Cuando el mejor amigo de Danny, Scott, desaparece de su habitación de hotel en Brasil, Danny hace todo lo posible para encontrarlo. La búsqueda lo lleva al corazón de Colombia y a las garras de un barón de la droga conocido como El Diablo.

Muerto No Enterrado

Snipe ha vuelto, despertado de su coma y sin recuerdos de los últimos años. Cuando la instalación lo reacondiciona y lo pone a trabajar, todo está bien hasta que su memoria y su locura regresan.

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Danny, su mejor amigo Scott y sus viejos compañeros del SAS viajan a Benidorm para su despedida de soltero, ¿qué podría salir mal?

Enemigo en la Puerta

Desilusionados con el gobierno, el estado del planeta y sus perspectivas de futuro, un grupo de estudiantes universitarios de élite del país toman cartas en el asunto. Con dinero, poder y conexiones, inician su campaña de terror volando el pub Red Lion en Parliament Street.

Cueste Lo Que Cueste

Cuando la hija de Fergus, el viejo amigo del SAS de Danny, Kirsty, es secuestrada por una banda de tráfico de personas eslovena, Danny, Chaz y Scott acuden en su ayuda.

Comprar Ahora en Amazon

ACERCA DEL AUTOR



Stephen Taylor es un exitoso escritor británico de thrillers. Su serie best seller en Amazon, Danny Pearson, ha vendido más de 250.000 copias y ha deleitado a los amantes del género de thriller de acción y aventura. Antes de convertirse en novelista, dirigía su propio negocio instalando equipos audiovisuales para hogares y empresas.

Al acercarse a los 50, Stephen escribió el libro que siempre había querido. Ese libro fueEjecución de Fe. Una montaña rusa trepidante y llena de acción que no se toma a sí misma demasiado en serio. A la gente le encantó tanto el libro que escribió una precuela, Vodka Sobre Hielo de Londres. Debido a la cronología, este se convirtió en el primero de la serie de thrillers de Danny Pearson.

Nacida de su amor por los libros de thrillers de acción: Jack Reacher de Lee Child, Mitch Rapp de Vince Flynn y Victor de Tom Wood, sin mencionar su amor por las películas de acción como Die Hard, el Bond de Daniel Craig y Lock Stock o Snatch de Guy Ritchie. La serie de Danny Pearson avanza con acción dura y rápida, sin relleno y con una buena dosis de humor.